Benito Lynch

PALO VERDE

y otras novelas cortas

TROQUEL

BENITO LYNCH

PALO VERDE

Y OTRAS NOVELAS CORTAS

En memoria y homenaje a

BENITO LYNCH

sus sobrinos

Los derechos intelectuales de esta obra pertenecen exclusivamente a los sobrinos del autor, señoras María Edelmira Lynch de Llambí y María Teresa Lynch de Ocampo, y señores Tomás Francisco Lynch y Juan Manuel Lynch.

BENITO LYNCH

PALO VERDE
Y
OTRAS NOVELAS CORTAS

EDICIONES TROQUEL / BUENOS AIRES

Ilustró la tapa
SILVIO BALDESSARI

PRIMERA EDICIÓN
Agosto de 1960

SEGUNDA EDICIÓN
Abril de 1969

Printed in Argentine
Impreso en la Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
© by Editorial Troquel s. a. Buenos Aires, 1969

P A L O V E R D E

PALO VERDE

I

Cuando Sergio Aguilera, el joven capataz de «La Colorada», concluye la ingrata y femenil tarea de lavar su bombacha a cuadritos y se pone a retorcerla vigorosamente, con sus cortas manos morenas, el disco rojo del sol otoñal, está ya, al ras del horizonte.

«¡La pucha con el tiempo e porra!... Entoavía tiene que echar los caballos, que cerrar la tranquera y que hacer una punta e cosas»...

Y mientras sacude la prenda, antes de tenderla sobre el amarillento tapiz de manzanilla marchita, el mozo, piensa una vez más, en que es demasiado para un hombre solo, eso que se le está exigiendo... Sergio necesitaría tener por lo menos cien manos y cien ojos para poder dar cumplimiento a la infinidad de atenciones confiadas a su cargo.

Cuando el patrón regresó a la ciudad con la familia, hará unos meses, quedaban aún en la Estancia, además de «La Vieja», don Luis el quintero y Facundo el mensual de campo; pero, por esta razón o por aquella, lo cierto es que todos se han ido yendo unos tras otros, hasta dejarlo en la absoluta soledad en que se encuentra desde hace quince días.

El primero fué don Luis, porque «agarró el pasmo en el dedo», después y como ya se lo esperaba, el mal entretenido ese, de Facundo, que no para una semana en ningún conchabo y por último, hasta la vieja cocinera con su muchacho en ancas, porque la llamaron con urgencia desde no importa dónde...

Y como no es posible que un hombre solo, por mejor voluntad que tenga y «por más capataz que sea» —Sergio está todavía orgulloso con su flamante título— pueda hacer el trabajo de muchos, no es de extrañar que el problema del cumplimiento de sus deberes, se le presente al joven cada día más difícil.

«¡Y el patrón mientras tanto, mesmamente que si se lo hubiera tragao la tierra! Ni viene, ni tan siquiera contesta su carta, aquella famosa y laboriosa epístola que le ha costao cien veces más trabajo, que trenzar un botón «de pluma» o sobar una manea...»

«Y antes de irse, sin embargo, cuántas seguridades y recomendaciones:

«Mirá, Sergio, si te hecho capataz y te confío «La Estancia», es porque creo en tu laboriosidad y honradez y porque en los años que hace que estás conmigo nunca has hecho una porquería...»

—Sí, patrón, sí... Pierda cuidao...

—¡Mirá que tenés que ser enérgico y no dejar que nadie te lleve por delante!

—No, patrón, no...

—¡Vigiláme mucho los alambrados y no te fiés de Facundo, que ya sabés cómo es!...

—Sí, patrón, sí...

—¡Si alguno viene a pedir rodeo, le decís que se vaya a... o que vuelva cuando yo esté!...

—¡Ah, ah!

—Sobre todo —y tené mucho cuidado porque yo lo voy a saber— no permitás en manera alguna, que ningún roñoso, ¿me entendés?, ninguno, atraviese el campo, ya sea abriendo o maneando el alambrao...

—No, señor, no...

—No me aflojés ni un chiquito, no seas zonzo... Para eso te dejo ahí la espada... Metéles no más de punta y hacha, si el caso llega. Ya te he dicho mil veces, que cualquier cosa que sucediera no habrá de pasarte nada y que será mía la responsabilidad... ¿Me comprendés?...

—Sí, patrón, sí...

—Bueno... ¡Ah!... No vayas a olvidarte tampoco, de alguna de esas cosas que te he dado apuntadas en la libreta, ni de que hay que enaceitar el molino, una vez por lo menos cada quince días, que cuidar que no entren animales en la quinta, que se estaqueen bien los cueros, que el gallego quintero «no haga sebo», que la vieja no tire la grasa como tiene la costumbre; que hay que marcar con bleck esos capones para consumo que apartamos el otro día; que no dejar que crezcan yuyos en el patio; que lavar la volanta, que barrer el galpón... ¡En fin!... Creo que para todo eso te dejo gente suficiente..., ¿no?

—Sí, patrón, sí...

—Yo espero poder hacerme una escapada hasta aquí, dentro de un mes o dos... De cualquier modo, ya lo sabes; si ocurriese una novedad, me escribes inmediatamente, ¿no?

—Sí, patrón, sí...

«¡Y después de tanto hablar, ni viene ni contesta la carta! ¡Ah!... ¡Él, todo lo facilita... y después venga el rezongar, el poner malas caras y el encontrarlo todo

al revés de como lo quería!... «¿Qué por qué hicieron esto?, ¿que por qué dejaron de hacer aquello?...»

Y meneando la cabeza y con una sonrisa escéptica; el mozo, tras una nueva ojeada al sol que se entra, va a bajarse las mangas de la camisa, que tiene arremangadas hasta el codo, cuando el lejano tintineo de un cencerro extraño, le hace volverse sorprendido.

Y ve, semiborrado por las primeras sombras del crepúsculo, un hombre, un jinete con una tropilla por delante, viene de allá, del N. E., del lado de la tranquera, siguiendo el viejo camino que pasa frente al edificio de la estancia, y que cerraron, hace años ya, los alambrados de la misma.

—¡Cha que lo!...

La eterna cuestión... O la gente se equivoca o no puede resignarse a hacer las dos leguas largas, que representa la vuelta del alambrado... Aún hay muchos, que después de haber andado aquellas veinte cuadras por el campo, no quieren para nada volverse atrás... ¡Si habrá dado lugar a historias el dichoso camino ése, sobre todo en los primeros tiempos de su clausura!... El patrón, sin lástima alguna, hacía retroceder a quienquiera que fuese y como es natural, no faltaban algunos que pretendían «hacer cogote» y retobarse.

—¡A ver!... ¡Vos!... —gritaba él, entonces con la cara pálida y los ojillos relampagueantes—. ¡A ver, vos!... ¡Montá a caballo ligero y andá decile a ese zonzo que va ahí, que es campo cerrado y que no se puede pasar!...

Las más de las veces, el hombre obedecía, es cierto y, aunque rezongando, desandaba el camino; pero, en una que otra oportunidad, se planteaba un conflicto:

«—Él dice que aura no se va a volver pa atrás..., pero que no tenga cuidao... que no hará más que aflue-

jar y maniar los tres primeros hilos... Que el caballo salta...»

«Y oír esto el patrón y quitarle a uno el caballo y subirlo de un salto y atravesárselo al pasajero por delante, era cuestión de un minuto... Sergio no recuerda caso en que el patrón no saliera «con la suya», aunque a veces con el revólver en la mano..." Y es por eso sin duda, que mientras ajusta el recado de su caballo, los dedos del novel capataz, tiemblan un poco y su corazón acelera los latidos...» ¡Ah, ah!... Una cosa es decirle nomás a un hombre: «El patrón no quiere que pase». Y otra cosa es decirle: «No quiere...» y... no dejarlo pasar...

No es extraño, pues, que mientras espera junto a su moro clinudo, lo que hará el hombre desconocido que viene por el camino; Sergio desee «con toda el alma», que no sea, el que por primera vez, ha de ponerse cara a cara con la más grave de las responsabilidades que haya contraído con el patrón...

—¡Amalaya juera uno que viene a pedir licencia pa hacer noche! —Piensa, pero en seguida otra hipótesis le acobarda casi tanto como la otra: El patrón, hombre de ideas modernas, no quiere absolutamente, que se dé alojamiento a nadie en «La Estancia»..

Y Sergio sufre lo indecible, cada vez que le toca tener que negar a un pasajero, la generosa y legendaria hospitalidad de los campos...

Pero la incertidumbre del capataz de «La Colorada» dura poco. El hombre pasa de largo; pasa resueltamente ante «las casas», arreando su tropilla que hace alborotar los teros del bajo, con el sordo tropel de los cascos y el sonoro ludir de su cencerro.

—¡Ta güeno!...

Y Sergio, con un gesto resignado, monta en su moro y lo echa al galope en pos del pasajero:

—¡Hep!... ¡Hep!...

El otro, sujeta el caballo, en cuanto oye que le llaman y mientras su hermosa tropilla de tordillos negros, sigue todavía trotando un trecho, se aproxima a Sergio muy despacio... Es un hombre grueso, corpulento, de cara pálida, de negra barba y de poblado entrecejo.

—¡Güenas!... —dice con voz atiplanada y casi melifluа—. ¿Qué hay?...

Y Sergio, que siente la garganta seca, se apresura a expedirse:

—Nada, señor; era pa avisarle que el campo es cerrao y que no se puede pasar...

—¿Cómo dice?...

—Que el campo es cerrao... —Y el mozo aproximando su caballo al del pasajero, un tordillo soberbio, que mientras escarba el suelo con un casco impaciente, hace sonar como una matraca los coscojos del freno, reitera su prevención—: Digo, señor, que por acá no se puede pasar, porque es campo cerrao... —Y añade levantando un brazo y gritando como si el otro fuera sordo—: ¡Vea, tiene que volver p'atrás!... ¡Salir por la tranquera por donde entró!... ¿Sabe?... ¡Y después agarrar y pegar la güelta pu allá, por la cabecera el campo, que es por ande va el camino aura!... ¿Me compriende?

—¡Ah, ah!... ¿Y esta güeya p'ande va entonces?...

—Esta güeya es vieja... Por aquí pasaba el camino antes de que se cerrara el campo...

—¡Ta güeno!...

Y después de meditar breves segundos con la mirada fija en el testuz de su flete, el hombre agrega con aplomo:

—Entonces no viá tener más remedio que abrir...

Sergio al oír esto, siente como un calor en las orejas y replica con viveza:

—¡No, no señor, no! ¡Ya le he dicho que el alambrao no puede abrirse!...

—¡Ah, ah!... ¿Y por qué, pues?...

—Porque el patrón no da licencia... Porque el patrón no quiere...

—¿Está él?...

—¿El patrón?... No, señor, ahora no está, pero ansí lo tiene mandao...

—¡Ta güeno!...

Y el hombre, después de pasear una vaga mirada en torno suyo, contrae el ceño y agrega resueltamente:

—Vea, amigo: Yo no puedo volverme ahura p'atrás porque se me hace tarde y ando medio apurao... Ansi que voy a seguir derecho nomás... Sea gaucho y no se me incomode, que no le he de hacer ningún daño en el alambre... Tengo llave y con tres hilos que aflueje y manee, basta y sobra pa que pase la tropilla, porque toditos los animales que traigo son baquianos... ¡Güenas noches!... ¿No?...

Y sin más, mientras Sergio se queda allí, mudo, inmóvil y como idiotizado, el hombre hace volver resueltamente su caballo y después de lanzar a la madrina de la tropilla un silbido breve y autoritario, retoma al galope el rumbo que traía...

II

Ante el fogón de la cocina y sin más luz que la que proyectan aquellas pocas brasas sobre las cuales está asando una «paleta» —bastante flaca por cierto— Sergio Aguilera, el capataz de «La Colorada», pensativo y sombrío sorbe lentamente un mate...

Es tarde ya y el gran silencio de la noche otoñal sería absoluto, si no mediaran, allí dentro, aquel leve chirriar de la carne sobre el fuego y allá afuera, los sordos pisotones del caballo atado en el palenque...

—¡Palo Verde! ¡Cha que lo!...

Y el mozo después de sonreír con despectiva amargura y de apoyar el mate vacío en la yerbera de hojalata, enclavija sus morenos dedos y vuelve a repasar en la mente el ingrato e inoportuno recuerdo:

«¡Palo Verde!... ¡Ah, ah!... Él, era muy chiquilín entoavía, pero se acuerda patente, como si juera hoy... Aquella gran cocina humosa e la estancia e los Rosales... Él, como buen muchacho que era, balaquiando, porque el capataz le había reprendido injustamente y uno de los que le oían preguntándole a otro con una guiñada de complicidad y de malicia:

«—¿Qué le parece aparcero, agarrará juego este palo verde?»

¡Y cómo se rieron todos y cómo se abochornó él, creyendo, en su inocencia, en alguna burla sangrienta y cómo anduvo triste y preocupado, hasta que aquel mismo hombre quiso explicarle el significado de su dicho!

«No había sido nada malo... Era simplemente, que el corazón y los sentidos del hombre, no suelen esconderse al calor de las pasiones sino a una edad más avanzada.»

«Y como él preguntara entonces, cuál era esa edad, el hombre viejo, raindosé, le había respondido que asigún, que para unos más temprano, que para otros más tarde; pero que no se preocupase, porque en fija, ya ardería alguna vez mesmamente que la yesca y sin pedirle licencia a naides.

Y al recordar esto, el mozo menea la cabeza:

—«¡Ah, ah!... ¡Ya va a arder él!... Está visto que será «palo verde» toda la vida y que no habrá juego capaz de encenderlo!...»

Y como le acontece cada vez que su pundonor y amor propio, le acusan de alguna debilidad; Sergio vuelve a ratificarse en su vieja creencia, de que a él debe faltarle «adentro del cuerpo» alguna cosa que a otros hombres les sobra...

¿Por qué si no, esa suerte de timidez indomable que le sobrecoge siempre en el momento de la acción decisiva? ¿Por qué aquel eterno embarazo de no saber «cómo empezar» en el preciso momento en que se debe empezar de cualquier modo?

¡Más veces se ha jurado rehabilitarse en la primera oportunidad que se le presentara, pero otras tantas ha vuelto a incurrir en la falta; que una cosa es proyectar acciones de energía y otra muy distinta ejecutarlas en el terreno de la práctica!...

¡Ah!... Sergio Aguilera es un muchacho serio, trabajador y honorable, como «todo el mundo lo dice, desde el patrón abajo», y Facundo Reyes —el informal ése, que acaba de dejarlo plantado una vez más— es en cambio «la piel de Judas» del pago, por haragán, por jugador, por mujeriego y pendenciero!... Y, sin embargo,

¡cuántas veces el joven capataz de «La Colorada» ha envidiado a «ese loco sin cruz en el mate», la única virtud que le reconoce: el valor; aquel atrevido e insolente valor que le adorna y que el mozo luce por todas partes, con el mismo donaire con que arrastra por el patio de las pulperías el fleco gastado de su poncho overo!...

«¡Ah, ah!... ¡Facundo Reyes no servirá para nada como dice el patrón; no servirá para ver si hay algún animal muerto en el campo, ni para asarse después el lomo, sacándole el cuero bajo el sol meridiano, pero es indudable que «pa lo otro sirve y muy mucho!...»

Y al recordar el temperamento del mozo tan distinto del suyo, Sergio, no puede menos que murmurar con encono:

—¡Ansina son de trompetas!... ¡Quisiera haberlo visto al de ayer, con uno como Facundo por delante!...

«¡Ah, ha!... Una vez..., aquella vez en lo de don Lorenzo... ¡Ah, ah!... ¡Qué bárbaro!... La pulpería «ansí» de hombres, de hombres con tamañas barbas; gente toda del partido e Lobos que traiba don Rufino Gómez pa sacar una novillada de «La Estancia Grande», y... no se le ocurre a este cristiano un redepente, pararse en el umbral de la puerta y ahí no más pegar el grito:

«¡A ver!... ¿No hay algún lobero pa banco?...

«Y como tenía que suceder, habiendo allí tanto hombre curtido como había, en el aire le abarajaron el dicho».

—¡Pa su marca... no hay boleto!...

—¡Y chá, qué hombre!... Las mechas rubias que se le caíban sobre los ojos, el cuchillo en la mano y el poncho overo en el brazo, reculando a las risadas...

—¡No se atropellen, señores, que pa todos ha de haber!...

«¡Ah, ah!... Cortó a uno ese día, en la carretilla, y a otro medio le voltió una oreja... pero, el patrón... el patrón... ¡Ah, ah!... ¿Y eso?...»

E interrumpiendo su mudo soliloquio, Sergio, sin moverse del sitio, presta oído hacia el lado de la puerta... Le ha parecido «patente» como que algo, o alguno tropezó con cierta media lata de kerosene que siempre «anda» rodando por allí cerca del pozo y que le sirve para lavarse... Perro no puede ser... ¿Algún zorro, quizá?...

Y va a levantarse cauteloso pero sin prisa, cuando un gran bufido del caballo, que se espanta en el palenque, le hace incorporarse de un salto y llevar instintivamente la mano al cabo del cuchillo:

«¡Vamos a ver, dijo un ciego!»...

Pero, cuando se dirige a la puerta creyendo distinguir entre los poderosos resoplidos del redomón excitado, algo así como el plañir de un gatito, oye de pronto, que alguien dice allí fuera, con acento tímido pero cristalino y claro:

—¡Ave María!... ¡Ave María!...

A Sergio le parece que es la voz de un niño, pero no [illegible] asoma la cabeza afuera, cuando se pasma de asombro: Lo que está allí, inmóvil junto al pozo y bajo la luz estelar que hace parecer su figura toda blanca, no es un chico, sino una mujer...

—¡Ave María!...

—Sin..., ¡sin pecao!... Pase, señora...

Pero, como aturdido por la enorme emoción de cortedad, que repentinamente le invade, Sergio no atina a decir más, ni a moverse tan siquiera de la puerta; la re-

ción llegada opta, aunque con cierto recelo, por avanzar unos pasos:

—¡Qué oscuro está!... ¡Buenas noches!... Con su licencia, señor...

—¡Ah, ah!... Güenas...

Y Sergio advierte con estupefacción creciente, que la mujer aquella, trae en brazos a un niño...

III

Comienza a apuntar el día y Sergio, de bruces sobre el recado que ha tendido junto al palenque, lo aguarda con impaciencia, fijos los ojos en la puerta cerrada de la cocina.

Al mozo ya no le preocupa lo que puede pensar el patrón de las extrañas y tremendas infracciones en que ha incurrido aquella noche. No sabe por qué, pero siente por primera vez en su vida, como una rara sensación de confianza en sí mismo, que le llena de optimismo y de audacia:

«Y si se disgusta..., ¡pacencia!... Acaso iba a dejarla a la señora tirada en el campo como a un perro?»...

No; lo que a la sazón perturba y embaraza un poco al joven capataz de «La Colorada», es otra preocupación muy distinta; es el temor que abriga de haber cometido esa noche alguna falta de «savoir», que le haya puesto en desairada evidencia ante los ojos azules de la forastera...

«¡Caray!... Él no es un bagual, pero hacía tantísimo tiempo que no se había atracao a otra mujer que no fuera la vieja cocinera de La Estancia, y además, ha tenido

así, de sopetón, que hacer y que decir tantas cosas delante de esa señora, que no tendría nada de raro que hubiese hecho algún barro o largao algún bolazo».

Y es por eso, que entre graves gestos de aprobación unas veces y crispaciones de bochorno otras, el mozo recorre en la mente las etapas de su aventura:

«... Primero, aquello de que no podía encontrar los fósforos pa encender el candil y la otra esperando, parada ahí, en lo oscuro... Después, aquella miseria de carne... ¡Menos mal que él no comió ni un chiquito y que pa obligarla le dijo que de todos modos se iba a tirar.

«Más después entoavía, cuando ella le pidió algo pa calentar la leche que traiba en un frasco pa la criatura... ¡Otra vergüenza grande!... No había en la cocina, jarro, ni plato, ni juente alguna, que no tuviera a lo menos dos dedos e grasa... ¡Ah, ah!... Pero él estuvo bien áhi —dijo la moza—: «Dejemé, no se incomode, que yo la lavo en un momento»... —Y él—; «¡De ande!... ¡No faltaba más, señora!»... Y áhi nomás se salió ajuera pa refregarlo con arena...

«...Después, no quería ella, que juese a trairle el caballo de allá, del alambrao, ande lo dejó; pero él se jué nomás de un galope y se lo trujo sin perderle ni un atadito... ¡Ah, ah!... Un malacara pampa bastante viejo y maceta... Ahora nomás va a dir a arreglar el alambrao... Con el apuro, le metió cuchillo no más... ¡Si supiera el patrón!... ¡No! Pero en seguidita lo va arreglar nomás... ¡Ah, ah!... Tiene los ojos zarcos y los dientes menuditos... No quería acostar al chico en la «tarimba» pa no incomodar, decía, pero él agarró áhi no más todito lo que había encima: un poncho, un bozal,

la espada del patrón, la caja e tabaco y los largó todos al rincón... ¡Lástima que se olvidó de sacar el tabaco!... De no se hubiese tenido que pasar toda la noche sin pitar... ¡Ah, ah!... Dijo que por causa de un mal hombre, había tenido que dirse de «El Porvenir» y que va hasta allí, hasta lo de don Martín Oroná, a conchabarse e piona .. ¡Ah, ah!... Menos mal que hay familia y que el vasco es güeno... ¡Cha, ser pobre! ¿No?... ¡Y tan hacendosa como es!... En un momento arregló la cocina... Lo que sí parece muy tiernita entoavía..., quizá no tenga ni veinte años... Pero está en güenas carnes y es blanca y rosada, y aunque no lo dijo, debe ser hija e vascos a lo mejor... Y es rubia también... Se le salían del pañuelo unas mechas como de oro, cuando estaba arreglando el candil... ¡Quién sabe lo que habrá pasao!... Craiba que había camino por el campo y después no sabiendo p'ande agarrar, dejó el caballo en la costa el alambre y se vino de a pie pa las casas... ¡Y qué linda risa tiene!, ¿no?... Ahí cuando le preguntaba ande iba a dormir él, y él le contestó que aunque más no juese en una vizcachera, con tal de que ella quedara sola y a gusto en la cocina... Ahura, en cuanto aclare, va dir a agarrar carne pa que churrasquee... Después ensillará el pampita y la acompañará hasta la tranquera sin que se entere naides... ¡Caray!, él no es ningún bagual, pa no saber cómo se atiende a una dama!»

Pero al llegar aquí, en sus reflexiones, Sergio se estremece y siente que un calor de vergüenza le sube por el cuello:

«¡Cha, qué animal, también!... Estaba arreglando las pilchas pa sacarlas de la cocina cuando ella se salió ajuera... ¡Y no se le ocurre al muy bobo, al dírsele por detrás, pa preguntarle si algo le hacía falta!...»

Y la morena y redonda cara del mozo, se contrae en un gesto tan expresivo, que no deja el menor asomo de duda sobre la autenticidad de su disgusto...

IV

De vuelta a las casas, trayendo en ancas del doradillo, el capón «guampudo» que acababa de enlazar allá, por el fondo del potrero y cuyo degollado zangoloteante pescuezo ensangrienta la verija del lado de montar, Sergio no disimula su contrariedad y su despecho:

—¡Oh, vaya a...!

Creyéndose observado, ha venido todo el camino al «tranco» y con una mano en la cadera, es decir, en la actitud más gallarda y más digna que a su modo de ver, pueda adoptar un jinete que se acerca con una res a la grupa de su caballo y, ahora resulta, que, tanto la puerta de la cocina, como la ventanita aquella que mira hacia la tranquera, continúan tan cerradas y hoscas como cuando se fué, hace media hora...

—¡Ta güeno!...

Y haciendo pasar con evidente mala intención, las resonantes pisadas del doradillo por el estrecho espacio que media entre el brocal del pozo y la puerta de la cocina, el mozo se allega al carneadero, a dos pasos de aquélla y desde a caballo no más, deja caer el capón al suelo, con grosería y con estruendo...

Pero, en el momento en que, arrendando el doradillo al palenque y mirando una vez más hacia la puerta siempre cerrada de la cocina, va a preguntarse ya, ingenuamente, si en realidad estará allí la dama o si todo habrá sido tan sólo un sueño; Sergio oye algo que le tran-

quiliza de pronto, que le hincha el corazón de sangre cálida y le ilumina el espíritu con aquel mismo resplandor vago y rosado con que el sol naciente comienza a teñir las nubes.

Allí, adentro de la cocina, acaba de llorar el niño...

Entonces el capataz de «La Colorada», andando de puntillas, se apresura a volver al carneadero y una vez allí, desenvainando su cuchillo, se entrega a la faena animado y risueño...

¡Y con qué maestría la hoja de acero movida por su mano y con el filo hacia arriba, se hunde junto al borde de la pezuña lavada por el rocío y se corre veloz hasta la verija o el sobaco, incidiendo la piel lanuda a lo largo de las patas!... ¡Con qué acierto descoyunta con breve «¡clac!» de palito que se quiebra, las articulaciones de las mismas!... ¡Con qué baquía desuella la ensangrentada cabeza cuyos ojos despojados de los párpados, se tornan saltones y parecen agrandarse y mirarle con estupefacción y con reproche!... ¡Con qué limpieza incide la piel del vientre, con una línea blanco-azulada que, partiendo del labio belfo, va a terminar al extremo de la cola!... ¡Cómo y sin soltar el cabo del cuchillo, mete el puño moreno y con vigorosos empujones, hace desprender el cuero de la carne, que aparece limpia y rosada como invitando a la gula!...

Después, con hábiles tirones, concluye de arrancar la piel. y el cuerpo del capón, aparece entonces tan limpio y tan blanco, que contrasta violentamente con la roja cabeza ensangrentada...

En seguida Sergio se dispone a continuar su tarea, mas, en el instante en que dirige el cuchillo hacia el distendido abdomen del capón, el ruido de la puerta de la cocina, abierta con alguna brusquedad —sin duda porque

se «tranca»— le desconcierta y paraliza a tal punto, que por un momento, se queda inmóvil y como atontado por aquella suerte de martillar furioso que siente en los oídos, pero, y quizá porque nadie salió de la cocina, Sergio reacciona pronto y después de restregar su diestra en la bombacha, para librarla sin duda de cierto temblor absurdo que la agita, se aplica decidido a destripar el capón...

Y está en esto y sus dedos enrojecidos de sangre, se hunden ya, como garfios de hierro en el interior de la res, arrancando la panza y los intestinos vaheantes, cuando ove que la forastera le saluda con su voz argentina:

—¡Muy buenos días!...

Y a Sergio, que, sorprendido y sin soltar las tripas del capón, vuelve la cara para mirar a la forastera, le parece entonces tan bella ésta, así sin pañuelo en la cabeza y así sonriéndole desde el pozo; que después de responderle con el más torpe y huraño de los: «¡Güen día!», tan sólo atina a lanzarse de nuevo a la tarea con todo ardor y como si quisiera desocupar pronto el interior de la res, para meterse en seguida adentro.

Pero la forastera, más despejada y aun quizá, sin sospechar la turbación del mozo, insiste con voz clara:

—¡Buenos días!... ¿Qué tal?... ¿Cómo ha amanecido?...

Y con la soga del balde en una mano, vuelve a mirarle de soslayo y a sonreírle tan amistosa y seductoramente, que Sergio se cree obligado a abandonar de nuevo su trabajo y aun meter una mano por debajo del sombrero, en un ademán tan lento e indeciso y ambiguo, que en realidad no puede saberse si se propone saludar o simplemente rascarse...

Pero después de haberse pasado por la frente aquella

misma y ensangrentada mano, para apartar sin duda las negras guedejas que caen sobre los ojos; Sergio puede, por fin, responder con cierto aplomo:

—Bien, gracias... ¿Y usté?

Y vuelve la cara con un movimiento rápido, hacia la res que yace en el suelo sobre el cuero, como si temiese que fuera a escapársele... Pero, después, como la moza continúa hablando, en tanto que empinada sobre los extremos de sus botitas amarillas y graciosamente inclinado el busto deja deslizarse el balde en el pozo, Sergio, con el cuchillo en la mano, el sombrero en la nuca y las piernas muy abiertas, no tiene más remedio que escucharla, con una atención y una gravedad casi solemnes...

—¡Yo he dormido toda la noche como una piedra!...

—¡Ah, ah!

—¡El nene también, gracias a Dios; como un angelito!

—¡Ah, ah!

—¡Estaba más cansada! ¡Usted no se imagina!...

—¡Ah, ah!

—¡Ayer me levanté también más temprano!...

—¡Ah, ah!

—Lo que siento es... ¡Ay!...

—¿Qué, señora?

—¡Nada, el nudo!...

Y el mozo advierte con cierta contrariedad que tiene que abandonar aquel «¡Ah, ah!» que le estaba resultando de lo más cómodo. Uno de los gruesos y muchos nudos que hay en la vieja soga, o mejor dicho, en aquel pedazo de lazo pampa que hace sus veces, se ha «encajado» como de costumbre, en la horquilla de la rondana y los blancos brazos de la forastera no tienen fuerzas para hacerlo pasar.

—Deje, señora...

--Es un nudo... No se incomode, señor...

Pero el «señor», tirando el cuchillo sobre el cuero del capón que está en el suelo hecho un bollo, se apresura a acercarse:

Y en seguida y mientras forcejea parado sobre el brocal de flojos y rezumantes ladrillos, Sergio habla, pero habla a trompicones y tan inútil y aturdidamente, como si tan sólo lo hiciera para mantenerse despierto; para evitar que aquella suerte de embriaguez fulminante, que acaba de invadirle al mirar tan cerca la forastera, vaya a hacerle caer en el pozo.

«¡Ah, ah!... Un ñudo... Hay una punta e ñudos... Él siempre está por arreglarlos, pero aún nunca tiene tiempo para nada... Entre una cosa y otra, a uno que se le va el día... Y más cuando se está ansina solo y hay tanto que reparar... Pero ese mismo invierno, si Dios quiere, él va a hacer con algún retazo e cuero de pidemia, aunque más no sea, alguna soguita más al propósito»...

Cuando Sergio termina el arreglo, y salta por fin al suelo, la forastera, que no ha podido hacer otra cosa, que asistir con monosílabos y mirar con una vaga sonrisa entre burlona y compasiva, cierto ignorado desgarrón que el mozo tiene en los fondillos de su bombacha; intenta, con alguna viveza, apoderarse de la soga del balde y de ello resulta un choque de hombros bastante brusco:

—¡Déme!... ¡Ay!... ¡Dispense!...

—¡Cuidao!

Y mientras la moza se aparta un paso, algo confusa, él oculta su turbación mucho mayor, contrayendo fieramente el entrecejo y aplicando toda su energía a izar, en pocas y vigorosas brazadas, aquel gran balde que en realidad no es tal, sino un pesado envase de sarnífugo.

—¿Quiere que se lo lleve adentro?

—No, señor... ¡Gracias!... Aquí no más... Es para lavarme...

—¡Ah!... ¡Güeno!...

—¡Muchas gracias!... ¿No?...

—No hay de qué darlas...

Y sin más, Sergio va a escaparse ya hacia el carneadero, cuando ella le detiene:

—¡Ah!... ¡Diga! ¿Y mi parejero?... ¿Qué me ha hecho de mi parejero?

Él entonces, se atreve por primera vez, a envolverla en una mirada tan rápida y arisca como ansiosa y ardiente, y dice señalando con la barbilla un lugar inmediato:

—¿Y no lo ve?... Ahí está en el potrerito...

—¡Ah!... ¡Es cierto!... ¿Y que le ha parecido mi flete?...

—¿Y cómo quiere que me parezca?... ¡Lindo no más!

Y a la sazón parecen ya dos amigos... Ella, que se arregla el cabello en la nuca, los codos en alto y oprimiendo una horquilla entre los dientes menudos, le mira risueña a través del oro de sus pestañas y él la mira también sonriendo, pero de reojo y en una actitud indecisa que pretende disimular, restregando el piso con la suela de una alpargata...

Después y por espacio de algunos miutos, ambos conversan muy cerca el uno del otro, pero separados por aquel gran recipiente rojo, que hace las veces de balde: «¿La patrona? ¿Los chicos? ¿La cocinera vieja?»... Ella pregunta siempre y él responde al principio con monosílabos, pero después y poco a poco, con mayor soltura y aplomo:

«Ahora se ha quedado solo. Tiene encargados peones

a medio mundo, pero no aparece ni uno ni para remedio y él no puede abandonar la Estancia para salir a campearlos... Para peor hasta «la señora vieja» que hacía la cocina ha tenido también que irse... ¡Él no sabe lo que hacer a la verdad»...

Al llegar aquí, ella, que ha estado escuchando y asintiendo muy seria, con movimientos de su rubia cabeza, a cada una de las lamentaciones del mozo, se echa a reír de repente:

—¡Ahí tiene! —exclama—. ¡Ahí tiene, por ser hombre solo!...

Y añade inclinándose inútilmente sobre el gran balde encarnado:

—Si tuviera señora no le pasarían esas cosas... A lo menos tendría quién le lavara la ropa. ¿No?

Y torna a reír y a inclinarse de nuevo sobre el balde, cuya manija endereza por hacer algo.

Sergio, un poco cortado y sin saber qué contestar, mira hacia el campo, pero como ella insiste sobre el tema, al cabo dice, alzándose de hombros y haciendo esfuerzos por hundir en tierra cierta blanca vértebra de carnero que oprime bajo la suela de su alpargata:

—¡Ah, ah! ¿Pa que le salga a uno alguna señorona con más moños? ¡Ah, ah!

Ella torna a reírse con más ganas aun, con esa risa que tiene de cencerrito de plata:

—¡Ja, ja! ¡Está bueno! ¿Y por qué había de salirle con tantos moños, quiere decirme?

—¿Y?... Ansina dicen a lo menos... ¡Yo no sé!...

—¡Ja, ja, ja!... ¡Eso sí que está rico!... ¿Y si no sabe, por qué lo dice entonces? ¡Ja, ja!

Y segura ya de su ascendiente de civilidad y de mundana experiencia se ríe en la misma cara de Sergio, en-

señándole desde muy cerca sus dientecillos de gata y sus ojos azules barnizados de lágrimas.

Él entonces, confundido, se pone serio, la mira por un instante con torvo ceño, pero luego, no puede más y sucumbe al contagio de aquella risa y más que todo a la femenina seducción de aquella cara.

—¡Y güeno entonces! —dice en una mueca mezcla de cortedad y de pueril despecho—. ¡Y güeno entonces! ¿Y quién se va a fijar en un rotoso como yo, quiere decirme?

Ella al oírle se finge escandalizada:

—¡Ay! ¡No, no diga eso!... ¿Por qué rotoso?

—¡Y, no soy más que un pión!...

—¿Peón? ¿No me dijo anoche, que era el capataz y además el encargado?

—No digo que no, pero...

—¿Pero qué?

—¿Quién se va a fijar en mí, en habiendo por ahí tanto hombre con merecimientos?

Y como Sergio no la mira al decir esto, porque está ocupadísimo en alisar con el pie la tierra que cubre la sepultura de la blanca vértebra, la moza le hace un mohín de labios entre desconfiado y travieso, después replica lo más grave:

—¡Oh! ¡No diga eso! ¡Un mozo joven y güeno como parece!...

Sergio la mira entonces sonriente y va sin duda a decir por fin, alguna frase feliz, a juzgar por el brillo que anima sus ojos, pero en ese momento se oye llorar al niño en la cocina.

—¡Ay! ¡Caramba! ¡El nene! dispense..., con la charla...

—¡Ah, ah!

—... Casi me olvido de mi hijito...

—¡Endeveras! ¡Y tan lindo que estábamos conversando!...

—¿No?...

—¿Ha visto?

—¡Ah, ah!...

Y Sergio esparrancado junto al balde, y restregándose las manos lentamente, la mira alejarse con una vaga sonrisa en los labios pálidos y una expresión casi atónita en los negros ojos

Sin embargo, parecería que no la estuviese mirando, o que fuera ciego, a juzgar por la manera cómo se sobresalta, cuando ella, de pie ya, en el umbral de la puerta se vuelve para decirle con ese delicioso aire de complicidad que constituye uno de los mayores encantos en toda promesa femenina:

—Si anda por aquí, ahorita no más, le voy a alcanzar un mate...

V

Hace días de «aquello» ya, y Sergio que durante ese lapso, se ha movido por todo el campo, realizando las más variadas y múltiples tareas, sin experimentar mayor cansancio, comienza a sentir recién y con sorpresa, que tiene muy pocas ganas de trabajar y en cambio, extrañas comezones de vagancia y de aventuras, que a cada rato le ponen pensativo y le hacen olvidarse de la labor que tiene entre manos:

«¡Qué lindo si uno no juera conchabao, ¿no?, y pudiese estarse todo el día panza arriba mirando el cielo y a lo

mejor agarrar pa cualquier lao sin tener que darle cuenta a naides...!»

Pero, el mozo que en ese momento endereza escrupulosamente una varilla del alambrado que acaba de encontrar torcida, allí en la rinconada de «La Laguna», menea la cabeza y sonríe despectivo de su propia locura...

«¡Ah, ah! Sería muy lindo..., pero... ¿Pa qué?... ¿Acaso no se acordó ella mesma y bien clarito de que era casada, de que tenía dueño? ¡Ah, ah!... Paula Aristeche de Bragao... ¡Ah, ah!... Bragao se llama el mal hombre: el dueño e la prenda...»

Y al pensar en esto, Sergio, respetuoso como es de la «propiedad», a fuerza de lidiar con linderos de pocos escrúpulos, cree ver ya, con los ojos del alma, los bárbaros costurones de una marca de fuego, sobre la piel satinada de una nalga blanquísima...

«¡Bendito sea Dios!» Y en su ingenuidad de mozo limpio de espíritu e ignaro en ciertas experiencias, el capataz de «La Colorada» no concibe cómo pueda haber un hombre que después de haber poseído aquel tesoro de mujer, tenga coraje para abandonarlo...: «O el hombre ése es un infeliz o anda medio mal de la cabeza...»

Sergio sabe que hay mujeres muy malas que «hasta se les juyen, a los hombres de los ranchos con el primero que les dice: «¡Truco!»... Pero, le parece que «éste no es el caso...»

«¡Caray»... A ella la ha dejado el hombre y además se necesitaría ser muy bobo, pa no comprender que una mujer como Paula, no puede ser mala nunca... ¡Ah, ah!...»

Y el mozo, va a hundirse de nuevo en la contemplación mental de aquella carita un poco cuadrada; de aquellos ojos azules y sobre todo de aquellas seductoras botitas

amarillas de alto tacón, cuya coqueta imagen no se aparta de sus retinas, cuando un cercano alertar de teros a su espalda, le hace volverse y mirar por encima del caballo.

—¡Ah, ah! Es don Miquelo... ¡Mira si me ha hallao algún pión!... ¡Amalaya!... ¡Güen día, don Miquelo! ¿Cómo le va?

Y con su gateado del cabestro, Sergio, se aproxima al cerco divisorio y alargando el brazo por encima de los alambres, estrecha la mano que el otro —un vasco puestero del campo vecino— le tiende desde a caballo, muy risueño y la boina azul calada hasta el cogote:

—¡Güen día, Aguilera!... ¡Te la quería ver! ¡Caray..., hace una punta e tiempo!... ¿No me la viste por casualidá un potranquita de m...morosillo que me falta de la manada?... ¡Sí! ¡Sí!...

—No, don Miquelo, no lo vide...

—¡Cha! ¡Me digo! ¡Sí, sí!

Y muy erguido sobre su colorado «sillón» el rubicundo vasco, después de pasear una mirada escrutadora por las lejanías del campo, interroga de nuevo al mozo:

—¿Te vino al fin, la mensual, che?

—No, señor —responde Sergio—. ¡De ande! Yo craiba que quizá usté o don Lorenzo... pero, ¡nadita! Sigo tan solo y atao como antes... ¡Yo no sé!

—¡Ya! ¡Ya!

Y el vasco, rascándose la rubia pelambrera por debajo de la boina y mirando a Sergio de soslayo, agrega sonriendo con malicia:

—Sin embargo... ¡Caray!..., no la estaban ésos las noticias que se andan en el pago de ti, no, no!...

—¿Cómo dice, don?

Y Sergio que no ha entendido, sonríe primero por cor-

tesía y después se queda mirando a su interlocutor con expresión intrigada y boba.

Don Miquelo le mira a su vez, por un momento de rabillo de ojo, y al cabo le replica con una sonrisa entre burlona y desconfiada:

—¡Ya, ya! ¡Hazte el capón no más!

Pero, en seguida y como Sergio sigue mirándole interrogador y serio, se decide a soltar prenda:

—¿Y entonces, no la estar verdá, que te tienes un mujer en las casas?

—¿Yo, don Miquelo?

—¡Sí, sí, tú...! ¿El mujer ése, que te largó un tal Bragao que le dicen?... ¡Ya, ya! ¡Te la han visto dentrar en el campo, pero no te la han visto salir, no, no!...

Sergio, un poco confuso se apresura a aclarar el equívoco.

—¡Qué esperanza! En «La Estancia» no hay mujer alguna... ¿Quizá lo habrán dicho por una pobre señora con una criatura, que pasó el otro día y que iba «a sigún se acordó» a conchabarse en la de don Martín Oroná?...

—¡Ya, ya!...

«¡Palabra!»... Él no hizo más que enseñarle el camino... La pobre extraviada en la noche se embolsó en el alambrao de «La Estancia» y no sabía p'ande agarrar. ¡Nada más!...

El vasco que le escuchaba sin mirarle, la vista en el testuz de su caballo y jugando con el chicote sobado de las riendas, torna a reirse:

—¡Ya, ya!... ¡La estar bueno entonces!... ¡Y cómo te habla la gente al cuete!... ¡Caray!... Mirá: ¡hasta la hubo quien se acordó de que la precisaría avisarla a tu patrón, sí, sí!

—¿No ve? ¡Cha, con la gente e porra!... Usté me conoce, don Miquelo, mire: ¡Por esta cruz!

—¡Ya, ya!... ¡Ah! ¿También se acordaron, sí, que te pasó por el campo «Grano Malo» que le dicen, con su tropilla? ¡Sí, sí!

—¿...?

—¡Sí! ¿Y que te la dejó maniao el alambre, retorciéndote los tres primeros hilos con un canillo e vaca? ¡Sí, sí!

—¡Mentira! —grita Sergio, demudado de vergüenza, y de rabia—. ¡Mentira! ¡No señor!... ¡Por aquí no pasó naides más que uno e barba entera, con una tropilla e tordillos negros, ¡pero pasó con mi licencia!...

El vasco se ríe:

—¡Ya, ya!... ¡Precisamente!... ¡Esa la estar el «Grano Malo», que la dicen por mal nombre!...

—¿Quién es ese «Grano Malo»?...

—¡Ah!... Yo no sé, che..., pero jugador y mal entretenido, dicen... ¡Yo no sé!...

—¡Ta güeno!...

Y ambos se miran por un instante en silencio, hasta que al cabo pregunta don Miquelo:

—¿Y el mujercita, che?...

—¿Qué mujercita?...

—¿Ese que se pasó el otro día?...

—¡Y qué sé yo!... ¿Qué quiere que yo sepa?... Ya le dije que asigún se acordó, se iba por lo de don Martín Oroná, a pionar la pobre, con su criatura...

—¡Ya, ya!... ¿La has visto?... ¡Te la pierden y te la largan endespués al campo con el guachito!...

Sergio enarcó las cejas:

—¿Cómo «guacho»?... Ella es la esposa de un tal Bragao... ¿No es casada acaso?

El vasco al oírle se echa a reír, meneando la cabeza:

—¿Casao? ¡Casao de las mechas o del cola, che! Él te la trujo robada nomás de adentro pa el año último y te la anduvo rodando con ella pu «El Moro», pu el «Aro e Fierro» y pu «El Porvenir»... ¡Sí, sí!

Sergio, que un poco aturdido, no sabe si disgustarse o alegrarse con la noticia, se pasa una mano por los cabellos, y después dice con un disimulo ingénito de gaucho verdadero:

—¡Ta güeno! ¡Qué don Miquelo!... Y pa hablar de otra cosa, señor... ¿Entonces no ha sido capaz de hallarme un hombre cualquiera pa que me ayude?

Pero el vasco, que se ha quedado pensativo y que a la sazón pasea el cabo del talero por el corvo cepillo que forma el tuce de su colorado grandote, insiste sobre el anterior tema.

—Yo —dice— la tengo una punta e lástima al criatura ése... ¡Palabra de honor, sí, sí! Verás como ahorita no más se le echan encima todos los gavilanes del pago... ¡Perra suerte la espera, sí, sí!... ¡Mirá: y a fe de vasco honrao te la digo; si no tuviera el mujer que tengo, y que estar más celoso que chancha parida; que te la llevo en el puesto; sí, sí. ¡Te la juro!

Sergio mira por un momento hacia las lejanías borrosas del horizonte y después dice en tono que quiere ser indiferente:

—¡Ah, ah! Güeno..., pero yo creo que en lo de don Martín podrá hallarse... ¿No? ¿Allí hay familia y el hombre no es malo, asigún dicen?

El vasco se alza de hombros:

—¡Ya! No te la digo que no; pero vos sabés que mujer solo y agraciao, es como el mulita. No te camina mucho pu el campo limpio, sin que te la agarre algún perro...

sí, sí!

¡Ya, ya! ¡Y acordate de lo que te dice esta vasca bruta,

Y tendiendo a Sergio su velluda y pecosa mano, don Miquelo, agrega convencido:

—¡Y no te ha de tardar mucho creeme, por que el muchachita está lindo y tierna como cordero e regalo! ¡Sí, sí!...

VI

No podrá decirse que el capataz de «La Colorada» ande con preferencia por aquella parte del campo que linda con don Martín Oroná, y, cuya población, formada por unos pocos ranchos de adobe, se divisa allí cerca, chata, sombría, sin un árbol y casi hundida en el gran pajonal que la circunda.

Además, si el mozo se ha detenido esta vez, al pasar por aquel sitio, ha sido por causa de «esa miseria» de vaca barrosa, que dió en morirse empantanada, en el «güaico», que acaba de arrancar a lazo, del lodo gris y untuoso, y cuyo cadáver a medio desollar infecciona el aire del bajo y se destaca, sobre el verde sucio del bañado, como una enorme flor carmesí. Por otra parte, Sergio no «hace sebo» —como diría el patrón—. ¡Muy al contrario! Casi doblado en dos, sobre la res, se aplica con tanta diligencia a su ingrata tarea, que solamente cuando se endereza para desentumecer la dolorida cintura o para chairar el cuchillo, suele permitirse una mirada escrutadora y melancólica, hacia la población que tiene ante los ojos; y, que estando tan cerca como para dejarle oir el ruido característico de la rondana del pozo, está, sin embargo; «de otros modos» tan lejos...

¡Pobre Sergio! ¡Nadie creería al verle así, doblado y resollando sobre aquella carroña que tenga el pensamiento en unos ojos azules, en unas caderas titubeantes y en unas botitas amarillas y menos aun que, a pesar de su entusiasmo amatorio, sean tan modestas sus aspiraciones.

El ideal de Sergio, sería ver a la amada, peor... «escuendido», es decir, sin que ella a su vez le viera. Un agujerito en una pared y él mirándola por allí en secreto, en tanto que ella fuera y viniera en el trajín de sus cosas...

¡Ah! Pero Sergio sabe que eso no es posible como no lo es nada de lo bueno de «esta vida». Educado en la disciplina del trabajo, desde su más tierna edad, el mozo, ha adquirido el convencimiento pleno, de que nada que guste de verdad puede tenerse en el momento en que se desee... Cuando tenía siete años, su mayor placer hubiera consistido en dormir «hasta las tantas»... Sin embargo, nunca pudo proporcionarse ese gusto. Su padre laborioso y severo le hacía pastorear ovejas en las montañas más frígidas de junio o de julio, con la misma férrea energía, con que el suyo, lo obligara a él mismo en su debido tiempo; y la madre, también honesta mujer hecha al trabajo y las privaciones, jamás le permitió que se hartara de mazamorra o pasteles, al punto que él lo hubiera deseado...

«¡Se debe comer pa vivir, hijito, y no vivir pa comer, como hace el chancho!»

«Al hombre que es honrao y sabe cumplir los patrones le aprecean»...

Y la esencia, de este último dicho, repetido por su padre hasta el cansancio, ha sido para el mozo como una ley y como una esperanza... Como una ley; porque le domina y le obliga; y como una esperanza porque en el

fondo de su espíritu, siente que aquel cumplimiento del deber, por ingrato que sea, le hace acreedor a una recompensa que no sabe cuál será, pero que tendrá que ser algún día...

«Ahora él no puede quejarse.» «El patrón no es tan malo... Ya ve que lo ha hecho capataz y...» Pero como en ese momento, oye un cercano griterío de teros, Sergio, interrumpiendo sus pensamientos y sin abandonar el extremo de la pata que desuella, levanta la cabeza y mira:

Son tres o cuatro que vienen hacia él, deslizándose por la ceja del pajonal, los que provocan aquel alboroto de los teros, allí, en el campo vecino.

«¡Ah, ah! Son cabezas que sobresalen de las pajas... Gente de a pie... Los chicos de don Martín, a la fija que andan travesiando»...

Pero bien pronto, Sergio, que mira muy tranquilo, chairando su cuchillo, el ir y venir de aquellas negras y movedizas cabecitas, que unas veces se agrupan y otras se desparraman velozmente, tiene un gran sobresalto:

Una de las tales cabecitas, no es la de un niño, sino la de una persona mayor; una cabeza de mujer, tocada con un pañuelo blanco...

—¡Ah, ah!...

Y Sergio, con la boca entreabierta y el corazón palpitante, no sabe por un momento qué hacer, y en la duda, sus miradas van y vienen vertiginosas del cuerpo de la vaca a medio desollar al caballo que tiene allí muy cerca, atado a una mata de paja colorada. Al fin, se resuelve por inclinarse de nuevo sobre su sucia tarea, muy contraído el ceño y enrojecidas las orejas.

«—Puede que no me vean»— piensa, y de buena gana desea hallarse al otro extremo del campo...

Después, Sergio no ve porque no mira, pero «siente»

los progresos de la aproximación en toda la epidermis...

«—Puede que no me vean...»

Pero el mozo se equivoca: En el preciso instante en que se formula una vez más ese deseo, allí no más, casi a su lado, una voz infantil grita entre sorprendida y alborozada:

—¡Oy!... ¡Un hombre!... ¡Es un hombre!

Y al levantar los ojos, Sergio descubre a dos arrapiezos de siete u ocho años, y que tocados, el uno con un gran chambergo de adulto y con una boina roja el otro, le miran, curiosamente, por encima de los alambres:

—¡Está cueriando una vaca!

Afirma el del sombrero, y el otro, el de la boina, después de asentir con un gesto, se vuelve bruscamente para gritar hacia atrás con una vocecilla aguda como un silbato:

—¡Graciana!... ¡Paula!... ¡Vean!

Y lo hace con tales bríos el mocoso y con tan reiterada insistencia, que no tarda en llamar la atención de la moza y de la chicuela que la acompaña.

—¿Qué?

—¡Vengan! ¡Vean! ¡Vengan! ¡Corran!

Cualquiera otro que no fuera Sergio se hubiera incorporado ya diez veces durante este preámbulo intranquilizador; pero él, según costumbre, opta por inclinarse más aún sobre la tarea y por redoblar la prisa con que trabaja, hasta que oye decir a la forastera con su inconfundible voz cristalina:

—¡Oh! Pero..., si es un hombre... ¡Vamos, chicos, vamos!

Y discretamente va a retirarse, sin duda, cuando Sergio, creyéndose ya sin escapatoria, se incorpora tan bruscamente como un muñeco de sorpresa:

—¡Güenas tardes!...

—¡Buenas tardes! Dispense... ¿No?... ¡Estos chicos!...

Comienza a decir ella, un poco confusa y un poco contraído el entrecejo, cuando reconociendo a Sergio exclama con un franco e infantil alborozo:

—¡Ay! Pero... ¡Vean quién había sido! ¡Qué bueno! ¿No? ¿Cómo le va, señor?

—Ya lo ve, señora...

—Trabajando, ¿no?

—¡Ah, ah!

Y esparrancado ante la res putrefacta, el cuchillo en la diestra y el sombrero en la nuca, a Sergio le parece Paula mucho más «menudita,» «mesmamente» una chiquilina...

—No esperaba verme tan pronto... ¿No?

—No, señora, a la verdá... Como he estado medio ocupao...

—¿Cómo dice?

—¡Que he estado muy ocupao!

Después y como ella pregunta algo que él no alcanza, ya porque se ha levantado viento o porque los chicos que acompañan a Paula, prendidos de su pollera, la interpelan a grito herido: «¿Quién es, che? ¿Quién es?», Sergio, tras de arrojar el cuchillo sobre el cuero y limpiarse someramente las manos en una mata de puna, se acerca al alambrado.

—¿Cómo le va, señora? Dispense la mano, ¿no?

Ella hace un mohín coqueto:

—¡Ah! ¡No es nada! ¿Cómo está?

—Bien, gracias... ¿y usted?

Y mientras ella le mira con sus ojos rientes, Sergio, azorado, porque no se le ocurre nada para agregar a su

última frase, la mira a su vez, la pierna diestra adelantada, una mano en la cadera y la otra yendo y viniendo, entre los cabellos, por debajo del sombrero.

Por suerte, Paula sabe encontrar un recurso para salir de aquel atolladero y se lo ofrecen los niños que siguen tironeándola de las faldas:

—Son los chicos de don Martín, ¿sabe? Ésta es Graciana, la mayorcita; éste, Pancho, y este otro pícaro, Martincito.

Y hay que ver con qué gravedad y con qué automatismo de muñecos mecánicos, el hombre y los muchachuelos cambian sus saludos:

—Güenas tardes... ¿Cómo le va?

Es posible que Sergio desee seguir estrechando indefinidamente pequeñas manos enrojecidas y presentadas con un movimiento uniforme, al extremo de los bracitos rígidos; pero la ceremonia termina al cabo y Paula dice con cierta ternura no exenta de melancolía:

—¡Pobres! Son mis amigos... ¡Si no fuera por ellos!...

—¡Ah, ah!

—Sí... ¡Estoy cansada, le aseguro!

—¡Ah, ah!... ¿No se halla, no?

—Le diré... —Y Paula añade bajando los ojos y en tono confidencial y quejumbroso—: Le diré... No es que no me halle. Lo que hay es que una mujer sola... ¿Me comprende?

—¡Ah, ah!

—...No está, no puede estar bien en ninguna parte... ¿Me comprende?

—¡Ah, ah!

—Nunca falta quien se crea con derecho a faltarle...

—¡Ah, ah!

Y Sergio creyendo por un instante que quizá, sin

quererlo, haya podido incurrir él mismo en tal delito, siente que una oleada de bochorno le sube por el cuello...

—Sí —prosigue Paula con voz desalentada—. Ya me lo anunciaron en «El Porvenir», pero yo no quise creerlo o, mejor dicho, no tuve valor para quedarme tan desgraciada, adonde todos me conocían.

—¡Ah, ah!

Y mientras los chicos varones juegan correteando entre los yuyos, y la pequeña, siempre tomada de la pollera, la escucha como si entendiese, Paula expone a Sergio la situación que se le ha creado en la casa de don Martín.

«Ella no puede decir que el vasco sea malo, ni la vasca tampoco; pero, ocurre que allí va gente que a ella no le gusta nada»...

—¡Ah, ah!

—Sí, hay algunos que porque la ven a una así, mujer sola, ya se creen con derecho a todo...

—¡Ah, ah!

Aquí Sergio se pone colorado y luego muy pálido —con esa palidez verdosa de los morenos— pero al cabo de mirar por un instante hacia las lejanías del campo, concluye por repetir simplemente:

—¡Ah, ah!

Y la moza, que ha hecho una breve pausa, para seguir con cierta sorpresa intrigada la dirección de los ojos del mozo, prosigue con voz lenta:

«Ella no dice que naide le haya faltado..., pero «ese hombre», ella no sabe qué se habrá creído... Cayó un día, a la hora del almuerzo, como quien va de paso, y ahora no hace más que estarse allí mañana y tarde... Parece muy amigo del patrón, peor...»

—¿Algún vasco, no?

—No, señor... ¡Amalaya! Es un paisano... Es ése... ¿Usté ha de conocerlo? ¡Cómo no!... ¿Ése..., don Cepeda, «Grano Malo«..., que le dicen, me parece por mal nombre?...

Sergio, que al oír el bárbaro apodo, ha sentido una emoción angustiosa de vergüenza y sorpresa, disimula, sin embargo, y después de negar con el gesto, pregunta con voz atiplada, mirándose el extremo de una alpargata, al través de los párpados entornados:

—¿Y de ahí?

Y Paula, que arregla con sus blancas manos, los pliegues del pañuelito descolorido que la chicuela lleva en la cabeza, reanuda entonces su relato:

«Y de ahí que ella se lo ha dicho bien clarito; pero, el hombre fastidioso sigue porfiado... Si está en la cocina y así haya veinte personas por delante, no hace más que mirarla y seguirla en todos sus movimientos con esos ojos de sapo pisao que tiene, y en cuantito la agarra sola ya comienza otra vez con sus historias: «¡Que él la quiere mucho; que de aquí, que de allá!... Que porque un hombre la haya hecho desgraciada no es razón para que no haya otro que pueda hacerla feliz, siendo tan linda como es... ¡Fíjese!...»

Aquí Paula, ligeramente ruborizada, mira a Sergio entre tímida y coqueta; pero como éste, siempre con los ojos bajos y el ceño contraído, se limita a asentir con su monótono «¡Ah, ah!», la forastera agrega con viveza:

—Ya le he dicho de todos modos que se deje de fastidiar y hasta me les he quejado a los patrones, pero es inútil... Ella estaba enferma ahora, por salir de cuidao, y él, el pobre, me parece un infeliz...

—¡Ah, ah!

—Sí, me le quejé un día. porque el otro había estado

cargosiándome por demás, en el tambo y me prometió reprenderlo, pero parecía que no lo hubiese dicho nada, a juzgar por el caso que le ha hecho.

—¡Ah, ah!

—Yo no sé, pero para mí que le debe tener miedo, porque dicen que es medio malo... Si no, ¿cómo se explica que él, tan serio y trabajador, le consienta a un hombre que anda de vago que caiga a deshoras y le entretenga los piones dándoles conversación o enseñándoles juegos?... ¡Yo no sé!

—¡Ah, ah!

Y ambos se quedan por un momento pensativos, mirando el suelo. Ella, haciendo esfuerzo por contrarrestar aquel movimiento de vaivén que imprime a su cuerpo la mano de la niña que, impacientada ya, le tira de la pollera, y él restregando la tierra con la suela de una alpargata. Al fin Sergio suspira y comienza con esfuerzo:

—¡Ah, ah! Pa mi gusto que usté debería buscarse conchavo en casa de más respeto... ¿No?...

Pero ella le interrumpe con gran risa:

—¡Ja, ja! ¡Qué bueno! ¡Ya sé! ¿Pero a dónde voy a ir? ¿Quiere decirme?

—¿Y?... ¡A tantos laos! No ha de faltarle, me parece... ¿Quizá no más en lo de Alegría?...

Ella vuelve a reír con sarcasmo:

«¡En lo de Alegría! ¡Ja, ja! Allí fué primero que a ninguna otra parte... La miraron como si aquel hijito suyo fuera alguna cosa hedionda que llevara en brazos y no quisieron admitirla».

—¡Ta güeno!...

Y vuelve a reinar un corto silencio embarazoso, que sólo interrumpe aquel reír y gritar argentino de los chicuelos que juegan entre las pajas, hasta que, al cabo,

Paula levanta el rostro y pregunta con visible esfuerzo, mirando a Sergio de hito en hito y poniéndose un poco encarnada:

—¿Y? ¡Dígame!... Yo quería preguntarle una cosa... ¿Y ahí no podría quizá?

Sergio no entiende al principio:

—¿Ahí, ande?

—Ahí en «La Colorada»... ¿No dice que se fué la mujer que había?

—¡Ah, ah!

Y es a Sergio al que toca esta vez ruborizarse y no saber qué decir en su desdichado embarazo.

«¡Cómo se conoce que Paula ignora la austeridad de costumbres de aquella pequeña estancia, y lo poco que él puede influir en la resolución de semejante problema!... «Tomar» un mensual es una cosa; pero «tomar» una cocinera... ¡Caray!... Nunca tal pretensión ha pasado por su mente, ni el caso ha sido previsto...»

Sergio quisiera estar muerto y enterrado desde hace mucho; muerto y sepultado en un pozo profundo como un jagüel; en vez de estar allí, ante aquellos ojos azules que le interrogan entre temerosos y ofendidos. Por fin balbuce:

—No es por despreciar, no; pero el patrón no está. El patrón es el que arregla esas cosas... Además, la otra señora tiene que volver... ¡Sí, no ha de tardar en volver!... Es una lástima, pero, ¿qué se le va a hacer? ¡Pacencia! ¿No?

Y en tanto que ella, un poquito despechada, baja la frente con el bello entrecejo contraído, el mozo siente como ganas de llorar, de pedirle perdón de rodillas, de ir a esconder su cara roja de bochorno, de humillación y de

impotencia, entre las podridas entrañas de la vaca barrosa, que está allí cerca, en el suelo...

Pero, por suerte, Paula agrega muy pronto, con una sonrisilla de resignación despectiva:

—¿Y? ¡Bueno! ¡Qué se le va a hacer! ¿No? Me iré no más a la Pampa...

Sergio, que al oír esto, ha sentido como un golpe en el epigastrio, abre mucho los ojos:

—¿Cómo dice?

Y ella le explica entonces:

«Sí, un hombre que pasó el otro día por allí y que iba para la Pampa —Remecó, le parece— se acordó de que a un hermano suyo le estaba haciendo falta una peona y le propuso el viaje...»

—¿Y de ahí?

«Y de ahí..., que si bien ella no se animó así, de sopetón —¡Caramba, que tan lejos eso!— Pero quedaron convenidos en que si para la próxima venida del hombre, se encontraba dispuesta, la llevaría de pasada...»

—¡Ah, ah!

Y Sergio, después de pasear —levantando un poco el sombrero— los dedos de su diestra por su renegrida cabellera, propone entre ingenuo y temeroso, mirando a la forastera con ojos indecisos:

«Él no sabe... Pero «pa su gusto», ella debería tener paciencia... Quizá hallará por allí nomás en dónde acomodarse. Paula puede creer que si él pudiera...»

Y se queda de nuevo callado, mirándola con ojos suplicantes, hasta que ella, con una leve sonrisa entre grave y burlona, le pregunta en voz muy baja:

—¿Si usted pudiera, qué?

—Eso... Si yo pudiera... ¡Ah, ah!

Y el mozo hace un gran gesto y mueve ampliamente

un brazo, como si estuviese hablando de abarcar el mundo...

Ella insiste, siempre en tono de complicidad:

—¿A usted le gustaría que yo no me fuese?

—¿A mí?... ¡Caray! Yo..., yo...

Y escarbando furiosamente el suelo con la suela de una alpargata, el mozo se esfuerza por agregar algo, a lo escaso que ha dicho; cuando advierte que Paula levanta los ojos y mira con sorpresa y con ceño hacia lo lejos:

—¿Y eso?

Ella baja los párpados y se ruboriza ligeramente:

—No sé... Es uno... Es él..., ¿verdad?

—¡Ah, ah!

Y mientras la moza, entre disgustada y confusa mira el suelo escarbando a su vez con el tacón de su bota, Sergio, con los labios blancos y el entrecejo contraído, observa con ira y con odio a un jinete que anda por allí cerca, en un gran caballo tordillo, y que va y viene lentamente como si buscara alguna cosa...

VII

«Tengo que dir a dentrar los cueros»..., y aunque es la décima vez que se lo dice mentalmente, el capataz de «La Colorada» continúa allí, inmóvil, sentado al borde de la tarima que le sirve de cama y con los ojos en el piso de tierra de la cocina.

Hace dos días que se siente así, como desjarretado por la abulia. Quisiera, pero no puede. Su voluntad ya no manda, como solía sobre sus piernas combadas y cortas, y él, que antes acostumbraba a usar del pensamiento como un recurso infalible para conciliar inmediatamente el sueño, se encuentra con que ya no puede dormir en fuerza de pensar tanto...

«¿Qué, qué estará haciendo ella en ese momento? Que quizá no más la estará conversando el otro... Que quién sabe si la pobre —tan inocente como parece— tendrá fuerzas para resistir la «labia» de ese mal hombre... Que si él, Sergio, no fuera un muchacho de vergüenza, ahí no más «agarraba» y le dejaba tirada «La Estancia» al patrón y se iba para cualquier parte... ¡Caray! Trabajo no había de faltarle... ¿Remecó, dijo ella, no?... Él no anduvo nunca por esos pagos, pero sabe sí, que es por allá, por el lao de la Pampa.

«Dicen que hay buenas estancias también... Ella afirmó que se iba a dir..., pero no se ha de dir nada, ¿verdad? ¿Qué va a hacer una mujer sola tan lejos? Expuesta a que le pase cualquier cosa, ¿no?... ¡Ah, ah!

«A veces le parece que si por casualidad llegara a caer el patrón, ahí no más sería capaz de «agarrar» y de decirle que le arreglara las cuentas...

«Sí... ¿Pero qué razones le iba a «alegar» para dirse? ¿Que había conseguido un conchabo mejor? ¡Ah, ah! ¡No iba a averiguar el otro! ¡Ah, ah!... ¡Ya se lo imaginaba preguntando! ¡Es fiero ser pobre!... ¿No?... Mirá si él, en vez de ser capataz, fuera el dueño de «La Estancia»: «Pase, señora, p'adelante... ¿Quiere servirse un mateci-to?» ¡No! Mejor allá en el comedor de los patrones, con esos muebles «gatiaos» y con espejos, o en las piezas de la patrona: «Es lo único que puedo ofertarle... Asiéntese en este sillón»...

«¡Cha! ¡Qué lindo!... ¡Y las botitas bayas, taconeando sobre las baldosas del comedor!»

«Pase, señora, si es de su gusto... Ahorita...»

Y se ha sumergido tanto, en su sueño de ventura, que

Sergio oye recién aquella tos de hombre que resuena afuera y aquel relinchar agudo de un caballo ajeno en el palenque.

—¿Y eso?

Es don Miquelo el que llega, el vasco don Miquelo, que cautelosamente asoma su cara colorada y risueña por la puerta de la cocina.

—¡Güenas tardes!

—¡Güenas! ¡Pase, don Miquelo!

Y abandonando la tarima, Sergio se adelanta hacia su visita con la mano tendida.

—¡Güenas!... ¿Cómo te va, che?

—Ya lo ve, don Miquelo... Asiéntese.

—¿Quiere un mate?

—No, che..., te la agradezco... La vengo de un disparada... Te la estuve en San Luis y me la dije: «¿Pa qué no te allegás del muchacho Aguilera y le avisás de la pión?»

—¡Ah, ah!

—¡Sí, sí!... Te la conversó con una en la pulpería..., un tal Fuentes, que está en lo de Fredes, pero que se te quiere salirse de allí no sé por qué... Me la dijo la pulpero que la estaba hombre serio y güena pa el trabajo de a caballo o de a pie, ¡sí, sí!...

—Por aquí no vino naides...

—¡Ya, ya! Pero te cairá hoy o mañana, creo... Yo no te la puedo jurar..., ¿no?..., pero...

—¡Ah, ah!

Y en seguida y como Sergio esboza un gesto de escepticismo e indiferencia el vasco agrega a tiempo que le observa con unos ojillos maliciosos y escudriñadores:

—¡La tienes mala cara, Aguilera! ¡Sí, sí! ¿Qué está pasando?

El mozo al oírle se inmuta un tanto, pero en seguida replica con una sonrisa vaga:

—¿Yo? ¡De ande! —Pero como el otro le sigue mirando con esa expresión inconfundible que pone aquel que sin necesidad o con ella está por soltar alguna noticia desagradable para su interlocutor, Sergio agrega a tiempo que extrae los avíos para fumar—: Diga que me fastideo de verme ansí solo y atao dende hace una punta de tiempo. ¡Y pa mejor, toditos los días cueriando!... ¿Se les muere mucha hacienda a ustedes?

Pero el vasco, que ha construído mentalmente la frase y que no quiere desperdiciarla; en vez de responderle, le interroga de nuevo, rascándose el cuero cabelludo por debajo de la boina:

—¡Ya, ya!... Pero... Decime, che..., ¿no te lo vistes más al muchacho aquel?

Sergio, que en ese momento concluye de armar el cigarrillo y lo pasa cuidadosamente, a lo largo, del extremo de la lengua, disimula su turbación con una sonrisa y un ligero alzamiento de hombros:

—¡Y ande quiere que la vea —dice— si no salgo de «La Estancia»!

El vasco torna a rascarse la cabeza:

—¡Ya!, ya!... ¿No sabes un cosa?

—No.

—¿Endeveras, che?

—¿Y cómo quiere que la sepa, si no me la dice?

—También tenés razón... Güeno; la dicen, que te le salió ya un «gavilán» a tu mujercito aquel. ¡Sí, sí!

Sergio se pone pálido, pero pregunta en tono de fingida indiferencia:

—¡Ah, ah! ¿Y quién es ese «gavilán»?

Entonces don Miquelo le refiere someramente lo que sabe:

«El gavilán es «Grano Malo», aquel gaucho «vago» «paquetón» y «timbero»; que, gracias a la protección de no sabe quién, es el único que tiene derecho de andar de aquí para allá por todo el cuartel, sin que nadie le moleste para nada, ni siquiera para pedirle el certificado de la marca que tiene su tropilla, en fin, es aquel mismo hombre de la barba negra, que no hace muchos días le dejó a Sergio, retorcido el alambre, con un blanco hueso de vaca...

—¡Ta güeno!...

Según le han dicho a don Miquelo, ella al principio no lo quería atender, pero ahora, «la aflueja tanto del cogote, que si no te cayó ya, no te la tarda, no, no».

Al llegar aquí el vasco, Sergio sufre un estremecimiento y replica a su amigo, con cierta brusquedad indominable:

—¿Y de ahí por qué? ¿De ande sacan esa seguridá pa hablar ansina?... ¡Pa mi gusto, no porque un hombre se la atraque a una mujer, ya ha de cantar vitoria! ¿Es que se piensan que todo es sacar de la pata, pues?...

El vasco se echa a reír:

—¡Ah! A ésa no te la sé yo, che, pero que el hombre te la está decidida no te quepa la duda! Asigún parece, hasta se arrecordó de que la tenía que ser del nomás, así te juese más pescuecera que yegua madrina... ¡Sí, sí!...

—¡Ta, güeno!...

—¡Ah! La dicen también — no sé si estará verdá ésta—, que la tiene ya regalada una rebozo e lana y un cubija de lo mejor...

—¡No diga!

—¡Palabra e vasco honrao, che!...

Y don Miquelo, mirando el suelo, concluye filosóficamente:

—¿Y? ¡Qué caray! ¡Te la dije ya en otra ocasión, sí, sí!... Ansina nomás la tenía que ser... ¡Sí, sí! Al mujer abandonao, le pasa como al esponja el hongo. ¡En cuantito se le cortó el raíz, ya encomienza a rodar y a rodar con el viento, hasta que te la pisa algún animal y te lo aplasta... ¡Sí, sí!

VIII

Empieza a caer la noche, cuando Sergio llega a «las casas» y desmonta apresurado en el palenque. Acaba de advertir que no lleva encima la llave de la tranquera, de esa famosa tranquera que hay que cerrar en cuanto se ponga el sol.

La nerviosidad y malhumor del mozo no pueden ser más visibles... ¡Qué cara ceñuda! ¡Qué maneras más torpes!

Al atar el picazo overo al palenque, lo hace con tal prisa y brusquedad de maneras, que el caballo asustado, de un tirón, le arranca el cabestro de la mano...

Sergio, entonces, increpa al animal con los más soeces insultos y después que ha conseguido aprisionarlo firmemente a un poste, con el grueso maneador, levanta el rebenque y le cruza el hocico con dos sonoros lonjazos:

—¡Tomá! ¡Tomá!... ¡Sotreta!

Como se ve, un proceder que sorprendería a cualquiera de los que conocen al capataz de «La Colorada» y se hicieron lenguas de su corrección y mesura—

«¡Caramba! Castigar a un caballo por la cabeza! ¡Ni que fuera un gringo, ni que estuviese loco!»

Pero Sergio se halla demasiado alterado para juzgar de su propia conducta, y después de dirigir al picazo una última mirada de encono, penetra en la cocina y se pone a revolver nerviosamente las prendas de ropa que están sobre la tarima.

—¡Que la!... ¡Hijuna tal!... Etcétera,...

Y es que el mozo, acaba de sufrir esa tarde un gran golpe moral al celebrar junto a uno de los esquineros del campo la más conmovedora de las entrevistas que tuviera nunca jamás...

Paula se va, Paula se fué no más para la Pampa, sin que Sergio haya podido impedirlo, sin que Sergio haya podido encontrar un argumento capaz de disuadirla.

A las siete de la mañana y cuando hacía pensativo y mohino la habitual recorrida, un peoncito ovejero de don Martín le alcanzó en el campo para trasmitirle la tremenda nueva:

«—¡Manda a decir la señora ésa, que está de piona, que esta misma tarde se va pa la Pampa!»...

Y como es de suponer, desde el momento en que recibió el mensaje hasta aquel en que se encontró con la moza, allá, por la rinconada de «Los Álamos», Sergio no sabe ni qué hizo, ni lo que dejó de hacer aquel día.

Por primera vez en sus años de trabajador honesto y consciente, el capataz de «La Colorada» echó de lado todos sus deberes, para entregarse a un ventarrón de extravío.

«Y sin embargo... ¡Dígase que él es un zonzo entoavía!... ¡Él quisiera ver a otro en su caso!... ¡Uno solo no habría sido capaz, como él, de un sacrificio tan grande! Cualquiera diría: «Yo me voy y que se

arregle el patrón; que la felicidad de un hombre no pasa más que una vez por la costa de su alambrao, y conchabos, en cambio, hay muchos por todas partes». ¡Ah, pero si por casualidad hubiera caído el patrón! Eso sí... que no era él, Sergio, el que se quedaba ni una noche más en «La Estancia»..., porque está enfermo..., porque está loco, y ¡zás!, a recoger todas sus pilchas y ¡zás!, con caballo e tiro, rumbiando por el mesmo camino, pa la Pampa... ¡Ah, ah!

«Y el patrón no tendría más remedio que conformarse, porque últimamente no es su padre y no lo habría de manear de las patas pa que no se juese... ¡Faltaría más!»...

Y mientras tira por el suelo las prendas que hay sobre la tarima, en la búsqueda nerviosa de la llave de la tranquera, Sergio revive en la mente las incidencias estremecedoras de su entrevista con la forastera y de aquella despedida cruel, allá, a campo abierto y que le han dejado el corazón «como vacido» y un amargor de yel en la garganta:

«¡Ah, ah! Ella a caballo en su malacarita pampa, cargado de ataditos y con la criatura por delante y él, «de a pie», restregándose las manos como bobo y sin saber qué decirle»...

«La mirada..., la mirada aquella que le echó con sus ojos azules, cuando le dijo, estirándole la mano: «Güeno, entonces... ¡Qué le vamos a hacer..., si usté no puede nada!... ¡Adiós!... ¿No?»...

«¡Ah! ¡Qué miseria! ¡Qué ansias! ¡Qué desesperación!... ¿Pero qué podía hacer él también?... Él no es ningún trompeta pa dirse ansí callao la boca y dejándole al otro «La Estancia» tirada...»

«¡Ah! ¡Ah!... Vea, señora. tenga pacencia, quédese un

poquito más... Yo le garanto que en cuantito llegue el patrón...» ¡Ah! Le había implorao, poniendo en sus ojos todas las fuerzas de su alma y temblándole la voz en la garganta, como a un chico a punto de largar el llanto; pero ella no había querido saber nada: «El hombre aquel de La Pampa había güelto a pasar la noche antes y la esperaba ahora en «El Moro»... No era el caso de perder la única ocasión que quizá tendría güena... Ella no lo hacía por maldad, sino por necesidad de acomodarse como Dios manda y con gente buena, porque, contra todo su gusto, no podía seguir ni un momento más en una casa ande no sabían hacerla respetar...»

«¡Ah, ah!, y que el otro le había jurao que iba a seguirla ande fuera y así juese hasta la misma fin del mundo...» ¡Ah, ah! Y Sergio recuerda con vergüenza y con ira las últimas palabras de la forastera y, sobre todo, la expresión que puso al decirlas en sus ojos azules y en su pequeña boca de labios finos... ¿Fueron palabras de resentimiento o de enojo? ¿De compasión o de burla? Sergio no podría decirlo; pero está cierto de que había en ellas algo muy humillante y doloroso para él».

«—Güeno..., entonces, adiós, señor... Si algún día puede o se anima a salir a correr mundos, tal vez nos volvamos a ver. ¿No?»

—Sí, señora... ¡Cómo no!...

Y de ahí no salía... ¡disgraciao!...

Y menos mal que entoavía, que se sujetó a tiempo y no acabó de largarle aquella bagualada tan juera del caso, que más bien parecía una burla: «—Ya sabe que si en algo puedo servirla...»

¡Ah, ah!... Pa güena m... va a servir él, el capón, el «Palo Verde»... ¡Ah, ah!...

Y Sergio, que ha encontrado por fin la llave de la

tranquera, atada al extremo de un pañuelo a cuadritos y que siente la garganta seca, va a tomar la pava que está fría sobre el fogón sin lumbre, cuando el tintineo de un cencerro extraño y el sordo rumor de una tropilla, le hace abandonarlo todo y allegarse presuroso hasta la puerta. Un hombre, cuya silueta borrosa se advierte escasamente entre las sombras de la noche y que arrea al galope una tropilla de tordillos negros, va pasando ante las casas...

Sergio se pone pálido y su primer movimiento es de retroceso. Se pensaría que temiendo que aquel hombre le vea, quisiera ocultarse en la oscuridad protectora de la cocina; pero, en seguida, el mozo reacciona con tanta violencia y en virtud de quién sabe qué cruel y formidable acicate, que, como enloquecido y después de dar dos vueltas completas sobre sus pies, los puños en las sienes y gimiendo sordamente, se lanza de un salto hacia su tarima; toma la espada de su patrón que está a la cabecera, la deja luego y tanteándose en la cintura el cabo del cuchillo y recogiendo el grueso poncho de paño que tiró antes al suelo, sale violentamente de la cocina y corre hacia el palenque...

Y el capataz de «La Colorada» no parece ya el mismo, no parece ya aquel manso y amable mozo que a tantos inspiraba confianza y simpatía... Mientras desata con manos febriles el cabestro de su caballo, Sergio muestra en los ojos y en la boca y en todo el rostro y en toda su persona un «no sé qué» de bárbaro o de fiera, un «no sé qué» de indio pampa o de gato montés enfurecidos.

—¡Hep! ¡Oiga!

—¡Güenas tardes! ¿Qué hay?

Y el hombre de la barba negra, que sujetó su caba-

llo en cuanto oyó aquel tropel decidido que se le echaba encima, por la espalda, esboza en su saludo una sonrisa ambigua, que hace blanquear sus dientes en el oscuro.

Pero Sergio, sin contestar el saludo, le intima con violencia:

—¡Hay que no puede pasar, amigo! ¡Hay que se tiene que volver p'atrás! ¡Eso hay!

Y es tanta la excitación del mozo, que el pasajero tiene que recoger un poco el caballo, porque Sergio, el poncho en el brazo, le echa tan encima el suyo como si fuera a comenzar a pecharlo.

—¡Epa! ¡Cuidado, amigo!...

Y «Grano Malo», que, sin duda alguna, no ha ido allí con propósitos de pelea sino con el muy simple de hacer su gusto, acortando camino, trata de disimular con una nueva sonrisa, la sorpresa y enojo que le causa aquella actitud descomedida.

Pero Sergio no quiere saber nada y atravesando su picaso overo por delante del tordillo negro, grita con una voz colérica que él mismo se desconoce:

—¡Qué epa, ni epa!... ¡Usté se me güelve en seguida por ande entró, que no me hallo pa conversaciones!

Entonces «Grano Malo», que se ha puesto más blanco que el pañuelo que lleva al cuello, hace primero con sus hombros un movimiento de ave de presa que espon ja sus plumas y replica en seguida con aplomo:

—¡Vea, amigo!... ¡No sea bruto p'hablar y tengamos la fiesta en paz!

—¡Qué fiesta ni qué...!

Y resueltamente, porque le parece que el hombre se dispone a proseguir su camino, Sergio vuelve a atravesarle el caballo por delante:

—¡Párese!...

—¡Oh!... ¡Vea, no sea zonzo!

Y en lugar de levantarlo, «Grano Malo», exasperado, echa esta vez su tordillo fogoso sobre el caballo de Sergio y da vuelta el cabo del rebenque.

Entonces Sergio hace retroceder su picaso y se deja resbalar velozmente al suelo, gritando con toda su voz atiplada por la ira:

—¡Abájese! ¡Abájese, pues, si es hombre!

Pero «Grano Malo», después de contemplarlo por espacio de algunos segundos, así, de pie, ante él, con el cuchillo en la mano y el poncho fieramente envuelto en el brazo izquierdo, tiene una vaga sonrisa y un despectivo alzamiento de hombros y torciendo de su caballo lo aparta del sitio para irse, sin duda, para continuar el camino que traía y dejar a su provocador solo con su enojo, allí, en medio del campo; mas tan pronto como inicia el movimiento, Sergio, con un gemido se arroja sobre el tordillo y se apodera de las riendas:

—¡Párese!... ¡c...!

Después, el tordillo, espantado, arrastra por buen espacio al mozo, que no suelta, y que al pisar su propio poncho lo pierde entre los yuyos...

—¡Largue, m...!

Pero con el grito del hombre y el silbido del talerazo que corta el aire junto a su oreja, Sergio, sin soltar las riendas y como adherido por el pecho al encuentro del animal, levanta la mano del cuchillo y por tres veces hunde la hoja relampagueante en el cuerpo del hombre, que al punto se dobla sobre las cabezadas, y que no bien el caballo echa al galope, resbala y cae de cabeza, con un gran golpe pesado y sordo.

Y Sergio, jadeando de angustia cardíaca, murmura enconado, entre dos resuellos:

«—¡Andá, seguila; andá, seguila!»...

IX

Tan pronto como el patrón se apea, con su valija en la mano, del viejo «break» polvoriento que le ha traído hasta «La Estancia», tiene motivos para sumar una nueva contrariedad a las varias que ha venido recogiendo por el camino y que le han puesto así, como llega, ceñudo, pálido y con los pardos ojillos relampagueantes.

No es Sergio el que sale a recibirlo entre las primeras sombras del crepúsculo, sino un gaucho desconocido, una suerte de hastial desgarbado y fatídico, que habla con voz apagada y como suspirando las sílabas:

—¡Güena noche!

—¿Quién sos vos?

—¿Y?... Yo soy Juentes, el mensual nuevo...

—Y el otro, Sergio, ¿dónde está?

—¿Y? Ahí está..., echao..., medio enfermo, parece...

—¿Por qué no han cerrado la tranquera?

—Ahurita la iba a cerrar...

—¡La iba a cerrar!... ¡Qué jorobar! ¡Monte a caballo en seguida y vaya a cerrar la tranquera! ¡Pues amigo!... ¡Zonzos de m...!

Y mientras el gaucho, sorprendido, se va lentamente hacia el palenque, el patrón, sin soltar la valija amarilla —entre cuyas correas se ve cuidadosamente doblado un poncho pampa «tejido por los indios»—, destociéndose y caminando recio, penetra resueltamente en la cocina.

—¿Qué tenés vos? ¿Qué te pasa?

Y la voz de Sergio, invisible, le contesta sordamente desde el rincón en donde está la tarima:

—Ya lo ve, patrón... Estoy medio mal... No sé qué tengo... Yo... Yo...

Pero el patrón, ejecutivo, no le deja proseguir, porque depositando su valija en el suelo, enciende un fósforo y acercándoselo a la cara del mozo le interroga apremiante:

—Sí... ¿Pero qué tenés?... ¿Qué sentís? ¿Por qué no han cerrado la tranquera? ¿No te he dicho mil veces?... ¡Pues, amigo!

Sergio, incorporado a medias en la tarima y debajo de sus ponchos, le explica entonces con voz doliente, empezando como los niños por la última pregunta:

«No se ha cerrado la tranquera aún porque «el hombre ese» no es baquiano todavía y hay tantísimas cosas que atender... Hace apenas dos días que está en «La Estancia» y él, con la enfermedad, no ha podido ayudarlo en nada...»

—¿Ha habido alguna novedad?

—¿Y?... Esas que le puse en la carta...

—¿Por qué se fué el trompeta ése?

—¿Quién, patrón?

—Facundo.

—¡Y ya sabe cómo es! Se jué porque se jué no más...

—¿Los carneros?

—Y, los eché a las ovejas...

—¿La cuereada? ¿Se han muerto muchos animales?

—¡Ah, ah! Algunos, sí, señor...

—¿Sacaron los cueros?

—¿Y? He sacado lo que pude... Como estaba solo, algunos se han de haber perdido...

—¡Está bueno! ¿Los alambrados? ¿No te han cortado el alambrado?

—No, señor, no... Que yo sepa, a lo menos...

—¡Está bueno!... ¿Y ese cara de animal, quién es? ¿Algún vago?

—¿Y? Me lo recomendó don Miquelo... Dicen que es güeno...

—¡Sí, para vos todos son buenos!...

Y al llegar aquí, el patrón, recordando, por fin, que tiene delante y tendido en su tarima a un hombre enfermo, vuelve a preguntar a Sergio:

—¡Bueno!... ¿Pero qué tenés vos en resumidas cuentas? ¿Qué sentís? ¿Qué te duele?... ¡Mirá que es preciso que te curés!... ¡Porque también es ancheta la tuya enfermarte ahora tan luego, con el quehacer que tenemos!...

Sergio se sienta en la cama entonces y replica, apartando los ponchos que le cubren y a tiempo en que el patrón enciende otro fósforo:

—¿Y qué quiere que le haga, patrón? Yo no tengo la culpa, pero. .

—No digo que la tengás... ¡A ver!

Y levantando la cara del mozo por la barbilla, como se hace con las criaturas, el patrón lo examina un instante con sus ojillos escrutadores:

—¡Sacá la lengua!

—¡Oh!... ¿Y pa qué?

—¡Sacá la lengua, te digo!

Y después que Sergio ha obedecido y a tiempo de arrojar el fósforo que le quema los dedos, el patrón dictamina:

—¡Vos no tenés nada!... ¡Estás mintiendo!

El mozo se alza de hombros en lo oscuro:

—¿Y?... Usté sabrá...

Entonces el patrón se incomoda y lo reprende en esa forma grosera, pero con algo de paternal y bueno, que le es característica:

—¡No me vengás con compadradas!... No seas bruto y zonzo... A vos te pasa alguna otra cosa, hijo... ¡A ver! ¿Qué te ha pasado?

Sergio se queda un momento silencioso e inmóvil, hasta que, al cabo, dice con firmeza, abandonando la tarima e irguiéndose resueltamente delante del patrón:

—¡Y güeno!... ¡Vea! ¡Pa qué lo viá engañar!... Lo que hay es que me viá dir de «La Estancia»; que quiero dirme...

El patrón, al oír esto, no sabe al principio qué hacer ni qué decir, sorprendido, indignado, e instintivamente gira los ojos en lo oscuro, como buscando un palo, un rebenque, algo con qué romperle la cabeza a aquel atrevido, a aquel loco, antes tan sumiso y que pretende ahora disponer de su persona, como dispone él de la suya; mas el patrón se contiene y pregunta, tan pronto como le es posible hacerlo en la ofuscación de su ira:

—¿Y eso? ¿Y por qué querés irte? ¿Estás loco? ¿Estás borracho?...

—No, patrón... Ya sabe que no tomo...

Y con un aplomo y concisión que resultan rarísimos en él, siempre tan tímido, resignado y balbuciente, Sergio se explica entonces:

«Hace mucho que lo tiene pensao... Solamente estaba esperando para marcharse el regreso del patrón... Él no tiene ninguna queja, pero está tan cansado de aquella vida, que ya no puede soportarla más... Tanto

es así que, a no haber sido por no quedar mal con el patrón, ya se hubiera ido hace «una punta» de días...»

Cuando Sergio termina su exposición de motivos, el patrón, que le ha escuchado haciendo esfuerzos violentos para contenerse y no tirarse al cuello del mozo como un «bulldog», grita con voz estentórea:

—¡Mentís! ¡Estás mintiendo como un trompeta! ¡Decí la verdá! ¿Por qué te querés ir?

—¿Y?... ¡Por eso que le he dicho!...

Entonces el patrón deja desbordar su ira, y paseando nerviosamente por el estrecho y sombrío recinto, se pone a recriminar a Sergio, a grandes gritos, sin conseguir que éste le conteste una palabra:

—¡Sos un trompeta! ¡Sos un «chino» desgraciado y sinvergüenza! ¿Así es cómo me pagás lo que he hecho por vos, roñoso? ¿Así, dejándome plantado en el peor momento? ¡Ah, lo que yo debería hacer sería romperte el alma para enseñarte a ser gente!

Por fin se cansa de gritar y dice a tiempo que recoge su valija para marcharse:

—¡Bueno!... ¡Andate si querés! Pero lo que es yo no te pago ni un centavo!... ¡Conmigo no vas a jugar, imbécil!

Y como no puede ver el gesto de indiferencia que hace Sergio en lo oscuro, el patrón sale de la cocina lleno de cólera, es cierto, pero creyendo en lo íntimo que aquello no debe ser sino «una parada» de aquel gaucho canalla para ver si saca alguna ventaja.

Pero el patrón se equivoca malamente. No hace media hora aún que está allí, en el comedor, luchando por arreglar con sus blancos y nerviosos dedos, la mecha de la lámpara a petróleo, que no funciona bien, cuando

oye en la galería, primero, como una suerte de poderoso resuello de animal que olfatea alguna cosa y luego un tímido y apagado «¡Ave María!», que le hace levantar la adusta cara, iluminada de lleno por la luz amarilla de la lámpara:

—¿Quién es? ¡Entre! ¡Entrá, pues!

Y entra el peón nuevo, silencioso y lento con su aire de fantasma.

—¡Ah! ¿Qué querés vos? —Pero como instantáneamente repara en que el hombre conserva puesto el sombrero, el patrón se yergue como impulsado por un resorte: ¡Sáquese el sombrero! —grita furioso—. ¡Gaucho de...! ¿Qué te has creído? ¿Que esto es fonda?

Y en tanto que el pobre hombre se descubre pausada y zurdamente, las miradas de los ojillos buídos del patrón, que no deja de trabajar con el mecanismo de la lámpara, van y vienen vertiginosos del gaucho a ésta, como los relámpagos en el horizonte de una tormentosa noche de invierno...

Después y como el otro se quedara inmóvil y sin decir palabra, el patrón, recordando, sin duda, que aquel hombre no ha de haber venido allí tan sólo para recibir una represión, pregunta ya más calmado:

—¡Bueno! ¿Y qué querés vos?

El gaucho carraspea entonces y después dice lentamente, la mirada perdida en las rojas baldosas del piso del comedor:

—El hombre ése, se ha ido... Venía p'avisarle que echó sus caballos y se jué reciencito.

X

Parecen margaritas rojas los quepis de los dos agentes de policía que, sentados en el umbral de la puerta de la cocina, el sable entre las piernas y el rémington al alcance de la mano, toman mate contemplando silenciosamente aquel cadáver de hombre que, cubierto con un poncho ruano, está tendido allí, cerca del pozo...

En el escritorio de «La Estancia», el patrón, con su eterna sonrisa avinagrada, conversa con el oficial de policía, un mozo de cara pálida y con unos bigotes agudos y retorcidos como garabatos de colgar carne.

—Ya le digo... Si no tuviera la evidencia por delante, no lo creería... Muy bueno, es cierto; pero siempre lo tuve por medio zonzo..., ¡palabra!

—Ya lo ve, don Cosme —replica el policía—, y le ha pegao sin asco... Tres puñaladas en el vacío... No ha debido largar ni un «¡ay!» el individuo... Posiblemente lo madrugó conversando... ¿No? Ni tiempo le dió para sacar el cuchillo...

El patrón se incorpora y se pone a pasear por el escritorio.

—Sí, sí —rezonga—, todo está muy bueno, pero no me aclara nada... ¿Por qué no me lo dijo el otro día? ¿Por qué me ha mentido este bruto, este muchacho de porquería, es lo que yo quisiera saber?

Y un poco nervioso y atusándose el cabello con una mano, el patrón se allega a la ventanilla del escritorio para mirar hacia el campo, mientras el oficial, los antebrazos apoyados en los muslos y una vaga sonrisa en los

labios, castiga suavemente las tablas del piso con la puntita de la lonja de su rebenque.

Al fin dice el policía:

—¿Y? ¡Cuestión de mujeres, don Cosme! Usté va a ver, en cuantito los traigan, cómo todo no ha sido más que eso...

El patrón, después de tamborilear ligeramente con los dedos sobre un vidrio de la ventana, se vuelve con cierta brusquedad de impaciencia:

—¡Qué mujeres! —exclama—. ¿Qué sabe ese animal de mujeres?...

Y añade en seguida, sentándose de nuevo ante el escritorio y tomando maquinalmente el viejo cortapapel de marfil que está allí, al alcance de sus manos:

—¡Caray!... Si este estúpido mató al individuo dentro del campo..., ¿para qué miércoles ha ido a echar el cadáver afuera del alambrado?

El oficial se sonríe:

—Ahí tiene... Entre unas cortaderas... y la tropilla de tordillos, afuera también; embolsada en el alambrao de Arredondo... ¿Usté vió que rastrillada no había?...

El patrón mira fijamente un punto en la carpeta del escritorio:

—¡Eso no sé yo!...

Y se queda ceñudo, dándose golpecitos con la hoja del cortapapel en el filo de la uña del pulgar izquierdo; hasta que, al cabo, agrega, levantando bruscamente la cara y mirando al oficial de hito en hito:

—Dígame, Troncoso... Dígame una cosa... ¿Y usted no cree, que este animal haya tenido alguna cuestión con el individuo ese, por asuntos de alambrados, porque le haya querido pasar por el campo —una suposi-

ción— y llevárselo por delante?... ¿Usted sabe la lucha continua que tengo que sostener con estos trompetas?

El oficial tiene un ligero alzamiento de hombros y dice con una vaga sonrisa, después de mirar al patrón y a tiempo que traza en el piso una gran circunferencia imaginaria, con el cabo de su rebenque:

—No, señor; no creo. Me parece que por inocente que sea un hombre, no va a hacer la chambonada de echar afuera del campo a un finao, habiendo hecho la muerte adentro y máxime cuando sabe que el patrón...

—Sí, che... Pero... ¡De bruto, digo yo, de puro bruto!... Usted sabe cómo son de brutos estos animales...

El oficial menea la cabeza:

—No digo que no, don Cosme, pero..., ¡qué quiere!... Pa mí que ha sido ajuera nomás y por asuntos «ajenos al servicio», como sabemos decir en la policía. Ya ve: con la mujercita lo han hallao en un puesto del campo de Elizondo y por ella ha ido preguntando por todos los ranchos del camino, desde que salió de aquí... Además... ¿No está ahí la declaración de ese tal don Miquelo, que le dicen?

Y el mocetón agrega, lleno de escepticismo filosófico:

—No. Créame, don Cosme... Cuestión de mujeres en fija... Habiendo mujeres de por medio ya no hay hombre serio, ni cálculo que valga, ni tragedia que no se justifique... Mire, sin dir más lejos...

Pero el oficial se interrumpe, porque en ese momento, asoma por la puerta entornada del escritorio, siempre con el sombrero encasquetado hasta las cejas, la cabeza fatídica del mensual nuevo:

—Ya están llegando...

Dice y se retira rápidamente como un perro al cual se amenazara con arrojarle alguna cosa, en tanto que el

patrón y el empleado policial, como movidos por un común resorte, se incorporan a tiempo:

—¡Vamos, Troncoso!...

—Vamos, señor...

Cuando llegan a la cocina, ya están allí Sergio y la moza forastera... Ella arrebujada, a pesar del calor, en un pañolón oscuro y con su criatura en brazos, no hace más que llorar, y él, apoyado en uno de los parantes que sostienen el techo, mira el suelo con empaque bovino...

—¡Pues, amigo!...

Y el patrón, después de arrojar a la moza una mirada rápida, pero que tiene aquella misma expresión que se ve en sus ojos cuando por diciembre observa en el rodeo el general encelamiento del ganado, añade dirigiéndose al policía que en ese instante recibe el parte de su sargento:

—¡Che, Troncoso!... Haga el favor de hacer salir un poco a ésos y venga... ¿Quiere?

—Sí, señor...

Y cuando han salido los vigilantes recogiendo sus carabinas y arrastrando sus largos sables, el patrón interroga a Sergio en presencia del oficial y de la forastera:

—¿Pero querés decirme qué es lo que has hecho, animal? ¡A ver! ¡Hablá!

El mozo, sin levantar los ojos, se alza de hombros.

—¿Y? ¡Ya lo ve! —dice.

—¡Sí! Ya lo veo —replica el patrón con ira—. ¡Sí ya lo veo, imbécil!... Pero, ¿por qué has matado a ese hombre?

—¿Y?... Lo maté..., lo maté no más...

El patrón suelta un taco que hace estremecer el techo de cinc y después grita poniendo al mozo los puños por la cara:

—¡Pero..., decí, bruto! ¡Pero decí, animal! ¿No ves que es preciso que digas la verdad, porque si no te vas a jorobar?

Sergio entonces dirige en torno suyo una mirada de animal chúcaro, acorralado, y después dice:

—¿Y? ¡Güeno! Y ya le he dicho..., jué por ella!...

Al oír esto, el patrón se queda por un instante sin saber qué decir. La forastera redobla sus sollozos y el oficial de policía, con la cabeza inclinada, sonríe socarronamente, haciendo como que dibuja en el suelo con el extremo de la lonja de su rebenque.

Al cabo dice el patrón con energía y aplomo:

—¡Estás mintiendo!..., ¡eso no es cierto!... ¡Vos lo mataste porque te quiso pasar por el campo; porque quiso llevarte por delante!... ¡Decí la verdá, hijo!

Sergio abre los ojos, con una expresión de asombro casi infantil:

—No, señor —replica con firmeza—. ¡No jué por eso!...

—Y ya le dije.., jué por ella, la pobre... Él se le iba detrás y como yo no podía dejar «La Estancia» tirada pa acompañarla, no tuve más remedio que hacer ansina pa atajarlo al mal hombre... Yo no sé mentir...

El patrón da una vuelta completa sobre los tacones de sus botas:

—¡Cha que sos animal! —grita llevándose las manos a la cabeza—. ¡Cha que sos animal! ¿Y pa qué fuiste a tirarlo al otro lado del alambre? ¿Pa qué lo escondiste?

Y como Sergio guarda silencio, el patrón agrega a grandes voces:

—¿Pero vos no sabés que vas a ir a la cárcel? ¡A ver! ¡Decí!

Pero Sergio, sacudiendo la cabeza como un animal can-

sado al que molesta la sabandija, se limita a contestar con voz sorda:

—¡Y qué le viá hacer!... Yo no sé mentir... Usté sabe...

—¡Cha que sos animal! ¡Merecerías que te mataran a palos por bruto!

Pero en seguida el patrón se humaniza y dice al oficial, que continúa sonriendo y jugando con su rebenque en el piso:

—Che, Troncoso... Déjeme un poco solo con él... ¿Quiere?

—Sí, señor..., ¡cómo no!...

Y cuando el oficial ha salido, el patrón, tomando por un brazo a su capataz, le lleva hasta un ángulo de la cocina y allí le habla y le habla en voz baja, como si le reprendiese o como si le aconsejara; hasta que de los negros ojos del mozo, que le contemplan entre conmovidos y absortos, comienzan a brotar las lágrimas...

LOCURA DE HONOR

LOCURA DE HONOR

I

—¿Ah, ah?... ¡Tomá entonces!...

Y bajo la bóveda de cristales del «hall», el bofetón lanzado a todo vuelo restalla como un latigazo, haciendo palidecer todas las caras y arrancando a todas las bocas un gran «¡oh!» de reprobación y sorpresa...

—¡Miserable! ¡Canalla!...

Y en tanto que con una mano en la mejilla el hombre ultrajado retrocede lívido y más de diez personas apartando sillones y derribando mesitas se arrojan al medio a intervenir, el otro, el ofensor, un mocetón de ojos audaces, yergue el busto como desafiando a todos y tuerce los labios en una amarga mueca que quiere ser sonrisa.

—¡Pero Fortunato, por Dios!...

—¡Pero Alfonsito, por favor, cállese!...

Y pálidos los unos, rojos los otros; temblorosos y excitados todos cuantos están allí, jóvenes o viejos, se apresuran a alejar uno del otro a los dos rivales, empujándolos a porfía, con las manos, con las frases o con los gestos...

—¡Parece mentira, hombre!

El primero en marcharse es el ofensor, Fortunato.

—¡Bueno, bueno!... ¡Sí, señor, sí!...

Dice impaciente a un viejecillo enteco que le aconseja al oído con voz llorona, y tomando su sombrero de la percha y encasquetándoselo de un golpe, abandona el club a largos pasos...

Después se va también Alfonsito, a quien acompañan dos amigos. Camina muy agobiado y muy despacio y mientras anda, se aplica maquinalmente el pañuelo a la mejilla que le escuece y en donde comienza a dibujarse ya un ancho trazo encarnado...

Y hay unos pocos segundos de silencio, pero apenas deja de verse el sobretodo gris de Alfonsito, moviéndose entre los cristales del molinete de salida, el comentario, contenido un instante por las conveniencias, estalla y revolotea por el «hall», como un loco fuego de artificio:

—¡Qué barbaridad!...

—¡Qué escándalo!...

—¡Qué cachetada!..., digan más bien...

Y se forman diez corrillos y se discute a voces y se entera con aire espantado o dolorido o con sonrisas malignas, a los que bajan apresuradamente de las dependencias altas, y que en medio de aquel gran rumor de colmena, toman por un brazo a los amigos para interrogarles apremiantes:

—¿Qué fué, che? ¿Qué ha sucedido, Doctor?

—¡Y nada! —contesta un mozalbete canijo, de cara ratonil y gesto avieso—. ¡Y nada!... Que Fortunato Malatesta le encajó un bife a Alfonsito Riogran... ¡Nada más!...

—¿Cómo? ¿Y por qué? ¿Y no son tan amigos?

—¡Y yo qué sé!... La cuestión es que lo encajó y que no habrá habido en el mundo bife mejor colocado...

—¿Ah, ah?... ¿Y por qué, che?

—¡Y porque es un pavo y un echao p'atrás, que ya me tiene harto con sus paradas!

—¡Está bueno!...

Un señor grueso con lentes de carey, que rojo de indignación gesticula en medio de un corro, dice a grandes voces:

—¡Es una vergüenza; sí, señor!... ¡La comisión debe intervenir en este asunto!... En un club como el nuestro, no pueden, no deben producirse estas escenas propias de bodegón, sí, señor, de bodegón!

Y como, excitándose con sus propias palabras, el señor grueso aquél, concluye por decir que hay que limpiar de «compadres» el «Pocker Club», y que Fortunato Malatesta es un compadre; uno de los que le escuchan, pierde la paciencia y desprendiéndose del grupo, se allega a él y le dice trabándole por las solapas:

—¡Vea: no le permito, no le voy a permitir que hable así de Fortunato!... ¿Qué se ha creído?... ¡Viejo estúpido!...

Y la fiereza del señor grueso desaparece con esto, tan instantánea y absurdamente como aquella rubicundez inquietante que le incendiaba la cara...

Otros son más prudentes... Así, dos ancianos respetables que, hundidos en sendos sillones, cuchichean:

—Para mí, es odioso el muchachito ése —dice uno—. ¡Qué quiere usted, de tal palo tal astilla! —le responde el otro—. ¿Se acuerda el padre?

—Sí, pues...

Y ambos se miran en los ojos con sincero desconsuelo, meneando las blancas cabezas y avanzando despectivos los labios belfos...

En un grupo que forman tres jóvenes junto a una de las puertas interiores, dice uno de ellos, mozo alto y ro-

busto, con rasgos faciales marcadamente simiescos y una mirada indecisa, que le hace en extremo desagradable:

—¿Y ahora Alfonsito le mandará los padrinos?... ¿Tiene qué mandárselos, verdad? Miren; me gustaría, ¡palabra de honor!, que le metiera un trote al perdonavidas ése.

Otro del grupo se ríe al oirle...

—¿Qué?

—Que no se le haga el campo orégano...

—¿Por qué?

—Porque Riogran no es hombre para «El Gringo».

—¡Bah!, hombres somos todos llegada la ocasión...

—Es posible, pero que quieres que te diga, para mí ésta no es ocasión para Alfonsito.

—¿Por qué?

—Porque Fortunato, además de ser «un toro» y un espadachín como tú sabes, es el «inventor» de Alfonsito...

—Alfonsito también tira...

—No digo que no, pero...

—¿Pero qué?

—¡Qué jorobar!... Tira porque Fortunato lo ha hecho tirar, como lo ha hecho hacer tantas cosas... Si no no tiraría tampoco.

—No te entiendo.

—Porque eres un ganso...

Y añade bajando mucho la voz:

—¿Quieres decirme —y aquí para inter nos—, quieres decirme, infeliz, quién lo ha hecho a Riogran? ¿Quién lo ha impuesto? ¿Quién lo ha metido en todas partes?

—Yo no sé... A mí me parece...

—Vos no lo sabrás, pero yo sí lo sé: «¡El Gringo!», sí señor, «¡El Gringo!»... Cuando el Riogran ese vino acá no era más que un pobre gato; preguntale a cualquiera,

un pobre tipo a quien lo teníamos todos para la cachetada... (bajando aún más la voz). ¡Mirá! El año nuevecientos dos...

—Él, sin embargo, se da como emparentado con los Pérez de Medinaceli y con los...

—Yo no sé lo que él se da ni me importa; lo que yo sé es que era un pobre gato como te he dicho, y que lo seguiría siendo, sin duda, si no fuera porque su gran amistad con Fortunato lo hace respetable... Mirá, el nuevecientos dos, como te decía...

—¿Y Fortunato? ¿Quién es Fortunato?... Acaso porque tiene plata...

—¡Callate!... Ya empiezas a discutir como las mujeres...

—¡Pero si es cierto!... Acaso Malatesta...

—¡Callate, te digo..., que ahí viene el imbécil ése!...

Y como «el imbécil ése» —un joven barbilindo— llega en efecto con las manos en las sisas del chaleco y haciendo saludos sonrientes, la charla cesa como por ensalmo y el grupo sin ningún miramiento se disuelve...

Otros dos jóvenes conversan también en voz baja.

Uno de ellos, en traje claro, habla apoyado de espaldas en la mesa central y haciendo sonar fichas de nácar en el fondo de su bolsillo.

El otro, que acaba de llegar del teatro, sin duda, y que viste de etiqueta bajo su sobretodo oscuro, le escucha atentamente con la cabeza inclinada, un puño sobre la mesa y el sombrero de felpa apoyado en la cadera.

—...Y así fué... Todos saben lo que es «El Gringo»..., un impulsivo..., y nadie mejor que él, no debió olvidarlo...

—Sí, pero, ¡caramba!

—¡Claro que sí! Lo mismo pienso yo, pero tú sabes cómo es Fortunato y el otro...

—Sí... Pero ¿qué han hecho? ¿Qué piensan hacer? ¿No preguntó por mí alguno de ellos? ¿No te habló Alfonsito?

—No. ¡Qué sé yo! «¡El Gringo» salió como una bala, y Alfonsito se fué con Villanueva y con Pepe, creo... Sí, con Pepe... Hace un momento...

—¡Qué broma! ¿No?

—¿Has visto? A mí me da mucha pena... Y más que todo, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque una punta de tipos estarán ahora bañados en agua de rosas... Tú sabes que hay muchos que no lo quieren nada a Alfonsito...

—Sí... Y hay otra cosa que recién se me está ocurriendo...

—¿Qué, che?

—Que mucho me temo que Alfonsito se vaya a quedar con la injuria.

—¿Cómo? ¿Y por qué?

—Porque nunca fué un Cid como tú sabes y, además, porque «El Gringo» tiene sobre él un ascendiente enorme...

—Ya sé, pero ¿acorralado?

—No sé qué decirte... Pero en estas cosas pocas veces me equivoco...

—¿Él se ha batido ya, me parece?...

—No.

—¿No se batió con Rozner?

—¡Qué esperanza!... Estuvo por batirse..., lo que no es lo mismo, y fué, precisamente, en esa oportunidad que me dejó una impresión muy desfavorable...

—¿Sí, che?

—Sí... Y a ti, que eres amigo suyo, te lo puedo decir: estaba completamente acobardado, «abatatado»; ésa es la palabra...

—¡Qué me cuentas!...

—La pura verdad... Fortunato y yo fuimos sus padrinos...

—¿Pero él salió bien?

—¡Salió bien!... Salió bien gracias a la energía de «El Gringo», que se los metió en el bolsillo a los otros, que eran unos «zanahorias»... ¡Si no, quién sabe el papelón que nos hace hacer el muchacho de porquería ése!...

—¡Está bueno!

—Yo te aseguro que me da mucha pena. ¡Mirá qué lápida la que se va a echar encima el desgraciado si llega a tragarse semejante injuria!

—De veras...

Después, el joven elegante mira su reloj.

—Tú te quedas por acá, ¿verdad, San Payo?...

—Sí; me voy a quedar un rato todavía...

—Bueno, mirá: yo me voy a ir porque tengo un trabajo de urgencia en casa, pero te recomiendo mucho que digas dónde estoy, si por acaso alguno de los muchachos me buscase...

—Muy bien, pierde cuidado.

—No quisiera, ¿sabes?, para bien de los dos, que el asunto fuera a caer en otras manos...

—Sí, sí, ¡muy bien!..., no tengas cuidado, Hilario...

...Y mientras el joven elegante se dirige hacia la puerta de salida, el otro, el de traje claro, echa escaleras arriba, haciendo sonar sus fichas...

II

...Son las dos de la mañana y Fortunato, solo en su alcoba, sentado al borde de la cama y sin más luz que la que proyecta la estufilla eléctrica, colocada allá, lo más lejos posible, es decir, junto a la puerta, continúa ceñudo, rumiando su enojo y su disgusto.

«¡Qué trompeta!... Lo que siento es no haberle pegado una buena pateadura... ¡Mire el desgraciadito, queriendo levantarle el gallo delante de todo el mundo!... «¡Yo digo lo que me parece!»... «¿Y si me parece eso?»... ¡Tomá «me parece», imbécil!... ¿Y que otra cosa iba a hacer? ¡Después dicen que uno es impulsivo! Se sintió en falso, en ridículo... La mirada del «compadre» ese de Robles»...

Y al llegar aquí, Fortunato sufre un nuevo estallido de cólera salvaje contra Alfonsito: «¡Pero se necesita ser miserable, falso y trompeta!... Con razón todos dicen que es un falso... «No te fiés del tipo ese» — el chino Laguna hará cosa de diez años, cuando empezó a andar recién con Alfonsito —. «Mirá que vos sos medio ingenuo, Gringo»... No sabe lo que tenía Alfonsito, pero toda esa gente aguerrida en la arrebatiña de la vida le miró, en cuanto apareció, con antipatía y con recelo... ¡Ni que le hubieran conocido, ni que le estuviesen viendo lo que tenía adentro del alma, como al través de un vidrio!... A él, en cambio, le pareció un muchacho decente, un hombre bien nacido y sin más defectos que los de ser un poco flojo y tener alguna de esas anomalías de carácter, que suelen observarse a menudo en los muchachos que han recibido hasta muy grandes, una educación exclusivamente femenina»...

«¡Ah, ah!... Habían tenido cada pelotera por esa causa... Poseía como nadie y tal vez porque le conocía tanto, una habilidad especial para exasperarlo hasta la locura. Bueno, pero también es cierto que aguantaba cualquier cosa... Una vez, allí mismo, en su cuarto, ¿no le apretó el cogote hasta hacerle sacar la lengua de una cuarta? ¡Ah, ah!... ¡Y después, tan amigos como antes!»...

«Es que es perverso, femeninamente perverso...» ¡Yo digo lo que me parece! ¿Y si me parece eso?

«¡Sinvergüenza! ¡Cochino!... Robles, el mismo Robles, que es un compadre y un imbécil, se calló en seguida: «Dispénseme, ha sido una broma»... Y él, el amigo, el confidente, él..., ¡la gran perra!..., si no es como para romperle el alma»...

Y borrado por el encono y en absoluto, de su espíritu, todo otro sentimiento que no sea de odio o de sincera repulsión hacia su compañero inseparable de pocas horas antes, Fortunato ve ya mentalmente la estocada que le ha de meter en el cuerpo a Alfonsito.

«¡Psch!... Un desenganche y un «batimento» en cuarta y..., ¡zás!, al brazo... ¡Ya se le va a escapar el desgraciado!... Fué el mismo golpe que le hizo a Caravall... Sólo que aquella vez, la punta, en vez de dar en el brazo, se desvió y fué a dar en el pescuezo»...

Y al ejecutar maquinalmente con la mano el movimiento en que piensa, Fortunato tiene una sonrisa despectiva.

«¡Un infeliz!... No tiene fuerzas ni serenidad... Uno le agarra el fierro con un «ligamiento» en cualquier línea y le mete la punta por donde quiere. Jamás

ha conseguido que al tomarle «el débil» acierte a cerrar la distancia... ¡Al contrario!... Trata de disparar a destiempo y uno lo ensarta en el aire como un pájaro»...

Y al recordar esto, Fortunato se acuerda también de los ojos que pone Alfonsito cuando le cargan reciamente en la pedana, y sin querer se sonríe... Siempre le ha hecho una gracia enorme aquella expresión de los ojos azules de su amigo, cuando atacado con violencia, retrocede con la punta su línea y hecho un ovillo, como si quisiera meterse entero en el hueco de la taza... Su boca puede sonreír detrás de la careta todo lo escéptica y burlona que se quiera, pero sus claros ojos se agrandan siempre con un azoramiento tan ingenuo e infantil, que es como para morirse de risa...

«—¡Che, che! ¡Viejo loco!... ¡Avisá!»

Y mira el botón del arma contraria, como si fuera en realidad una punta de combate agudísima y manejada por la mano de un Pini...

«Una vez»... Pero Fortunato, que arrastrado por sus recuerdos volvía a sonreír en lo oscuro, contrae de nuevo el ceño:

«Sí, muy gracioso, muy divertido, pero... ¡que se jorobe por imbécil!»

Y resuelto a no pensar más para no sufrir las consecuencias de la cólera, que el recuerdo de la acción de su amigo le produce, Fortunato enciende la luz y tras un largo despertar felino se dispone a acostarse, cuando su mirada cae por casualidad sobre un blanco pliego que está sobre la mesa.

—¿Y eso?... ¡Ah, la carta!... La carta de la viejita, de la madre de Alfonsito. Precisamente se la dejó aquella mañana él mismo, para que la leyera, para que viese

cómo le enviaba recuerdos su vieja, desde allá, desde el fondo de su lejana provincia, y cómo había puesto con su letrilla minuciosa y temblona; «Dile a tu amigo, que siempre me acuerdo de él, que te cuide, que no te deje trasnochar ni hacer nada malo y que para cuando venga otra vez le estoy preparando un arrope de uva que es una delicia»...

«¡Pobre señora! ¡Si supiera!... Cuando estuvieron allá, hace dos años, le recomendaba el hijo, como si se hubiese tratado de un nene recién nacido»...

Fortunato, pensativo, con la frente arrugada y el saco a medio quitar, se queda mirando fijamente el blanco pliego que está sobre la mesa...

«Sí..., ¿pero qué va a hacer él?... ¿Qué puede hacer él? La cosa ya no tiene remedio... ¡Ni aunque fuera su propio hermano!... ¡Su propio hermano!»... «¡Fortunato!, se lo confío... Cuídemelo como si fuera un hermano, un hermano mayor, ¿verdad?... ¡Caramba!... Aquello me da miedo... ¡Es tan grande, tan grande y la gente es tan mala!... ¿No?...

«¡Pobre señora!... Pero ¿qué culpa tiene él?... ¿Le prometió acaso dejarse insultar por su hijo delante de todo el mundo?... Y después, que no siendo ya amigos. ¡Amigos!... Y pensar que él creyó alguna vez en eso... que dijo en más de una ocasión a voz en cuello: «¡Alfonsito es mi amigo y no te lo permito!»... ¡Ja, ja!... ¿Amigo?... Amigo para que le preste plata; amigo para que le recomiende a fulano o a zutano, amigo para que uno no vaya al baile de un mengano cualquiera porque «el señor» está disgustado con el mengano aquel!»...

«Pero, después él tiene sus cosas buenas, ¿no?... Él es el que se ocupa siempre de todo lo engorroso... Que

el banco, que las hipotecas, que los alquileres... Sabía hacer justamente todo lo que él no podía o no quería o no le gustaba hacer...»

«¿Y cuando se rompió el hueso?... ¡Ah, ah!... ¿Quién sino Alfonsito fué el que le suavizó aquellas inolvidables torturas de la inmovilidad absoluta?... ¡Caracho!... Hasta el mismo médico, engañado por una asistencia tan abnegada y tan asidua, ¿no decía a cada rato: «su hermanito esto, su hermanito aquello»?

«Bueno, pero él también... ¡caray!..., había sido en realidad para Alfonsito más que un hermano... ¡Si tuvo cuestiones por él, sobre todo en otras épocas; si repartió castañazos!... No lo querían; todo el mundo trataba de molestar y deprimir al pobre muchacho, como si de su humillación y achatamiento hubiesen dependido la grandeza y el bienestar general... ¡Ah!... Pero él les cortaba el pasmo, ¡le cortó el pasmo a más de uno! «Malatesta: Quisiera que me acompañara a probar mi coche nuevo»... «Con mucho gusto le respondía él —, con mucho gusto... ¡Vamos, Alfonsito!» Al otro se le alargaba la cara: «Es que tres no cabemos»... «Entonces siento mucho, che, porque ya sabe que sin éste yo no voy a ninguna parte»...

O bien:

«—¿Pero lo llevamos a Alfonsito Riogran?

«—¿A Riogran?... No. Disculpá... Yo te invito a vos y a nadie más — decía algún impaciente atrevido, y él a su vez le replicaba con toda grosería:

«—Entonces, querido, obligado a elegir entre tú y él, me quedo con él, sin duda alguna»...

«Y se armaba una de patadas o no se armaba, pero la cuestión es que él lo imponía a Alfonsito, y que a veces hasta hallaba gusto en ello, porque había obser-

vado que siempre eran los más «roñosos», los más intransigentes».

Y Fortunato, jugando distraídamente con el grifo del lavatorio, menea la cabeza:

«¡Y tanta amistad y tanta macana, para venir a parar a esto!... A ser, precisamente él quien haya hecho a Alfonsito víctima del más tremendo ultraje que se pueda inferir a un hombre... ¡Una cachetada!... ¡Caray!... A él le parece que si le pegaran una cachetada reventaría allí mismo como un escuerzo, como una bomba y mataría a su ofensor con sus propios fragmentos... Bueno; pero él no tuvo la culpa... toda la culpa... ¡Lo malo que haya sido delante de la gente!... Lo que le da más rabia es que ya habrá un punta de imbéciles, mucho más imbéciles y flojos que Alfonsito, que estarán muertos de gusto... ¡Ah, ah! ¡Lo que es al Robles ese, la primera vez que le eche la vista encima!... Hoy se escapó con un hilo en una pata»...

Y «El Gringo» después de sacudir la cabeza y de trazar con el índice una rúbrica enérgica en la superficie empañada del cristal del espejo, comienza a desvestirse:

«¡Qué diablos!... ¡Qué se va a hacer!... ¡La vida es así!... Y después de todo, él no piensa matarlo a Alfonsito... ¡Bah!... Un puntazo o dos en el brazo o en el antebrazo y se acabó... ¿Qué más quiere?... Se bate con un «crack» de las armas y después se da corte»...

Pero en el momento mismo en que, casi sonriente ya, va a colgar su saco en el guardarropa, Fortunato se detiene y, con la prenda en la mano y el entrecejo contraído, se queda mirando hoscamente el suelo...

Y es que acaba de ocurrírsele recién «una cosa tremenda», una cosa que le hace latir las arterias en las

sienes y sentir como un desfallecimiento doloroso en el fondo del corazón:

«¿Y si Alfonsito?... ¡No; no es posible!... Alfonsito es flojo, es cierto, pero no como para llegar a semejantes extremos, para tragarse una injuria pública de tal calibre, para arruinarse para siempre... Alfonsito llegado el caso... ¡Caramba!»...

Y dejando el saco sobre la mesita aquella, en donde está la carta de la madre de su amigo. Fortunato, con las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada y el ceño adusto, torna a pasearse por la pieza...

«Valiente no es, ¡claro que no tiene nada de valiente!, pero... ¡en fin!..., pero Braulio Carpente lo trató muy mal, es cierto... ¡Bueno!..., pero... ¿Y aquel otro? ¿Cómo se llamaba aquel otro tipo?... Paine o Peine... allá, en el Hipódromo... ¡Pucha qué cosa!... ¿Por qué la naturaleza hará esas macanas?... Siempre lo ha pensado... Darle valor a un rufián cualquiera, guarango y bruto, y negárselo a un hombre bien nacido, inteligente y honesto... «¡Usté es un sinvergüenza y lo que va a sacar es que yo le rompa el alma!»... —«¡Bueno, bueno!»... — «¡Quién le ve la figura al atorrantito este!»... Envalentonado y delante de todo el mundo el compadrón asqueroso y borracho aquel y Alfonsito: «¡Bueno, bueno!»..., y de ahí no lo sacaban... ¡La gran perra!... ¡Si no era como para estallar de rabia y de vergüenza!... ¡Diga que uno no puede meterse siempre, porque acaba por parecer un matón o guardaespaldas, que si no!»...

«¡Sí, pues!... ¿Y cuando le dió por festejar a la gorda aquella que tenía como veinte novios?... ¡Qué calores!... El otro se ponía en el umbral de su casa, a dos puertas de la de ella, y le clavaba los ojos a Alfonsito, de la manera más provocadora e insolente, desde que daban vuelta a la esquina... «¡Ya te mira, ya te está mirando! ¡Rompele la cabeza!»... «¡Dejá, dejá!»... Y mientras desfilaban ante la Dulcinea, era como para morirse de risa, a pesar de la rabia... Alfonsito, muy tieso y muy colorado, sin mirar a su contrario, que le buscaba los ojos, y él, Fortunato, con los suyos furiosamente clavados en los del compadrito, que a su vez no le miraba ni por pasteles... Un día no pudo más y le pegó una patada en las canillas»...

«¡Caray!»..., pero esto no podía hacerse siempre... Era ponerlo en ridículo al mismo Alfonsito... Sí..., no; como valiente no tiene nada de valiente el pobre... ¡Caracho!... La noche aquella de carnaval, en que lo mataron a «El Negro» Zamora, ¿no lo encontró descompuesto, vomitando dentro del automóvil?»...

Y «El Gringo», enojado, se dice mentalmente, mientras frota con la palma de la mano una de las bruñidas perillas de su cama.

«Bueno... ¡Pero qué jorobar!... ¡Aquí se trata del honor de un hombre, aquí se trata de jugarse la reputación para toda la vida... ¡Qué caracho!...»

Y después ya más calmado:

«Si pudiera aconsejarlo como otras veces... ¡Caramba!... Cuando el caso de Perico Rozner... ¡Ahí tiene!... Cuando el caso de Perico Rozner»...

... Y son tan amargas y tan decisivas las reflexiones que el tal caso le sugiere, que Fortunato, de pronto, con la cara crispada como por un dolor lancinante, consulta su reloj, se pone el saco, toma de la percha un sobretodo y un sombrero, y dejando la alcoba con la puerta abierta y las luces encendidas, se precipita escaleras abajo, hacia la calle...

III

—¿El señor Riogran, entró?

El portero, un vejete somnoliento, mira primero el cuadro de las llaves y después a Fortunato, que con el ala del chambergo sobre los ojos y el sobretodo negro completamente gris a causa de la gran niebla que hay afuera, se restriega las manos nerviosamente.

—Está en su departamento, sí señor.

—¡Gracias!...

Y andando de puntillas, el mozo se lanza resueltamente por el patio lleno de plantas y resbaloso de humedad hacia la única puerta a la sazón iluminada, y una vez ante ella se inclina y mira a través de los cristales.

Efectivamente, allí está Alfonsito, su amigo, el hombre bárbaramente afrentado por su mano.

Fortunato, al verle, siente que una extraña emoción le detiene en el sitio. Envuelto en su famosa bata a bastones color chocolate, Alfonsito, de codos sobre el escritorio, la cabeza entre las manos y completamente inmóvil, le parece la imagen viva y conmovedora de la desolación más absoluta.

Pero Fortunato se repone en seguida y abriendo bruscamente la puerta entra en la estancia.

Alfonsito al verle, medio se incorpora asustado:

—¡Vos! — dice —. ¿Qué querés todavía?...

Y en la blancura de su mejilla izquierda, que la repentina emoción acentúa, campea la marca siniestra del ultraje, como un clavel morado de tres pétalos...

Pero Fortunato no repara en nada y una vez junto a

Alfonsito y sentado a medias en uno de los ángulos del escritorio, le dice con voz contenida y sorda:

—Vengo a decirte..., ¿sabés?... que me mandes los padrinos, que tienes que mandarme los padrinos..., ¿oyes?...

Los ojos de Alfonsito se agrandan de asombrado espanto.

—¿Qué?... ¿Por qué?... ¡Ah!... ¿Querés matarme ahora también?...

Y lleno de zozobra y de sincera indignación, el mozo deja su asiento y volviendo la espalda a su amigo camina indeciso hacia el otro extremo de la alcoba. Pero Fortunato le sigue y le detiene tomándole por un brazo:

—¡Vení para acá! ¡Oíme!...

Alfonsito se desase de un tirón brusco y gime con voz colérica:

—¡Canalla!... ¡La que me has hecho!.. ¡Miserable!... ¡Canalla!...

Y de nuevo trata de apartarse, pero Fortunato no le deja:

—¡No! — resuella sofocado por el coraje—. ¡No!..., el único canalla y miserable que hay aquí sos vos... ¡vos!..., sinvergüenza!...

—¡Bueno, bueno!...

...—¡Sí!... Como me lo has probado esta noche... pero como yo no soy como vos..., ¿sabés?..., no me importa..., y como te conozco y sé de lo que sos capaz vengo a decirte que me tenés que mandar mañana mismo tus padrinos, porque si no te rompo la cabeza..., porque no quiero que te deshonres..., ¿sabés?...

Alfonsito sonríe con despectiva amargura:

—Eso lo debiste pensar hoy y no ahora...

Y añade en seguida, en un impulso de indignada cólera:

—Hoy y no ahora... ¡Cobarde!... ¡Traicionero!... ¡Delante de todo el mundo!

Y después de clavar sus ojos furibundos en los de su amigo, y echando los brazos sobre la repisa de mármol de la chimenea, solloza sobre ellos, como una mujer o como un niño:

—¡Canalla!... ¡Traicionero!... ¡Cobarde!... Sí, ¡sólo un cobarde!...

Fortunato da una vuelta completa sobre sus talones, y luego acercándose mucho e inclinando hacia Alfonsito su cara crispada y pálida, le dice casi al oído y como masticando las frases:

—Mirá, Alfonso: No me hagas perder la cabeza... No me hagas volver loco, porque te mataría... Si he venido a verte después de lo que me hiciste esta noche y que tengo metido aquí como una puñalada...

Alfonsito al oirle, levanta la cabeza y clava en él sus ojos furiosos barnizados de lágrimas:

—¿Yo?... ¿Qué te he hecho yo, querés decirme?... ¿qué te hice yo?... ¡Canalla!...

Fortunato al oír esto se queda desorientado, estupefacto; se queda como un potro enlazado, como un animal salvaje detenido en mitad de su fuga por un cerco... No se sabe si está por irse, si está por lanzarse sobre su amigo como un lobo.

—¿Qué?... ¿Vos?... Yo... ¡Mirá!...

Pero haciendo un gran esfuerzo de voluntad, consigue dominarse.

—Mirá, Alfonso —dice—, dejemos eso, te lo pido por tu madre; dejemos eso para después, para otro momento y... hablemos de esto ahora, de esto que es mucho

más grave y más urgente... Mirá: yo... yo te he pegado, es cierto, y creo que te pegaría mil veces en el mismo caso, pero yo no quise, yo no pensé, ¿sabés?..., hacerte tanto daño... Yo...

Y se interrumpe para volver por un instante hacia la puerta cerrada, sus negros ojos agresivos, como si sospechara algún atisbo.

—...Pero yo... Pero yo... ¡Mirá, Alfonso, yo no quiero que te deshonres por mi culpa!...

Al oír esto que no comprende y que le parece una monstruosidad de loco, ya que no un sarcasmo sangriento, pues su amigo le habla con visible emoción de pena, Alfonsito aturdido, irritado, se subleva de nuevo:

—¿Vos?... ¿Mi honor?... ¿Vos, que acabás de afrentarme delante de todo el mundo?... ¿Vos, que acabás de arruinarme para toda la vida, vienes a hablarme ahora de mi honor?... ¡Verdaderamente no sé qué es lo que te propones!... Vos...

—Callate y oíme...

Y tras una nueva ojeada cautelosa hacia la puerta que da al patio, el mozo pregunta a su amigo con acento incisivo:

—Decime la verdad Alfonso..., ¿qué has pensado hacer vos?...

Alfonsito baja los ojos y juega indeciso con una de las borlas de su bata.

—Yo..., ¿yo?... ¡Y nada!... ¿Qué querés que haga?...

E inclina más la cabeza, como un chico manso que confiesa una falta... Fortunato tiene que levantarle la cara por la barbilla, para poder verle los ojos.

—¿Pero, vos estás loco?... ¡Decí!... ¿Sabés acaso lo que estás hablando? ¿Crees que te puedes quedar así, bárbaro?... ¡A ver, hablá!...

Alfonsito alza sus ojos acobardados y replica apartándose un poco de Fortunato:

—¡Y qué voy a hacer!... Yo no tengo la culpa...

Fortunato da un respingo:

—¿Cómo qué vas a hacer?... ¡Vas a batirte conmigo mañana mismo, vas a sacarte cuanto antes esa porquería que tienes ahí en la cara, vas a demostrarle a toda esa chusma, que está gozando ahora con tu humillación, que eres un hombre a quien no se ofende impunemente y un hombre que, respetando todos los convencionalismos sociales, no puede, honestamente, hacer excepción única, de aquel más peligroso!... ¡Eso vas a hacer!..

Alfonsito abre mucho sus ojos azules azorados y retrocede un paso:

—¡Ah!... ¿No ves?... ¿Querés matarme ahora?... ¿No estás contento todavía?...

Fortunato agita la cabeza con desesperación:

—¡Pero no, hijo!... ¡No seas bruto, no seas infeliz; no te ofusques de esa manera!...

Y añade en seguida, tratando de hacer su voz todo lo blanda y persuasiva que su propia excitación le consiente:

—Mirá, Alfonsito, óyeme... Si yo estoy aquí, es precisamente porque no quiero hacerte ningún daño..., ¡al contrario!..., porque deseo evitar que te hagas un mal horrible, no teniendo quien te aconseje en estas circunstancias..., porque quiero evitar que te deshonres... ¡entendeme!...

—¡A buenas horas!... ¡Eso lo debiste pensar hoy y no hacerme la infamia que me has hecho!...

A Fortunato le relumbran los ojos, pero no reacciona y sigue hablando a su amigo en ese tono con que suele hablarse a los enfermos:

—Sí, Alfonso; pero no lo pensé, y por eso pago mi culpa cometiendo esta enorme irregularidad de venir a verte... Jamás se me ocurrió sospechar que esto pudiera llegar a significarte tanto daño..., yo...

—¡Vos sos un egoísta y un bárbaro; vos no te preocupas más que de tu honor y de tus macanas de guapeza, y a tu honor y a tus macanas me has sacrificado por una pavada, como a un desconocido, como a un atorrante cualquiera!...

—No era una pavada..., ¡che!...

—¡Sí..., era una pavada, una macana, una estupidez; pero vos no me la pudiste perdonar, porque era preferible que yo me deshonrara para siempre, antes de que tu amor propio de matón sufriera el más leve desmedro en presencia de la gente, ¿verdad?... Pues ahí tienes... Ya me has deshonrado, ya me has arruinado; ya puedes estar contento... ¿Qué más quieres?...

Fortunato consulta su reloj y después comienza a decir casi risueño:

—Mirá, Alfonso: Dejemos eso, ¿querés?..., y vamos a hablar en serio que el tiempo pasa y...

Pero Alfonsito, excitado como está, le interrumpe con violencia:

—¿Pero qué te has pensado?... ¿Vos te crees que yo soy algún loco, algún otario, para ir a hacerme matar por vos todavía?...

—No se trata aquí de matar a nadie...

—¡No se trata de matar!... Pero se trata de ir a dejar que me metas una estacada, ¿no?..., de que prevalido de tu habilidad y de tu fuerza, después de haberme ofendido como un canalla, todavía me lastimes o me mates quizá..., ¡sí!..., me mates con seguridad, si acaso le conviene a tu amor propio o a tu egoísmo

brutal, cuando estés en el terreno... ¡No, muchas gracias, Fortunato!... Dejame y no te preocupes más de mí... Mañana mismo renuncio a la presidencia del comité, renuncio a todo y me voy a mi provincia..., ¡sí!..., allá, con mi pobrecita madre, que sabrá, al fin, quién eres y que tendrá compasión para mi vergüenza!...

—No digas tonterías, Alfonso..., estás ofuscado... Mirá, cuando un hombre...

—¿Ofuscado?... ¡Mirá! Te juro por mi alma que lo he pensado bien y que ya no me importa nada, absolutamente nada, de nada!...

—¿Querés deshonrarte?...

Alfonsito, recostado en el escritorio y jugando nerviosamente con las borlas de seda de su bata, se alza de hombros:

—¡Qué me importa!...

—¿Cómo «qué me importa»?... ¿Querés hundirte?... ¿Querés arruinar para siempre tu carrera política, desprestigiándote ante esos electores que hemos conquistado con tanto trabajo?... ¿Querés que todos los trompetas que te odian te echen por delante, se rían en tus barbas y te escupan en la cara?... ¡A ver, decí!...

—¡Qué voy a hacerle!... Vos tenés la culpa...

—¡No!..., yo no tengo la culpa... ni vos tampoco... La tiene la naturaleza, que te hizo un hombre inteligente y honesto, pero que se olvidó de darte una buena dosis de esa energía moral que a veces derrocha en los trompetas y que es tan necesaria para las luchas de la vida; la culpa la tiene la humanidad civilizada que inventó este convencionalismo del duelo, todo lo bárbaro que quieras, pero no menos respetado y respetable que cualquier otro... ¡Mirá!..., yo...

Pero Alfonsito no le deja continuar:

—¿Vos? ¡Qué gracia!... Para vos es muy cómodo, porque sos un espadachín, porque te has batido cien veces, porque estás seguro de vencer..., ¿no?...

Fortunato se sonríe con amargura, meneando la cabeza:

—¡Callate!, no digas barbaridades... ¡Parece mentira que todavía no hayas entendido! ¡Parece mentira que seas tan bruto!...

Y Fortunato continúa bajando la voz:

—Podías suponer ya, que si he venido a verte en la situación en que nos hallamos, es decir, cometiendo una verdadera trasgresión de las prácticas, que me repugna y avergüenza y que además, puede costarme muy cara, no habrá sido para sacarte ventajas que no necesito, sino para aconsejarte, para ayudarte, para salvarte; para hacer por vos lo que no creo que haya hecho hasta hoy ningún hombre, por amistad hacia otro hombre!...

Alfonsito, desconfiado, contrae mucho las rubias cejas:

—No sé... No te entiendo...

—Esto... Yo sabía perfectamente, porque te conozco como a mis manos, porque te conozco más que tu madre, que vos no eres capaz de batirte en duelo, no digo conmigo..., ¡con nadie!..., ni con el último desgraciado que se atreviese en tu camino...

—Yo...

—Sí, ya sé..., vos no tenés la culpa. ¡Bueno!..., yo sabía eso, pero me olvidé... Te juro por la memoria de mi madre que me olvidé como un imbécil, que si no, no te hubiera hecho lo que te hice..., porque aunque vos sin consideración alguna te portaste conmigo como un puerco...

—Yo...

—¡Cállate!..., como un puerco..., ¡sí!..., tu por-

quería no merece la enormidad de castigo que por razón de tu modo de ser puede resultarte... ¿Me comprendes?... Yo no pensé nada en la ofuscación del momento y aunque hubiera pensado, habría sido, sin duda, lo que lógicamente se puede pensar en esos casos: «¡zás!..., ahora una cachetada y mañana un par de balas por barba u otros tantos hachazos»... Yo..., ¡mirá!..., con mil amores, por la chanchada que me has hecho, te metería dos cuartas de fierro en la barriga, pero te juro que no soy capaz, que «no quiero»..., ¿entiendes?..., «¡no quiero!»..., matarte moralmente..., ¡así se venga el mundo abajo!...

Alfonsito sonríe en una mueca:

—¿Pero quieres matarme... físicamente?...

Fortunato se queda un momento callado y después dice con esfuerzo meneando la cabeza:

—No, Alfonso..., yo no quiero matarte; lo que yo quiero simplemente es que vayas al duelo... Yo te aseguro... ¡mirá!..., te juro, que no pasará nada malo, que yo...

—¡No sé de qué manera!...

—¡Oh!..., eso es lo de menos... Un pinchacito en cualquier parte... ¡Mirá!, yo...

Alfonsito tiene un gran gesto de repulsión:

—¡Estás fresco! —dice—. ¡Cualquiera sabe en el terreno adonde va la punta y lo que puede resultar un pinchacito!... ¡Estás loco!...

Fortunato vuelve a menear la cabeza y sonríe con amargura:

—¡Caramba!... ¿Tienes miedo?... ¿No me tienes fe?...

Y añade en seguida, como avergonzado, bajando mu-

cho la voz y después de echar una nueva ojeada hacia la puerta:

—¡Caray!... ¡Mirá!... Me das un poquito de antebrazo, un envite de sexta... ¿Sabés?..., y ya está.

Pero Alfonsito se alborota:

—¿Ah, ah?... ¡Estás fresco!... ¿Para que me cortés una vena, una arteria y me vaya en sangre?... ¡No, muchas gracias! ¡Yo sé lo que son espadas!...

Fortunato insiste suave y persuasivo:

—Vos sabés que yo domino bien el fierro y que hago...

—¡Sí!, en el club, en la pedana... Acordate del agujero que le hiciste a Caravall en el pescuezo... ¡No!... ¡Muchas gracias!...

Y hay un corto compás de silencio, durante el cual Alfonsito hace girar vertiginosamente una de las borlas de seda de su bata, y Fortunato, con la cabeza inclinada juega, haciéndola correr bajo la suela de su zapato, con la cerilla de un fósforo que acaba de ver en el suelo. Al cabo dice Fortunato:

—Bueno, yo había pensado eso..., me parecía lo más serio y lo más lógico, pero si no quieres, para mí es lo mismo... Tocame vos a mí... La cuestión es que salgamos de esta porquería, ¿verdad?...

—¿Y cómo?

—Y muy fácil... Vos tendés el fierro, bien cubierto en sexta siempre y yo «a distancia», te doy antebrazo aquí arriba y como si fuera en envites de cuarta, hasta que me toqués...

—Sí, pero...

Fortunato sonríe:

—¿Pero qué?... ¿El qué?... ¿El golpe?...

—No. ¿Eso que me propones, eso de ir así, convenidos al terreno?...

Y Alfonsito sonríe entre ingenuo y perverso, en tanto que Fortunato vacila, se pone pálido y deshace nerviosamente con el pie la cerilla de fósforo que tiene bajo la suela.

—¡Claro que no! —dice al fin—. Claro que es una porquería y una infamia, una cosa como para pegarse un tiro si los padrinos la sospecharan tan sólo... Pero, es que...

—¿Y entonces?...

—¿Y entonces qué?

—¿Cómo tú, que eres tan entendido en esas cosas y tan puntilloso?...

Fortunato vacila nuevamente y torna a ponerse pálido, pero en seguida grita a su amigo con los ojos fulgurantes y la cara descompuesta por la vergüenza y por la ira:

—¿Cómo te lo propongo, no?... ¡Canalla!..., ¡miserable!..., ¡cobardón inmundo! Te lo propongo, ¿sabés?, porque sé que no hay otra manera de sacarte del fango en que estás metido, de conseguir que vayas al terreno... ¡Por eso, sinvergüenza!... ¡Por eso, por vos, hago esta porquería que me da asco!...

—¡Qué generosidad!...

Fortunato levanta una mano, pero en seguida la baja y metiéndola profundamente en un bolsillo, dice con voz vibrante e incisiva:

—¡Sí, generosidad, desgraciado!... Sí, generosidad, bruto o miserable; generosidad que no tendría de mil hombres uno, que no ha tenido quizá nadie en la perra vida!... ¡Sí... puerco!..., sí, generosidad mía, casi exclusivamente mía, porque sé que no la tendrán nunca ni vos ni millones de hombres como vos o mucho mejores que vos, sea por bárbaro egoísmo hacia el honor ajeno,

sea por no haber alcanzado bien, lo que el honor representa!... ¡Yo sé qué soy un imbécil, que no sirvo para nada, pero sé también que no hay ningún nacido que pueda decir, sin calumniarme, que en los veintinueve años que tengo de vida, haya cometido una sola bajeza, una sola villanía, una sola de esas cosas que manchan el honor de los hombres, según los convencionalismos de ellos mismos y aunque más no sea y ante el tribunal de sus propias conciencias!... ¡Dicen que soy impulsivo y loco, pero juro a Dios que mis impulsos nunca se llevaron por delante ni un solo pedacito de mi integridad moral, es decir, de la moral del hombre de mi tiempo!... ¡Impulsivo!... ¡Seré impulsivo, quizá, pero impulsivo honesto, de una clase de impulsivos que estoy cierto que no abunda!... Hay impulsivos que no pueden sujetar sus manos ante la caja de caudales confiada a su custodia; hay impulsivos que aunque estén investidos de los títulos más austeros que da la sociedad, no pueden contener los arrestos de su temperamento ardoroso ante los atractivos de una inocencia de mujer confiada también a su custodia; hay impulsivos, en fin, cuyos empujes siempre rumbean hacia el lado de los estercoleros morales, pero nunca, jamás ni por equivocación, hacia la cumbre de un noble disparate o de una heroica locura! Vos mismo, sin ir más lejos, que una vez me confesaste que no habías podido resistir el impulso loco de abrazar y besar a la mandadera de la planchadora, una pobre criatura de doce años... ¿a que no tienes ahora el impulso también loco, de agarrar, por ejemplo, ese monigote de plomo que está ahí sobre el escritorio y de zampármelo por la cabeza?...

«—¡Ah, no... Por eso es que no me entendés, que nadie me entiende a mí!... Porque no soy de los im-

pulsivos que tiran fatalmente para el lado de la inmundicia, porque soy generoso como acabas de decirlo vos mismo, aunque mofándote como un estúpido de lo mejor que hay en mí, y que pueda haber quizá en el corazón de un hombre!... ¡Vos, en tus impulsos, te lanzas como un tigre sobre una pobre gringuita desamparada, otros sobre el dinero de los cajones abiertos, y la gente si no aprueba, por lo menos no se asombra, pero si yo le rompo la cabeza a un trompeta de almacenero, porque me parece, al pasar, que está matando a golpes a una chiquilla de cinco años que grita como un demonio, todo el mundo se escandaliza: «¡Qué bárbaro el Malatesta!... ¡Mire que pegarle al pobre hombre con un queso de Holanda que estaba sobre el mostrador!... ¡Se necesita ser loco e impulsivo!»...

Alfonsito no puede evitar una sonrisa y Fortunato prosigue con amargura:

—¿Te ríes? ¡Cómo no te vas a reír! Nunca he visto uno de los que padecen tu clase de impulsos, que no se riera de los míos... ¡Es natural! Por eso mismo es que acabas de decirme generoso con tanta sorna...

—Yo no lo dije con sorna...

—Sí, lo dijiste, pero no importa: no perdamos el tiempo en discutirlo ahora...

Y Fortunato tras una ojeada a su reloj, prosigue apresuradamente:

—Bueno, mirá: vos tenés razón. Eso que te he propuesto es una cosa fea, es una irregularidad muy grande, es una indelicadeza, es una farsa inicua, todo lo que tú quieras, pero no hay otro remedio y tendrá que ser, porque yo, entre la villanía de engañar a los padrinos y al mundo entero con el espectáculo de tu falso valor, o entre la infamia monstruosa de permitir que te deshon-

res por mi culpa, no puedo vacilar y no vacilo un segundo, porque aunque tengas mil defectos, yo te quiero y te estimo, y cuando yo quiero o estimo a alguien, aunque sea un imbécil, ese imbécil es para mí como un pedazo de mí mismo...

«¿Cómo es posible, desgraciado, que no pase entonces por encima de muchas cosas con tal de salvarte y de evitar que uno a quien yo quiero y estimo tanto, pueda merecer la burla y el desprecio de toda esa caterva que estoy acostumbrado a mirar por encima del hombro, desde la altura moral en que ella misma me coloca?

«¿Cómo quieres que yo consienta en que les dés el gusto de verte arrastrado por el fango?... ¡No, mil veces, no! Te juro que prefiero cualquier cosa antes que eso y que cueste lo que cueste, no has de quedar malparado!...

«¿Ah, ah?... ¿Te parecería bien que yo tan luego, que he hecho un culto del honor, que yo, que creo que vivir sin él no es vivir, que yo que soy incapaz de arrojar sombras sobre la reputación de nadie, no sólo por el enorme respeto que mi propia reputación me inspira, sino porque ya aprendí hace mucho y a fuerza de observar a los hombres y a las mujeres, que no hay como tener el honor averiado para no creer en el honor de los demás; te parecería bien, te digo, que permitiera que tú tan luego, el más viejo y el más íntimo de mis amigos, se hundiese para siempre, por no echarme sobre la conciencia un remordimiento de otra índole?... ¡Ah, no!... De lo que yo hago siempre respondo con mi cuero moral o físico..., ¡mirá!...»

Y Fortunato, después de atisbar una vez más hacia la puerta y de pasarse nerviosamente una mano por los cabellos, prosigue bajando la voz:

«—¡Mirá!... Una vez, hace mucho ya..., no tenía yo veinte años todavía... Fué allá en X, cuando estaba con mi tío Pedro, ¿recuerdas?... ¡bueno!... Una señora, una señora joven, es cierto, pero mucho mayor que yo y por lo tanto con más experiencia... Empezaban recién nuestras cosas, cuando un día me dió a entender como que abrigaba temores sobre mi discreción, a causa de mi mucha juventud... Yo era casi un chico como ya te he dicho, pero te aseguro que al oír aquello, rojo de indignación y de vergüenza, le dije que si ella creía que para tener honor era preciso llegar a los cien años, y me fuí de su casa tan ofendido como si su esposo me hubiera abofeteado...

«Y fué un mes después y hechas ya las paces, como podrás imaginarte, que ocurrió la terrible cosa, el tremendo conflicto sin salida en que me vi envuelto, y al lado del cual, éste, en que nos hallamos me resulta aún casi una niñería...

«Figúrate: Yo iba a su casa de noche... Ellos vivían cerca de la nuestra... Iba cuando ella me hacía saber por una esquela que su marido se había quedado en la ruleta del Casino, y cuando no iba, esperaba a poder ir encerrado en mi cuarto, como un maniático y releyendo sus cartas extravagantes...

«Es probable que nuestros amores no fueran secreto para muchos, pero yo lo ignoraba en absoluto y puedo jurarte que nunca hice o dije —en mi concepto de entonces— cosa que pudiera autorizar la menor sospecha.

«Bueno: una noche, una magnífica noche de verano recuerdo... Sería aproximadamente la una... Ella no quería que me fuese aún, a pesar de lo tarde que era, para hacer sin duda, lo más breve posible el lapso que

por fuerza debía mediar entre mi partida y el regreso de su marido.

«Mi pobre amiga, como la mayoría de las mujeres y como un buen número de hombres también, tenía un miedo cerval a los ladrones y para peor, noches antes, varios enmascarados cuya identidad permanecía aún en el mayor misterio, habían asaltado con una audacia loca el chalet de cierta familia conocida y robado una gruesa suma, después de dejar «knock out» a no sé quién de un cachiporrazo... Y si en el balneario no se hablaba de otra cosa, y si no había zonzo que no anduviese armado hasta los dientes, so pretexto de aquel suceso, bien se podía disculpar su inquietud a la señora, máxime sabiendo como yo sabía, que sólo la colección numismática que encerraba aquella casa podía servir de tentación a los cacos...

«... Y te puedes imaginar: «¡Un minuto más!»... «¿Cuándo dé la una?»... «Cuando silbe el tren»... «¿Y ese ruido?... ¡Ah!..., es la cama de la muchacha... ¡Si no hubieras estado tú aquí me hubiera muerto de miedo!... ¡Qué guapos son ustedes los hombres!»...

«... Y yo hinchado de vanidad como un vulgar pavo, sonreía «modestamente», despreocupado del todo en el fondo y hasta quizá un poco resentido con los ladrones, porque no me ofrecían la oportunidad de demostrar a mi amada hasta dónde eran capaces de llegar por ella mis bizarrías de veinte años...

«Sin embargo, a eso de la una y cinco, ya me pareció tanta nuestra inútil imprudencia, que aprovechando el pretexto de un vehículo que pasó ante la casa sacudiendo rudamente los cristales de las vidrieras y los «bibelots» de las vitrinas, dije poniéndome de pie y con fingido azoramiento:

«¡Ahora sí, vida, ahí va ya el coche del viejo Renovales, que vuelve del Casino, y si no deseas mi muerte!...

«—¡Bueno! —sonrió ella resignada y levantaba ya sus brazos irguiéndose de puntillas, cuando los dos nos quedamos sin aliento...

«Afuera, en lo oscuro, pero allí no más, por el estrecho corredorcillo que caía junto a la alcoba, alguien andando en puntas de pie acababa de pasar rápidamente.

—Lydia..., digo, la señora aquélla, con la cara instantáneamente descompuesta por el terror, quiso gritar, quiso lanzar sin duda uno de esos alaridos estremecedores de mujer asustada que suelen dejar pasmados a los hombres, pero yo le cubrí la boca con los guantes que tenía en una mano y con la otra apagué la lamparilla...

«Y fué algo terrible, che; una desesperación, ¡fijate!: la señora medio sofocada por mi mano y en los comienzos de un ataque nervioso, esforzándose por gritar su espanto y yo empeñado en evitar que lo hiciera, mientras oía ir y venir por el patio, no ya las pisadas de uno, sino de varios hombres...»

—Vos sabés que yo no soy un flojo, pero te aseguro que en aquellos momentos sentí calor en la cara y como agujas de hielo en la médula...

«No tenía ni un alfiler encima y, además, la falsedad de mi situación me arredraba, me volvía tímido...

«De pronto, en una convulsión, ella, que era bastante gruesa, se echó hacia atrás y con todo su peso gravitó bruscamente sobre mi brazo izquierdo desprevenido... Comprendí que no podía sostenerla, que se me iba al suelo sin remedio, o mejor dicho, que nos íbamos los dos, y en consecuencia empleé todas mis fuerzas en evitar por lo menos que se golpeara... Después, y cuando estuvo tendida sobre el «parquet» en lo oscuro, observando que no se movía, me asusté y empecé a llamarla en voz baja como un tonto:

«—¡Lydia!, pero..., ¡Lydia!, pero..., ¡pavita!...»

«¡Qué pavita ni pavita!... No sólo no hablaba ni se movía, sino que ni respiraba siquiera... Se hubiera dicho que estaba muerta.

«Verdaderamente alarmado entonces, me disponía a encender ya la luz que tenía más próxima, cuando un gran ruido atrajo mi atención desde el patio. Era ese ruido estruendoso, característico e inconfundible que produce una puerta o una ventana brutalmente abierta de un empellón... Y no había vuelto en mí del asombro que aquello me produjo, cuando allí no más, en la pieza contigua donde dormía sin duda la sirvienta, se alzó de pronto un alarido agudo y salvaje como un relincho, uno de esos alaridos atroces de mujer que atraviesan la médula y que se quedan vibrando en el aire como una hoja de espada...

«... Entonces me pareció..., entonces sentí..., ¿sabés?..., eso que me da a veces..., que ya te he explicado... Me pareció..., ¿sabés?, que estaba en ridículo, que era un imbécil, que todo el mundo se reía de mí a carcajadas; que estaba deshonrándome, en fin, y que no tenía más remedio que matar o hacerme matar en seguida de cualquier modo...

«... Y sólo recuerdo bien que salí al patio atropellando una puerta..., que el patio aquel era muy angosto y que estaba tan oscuro que apenas se distinguían las cosas..., que al ver el bulto negro de un hombre que pasaba junto a mí velozmente, me lancé sobre él como un loco..., que el hombre, al verse atacado, me tiró con todas sus fuerzas algo muy pesado que pasó zumbando junto a mí velozmente, me lancé sobre él como un loco...,

que el hombre, al verse atacado, me tiró con todas sus fuerzas algo muy pesado que pasó zumbando junto a mi cara y que fué a hacer pedazos un vidrio a mis espaldas..., que yo le pegué un «upper» de derecha a aquel hombre, tan bien pegado, que su cuerpo, tras de dar contra la pared, cayó al suelo, y se quedó allí tendido largo a largo...

«Después..., después los recuerdos se me confunden, o más bien dicho, nunca los tuve claros... Eso sí..., hombres, muchos hombres, un verdadero remolino de hombres, negros que me peleaban, que me estrujaban; golpes, relampagueos de armas blancas desnudas y..., ¡ah!, y pitadas sí, muchas pitadas de vigilantes»...

Y tras un breve compás de silencio, que emplea aparentemente en mirar el suelo con el ceño contraído y con mucha atención, Fortunato prosigue con una sonrisa: «Bueno; y ahora viene lo bueno; imaginate... Yo en la comisaría a las tres de la mañana, con esta mano rota —porque al pegarle al hombre, parece que me rompí dos metacarpianos—, con esta mano rota como te digo y envuelta en trapos; con la cabeza vendada también, a causa de un tajo de lomo de machete que tenía en el cuero cabelludo y el comisario, un buen hombre gordo y socarrón, soltándome estas preguntas:

«—¿Y si no había ido con ellos, si no formaba parte usted de la gavilla, que estaba haciendo en la casa a tales horas?...

«Al principio no entendía, no sabía lo que me pasaba... Yo creo que estaba medio idiota de los planazos que me habían acomodado por la cabeza para dominarme...

«—¿La gavilla? ¿Qué gavilla?... ¡No sé lo que usted quiere decirme, comisario!...

«Pero el comisario lo sabía muy bien y te juro que cuando yo acabé de comprenderlo, me pareció que el universo se me venía encima... Mirá qué sencilla era la cosa:

«Tres muchachos de apellido Gómez Formentera... ¿No sé si los habrás conocido?... Uno de ellos anda todavía por ahí, creo que es médico...

«Bueno; esos tres hermanos y otro muchachuelo más, cuyo nombre no recuerdo ahora, todos bastante conocidos pero unos cachafaces de la peor especie; jugadores, peleadores y borrachos, habían dado en la flor de convertirse en ladrones... Ellos habían sido los enmascarados asaltantes del «chalet» de la familia de Acuña, ellos eran los que sin preocuparse de nada y con una audacia de locos o de ebrios, habían caído como un malón en el nido de mis amores, para perderse y para crearme la más espantosa de las situaciones morales en que me haya encontrado en la vida.

«Yo no sabía qué hacer ni qué decir..., pero te juro que desde el primer momento me dispuse a salvar a la pobre señora aquella a costa de todo sacrificio y que si la cosa no resultó, no fué por culpa mía, sino por circunstancias que yo no pude prever de ningún modo...

«¡Pero qué horror de situación, che!... Figurate que para colmo, el mayor de los Gómez, que estaba aún medio borracho y que era aquel a quien yo había pegado, dijo al preguntarle el comisario si yo formaba parte de la pandilla, que no lo recordaba bien, pero que «tal vez nomás»...

«Y así pasaron las horas y así medió el día siguiente, mientras el escándalo hacía arder el pueblo por los cuatro costados, como una bolsa de paja...

«Mi tío no estaba, se hallaba en su estancia y fueron

a buscarle a toda prisa... Cuando llegó sofocado a eso del anochecer, yo, aunque casi loco por la fatiga y por la angustia, seguía firme en mis trece.

«—Yo sé que usted es un mozo decente; yo no dudo, pero defiéndase... Vea que su situación se hace cada vez más comprometida...

«Y yo, que no podía traicionar la fe depositada en mi honor, ni tampoco confesarme miembro de la gavilla, desesperaba al buen hombre contestando a sus serias reflexiones con las mayores y más comprometedoras estupideces:

«—¡Ya le he dicho hasta el cansancio que yo no sé nada, nada, nada!... ¡Que yo no estaba en la casa!

«—¡Pero hijo de Dios, si lo han sacado de la casa por la fuerza, si me ha lastimado allí a un vigilante!...

«—Yo fuí como todos al ruido del escándalo...

«—¡Está bueno! —Y el comisario se sonreía acariciándose la barba—. ¡Está bueno!... ¿Y si yo le dijera una cosa, amiguito?

«—¿Qué?... ¿Qué cosa?

«—Que alguien lo ha visto entrar en la casa a eso de las veintiuna...

«—¡Miente ese alguien, yo no he entrado en ninguna parte!...

«Mi tío desesperado y furioso quiso verme, pero como no se lo permitieron, se puso más furioso y desesperado todavía... Le oí discutir a gritos con el comisario en la oficina contigua, y luego marcharse a toda prisa... Pero..., ¡a la pucha che!, ya amanece»...

Y Fortunato, después de echar una mirada de inquietud hacia la puerta, a través de cuyos cristales comienza a mostrar ya el alba su palidez verdosa, termina malhumorado su relato: «Bueno; abreviando: Resultó que tío,

que conocía al parecer al dedillo mis amores, aunque nunca hubiéramos hablado una palabra a ese respecto, se fué a la casa derecho, y después de descerrajar mi escritorio y revolver la correspondencia, le trajo al comisario la esquela que me había escrito la señora la tarde misma del hecho y que no podía confirmar en forma más rotunda las afirmaciones verbales de mi tío ni poner más en claro mi inocencia: «Enero 20, a las tres. Fortunatito, mala cabecita mío: Te espero esta noche a las veintiuna en punto. No te retrases ni un minutito porque me mato!» Y abajo, con toda la imprudencia de una criatura: «Fulana de Tal de Cual», sin ahorrarse ni una letra...

«—¿Y qué podía hacer yo, querés decirme?... ¡Ah!...; ¡pero le pegué una trompada a mi tío que le rompí todos los dientes!...»

IV

Son las siete, continúa lloviendo, e Hilario Neuville, enfundado en su abrigo gris, impecable, se pasea por la amplia sala de armas del «Círculo Hípico», a la sazón desierta y solitaria, azotándose una mano con un guante.

No le han nombrado padrino como lo esperaba, pero sí director del encuentro, función para la cual, por su experiencia y energía, se le considera en muchos círculos tanto o más eficaz, que para pilotear el más grave y enrevesado asunto, por entre los escollos de contradicciones y deficiencias que plagan los viejos códigos...

Hilario es el hombre de los asuntos serios. Se le busca sólo «in extremis» o por lo menos cuando hay casi la

seguridad de irse a las manos... Se ha batido alguna vez, ha dirigido ocho duelos, según sus cálculos y habrá apadrinado una decena... Esto, como se supondrá, da motivo para que los que no le quieren digan a veces, aunque en voz muy baja, con cierta sorna:

«—Ahí anda Hilario... ¿Alguno de ustedes está por batirse?»...

Pero son muchas las personas que le estiman de veras, y con seguridad más de diez no podrán olvidar nunca, así vivan mil años, que en una hora difícil de su existencia y cuando la gravedad del asunto de honor que les envolvía, arredraba y ocultaba a todos sus amigos aun a los más obligados y más íntimos, fueron como en última instancia y hasta quizá sin tener ningún título para ello, a buscar a Hilario, e Hilario les hizo acelerar los latidos del corazón, respondiéndoles cortésmente y sin vacilaciones, como un gentilhombre y como un macho: «—Estoy a su disposición. Con mucho gusto».

Sin embargo, Hilario Neuville no está nada tranquilo aquella mañana... Flota algo en el ambiente de aquel lance que le desorienta y le disgusta. Además, desde la hora en que quedó definitivamente concertado se han producido ya varias dificultades o tropiezos, que a pesar de su experiencia no pudo prever y que en su concepto estricto perjudica la seriedad de estos asuntos...

Primero, el tiempo; esa lluvia pertinaz y odiosa sobrevenida con el alba y que le obligaba a encerrar, entre las cuatro paredes de una sala de armas, todo el aparato de un lindo duelo a espada, que para gustos clásicos reclamaba a gritos aire y sol, y cielo abierto, y muchos metros de tierra para los pies... En seguida ese otro asunto del local... El intendente del Círculo negándose a permitir la realización del encuentro en la sala

de la casa, sin orden expresa de las autoridades de la misma, obligándole a salir a escape a recabarla, y por último este descuido imperdonable de los cuatro padrinos, que se vienen, unos, con un juego de espadas que no es tal juego, porque entre las dos armas hay una diferencia de más de un centímetro en el diámetro de las cazoletas, y los otros, los de Fortunato, con una hoja llena de esquirlas y además tan floja, que a todas luces debe tener rota la espiga dentro de la empuñadura... ¡Ah!... Como le revientan esas torpezas y despreocupaciones de los ignaros!... ¿Por qué se meterán en lo que no saben?

E Hilario, impaciente, se acerca a uno de los grandes y fríos ventanales de la sala, empañados a la sazón por la lluvia, para tratar de ver si vuelve el hombre que envió hace media hora, por sus dos juegos de espadas, cuando Zacarías Bustongorry, uno de los padrinos de Alfonsito, entra bruscamente en la sala, muy risueño, restregándose las manos y tropezando en una pedana:

—¡Brumn!... ¡Qué frío!... ¡A la pucha, che!... ¿No vino ése todavía?

—No.

Por más que tenga con él una buena relación, a Hilario le disgusta ver a Zacarías metido en esta clase de asuntos... Es un poco patán en su aspecto y en sus maneras y, además, uno de esos hombres que nunca parecen tomar en serio las cosas de los otros, por graves o dolorosas que sean... Por eso al verle entrar atolondrado y risueño como de costumbre, Hilario, que recuerda que no lo estaba tanto cuando se batió a sable con un tal Somellera, le pone una cara bastante fría.

Pero el otro, en su natural aturdimiento, no repara en ello o no le importa «un pito» y arropado en su gran

gabán a cuadros, peludo y extravagante, se pone a pasearse a lo largo de una pedana, «sacándose mentiras» de sus dedazos y pateando fuertemente el piso:

—¡La pucha!... Esta sala es una heladera y de las otras no te digo niente...

Y en seguida y sin transición alguna:

—¿Te has fijado, che, en la cara de «El Gringo»?...

Hilario contrae el ceño:

—No... ¿Qué tiene?...

—¡Caracho!... ¡Tiene que está pálido, amarillo; que parece un muerto!...

—Me dijo que había estado con neuralgia..., que no había podido dormir en toda la noche...

—No sé..., pero te juro —como le decía recién a San Payo—, que si no le conociera tanto a «El Gringo», creería que estaba asustado..., ¡palabra!

Hilario se alza ligeramente de hombros y vuelve a mirar al través de los cristales de la ventana, el cielo hosco y gris de la calle desierta bañada por la lluvia; pero Zacarías continúa impertérrito:

—¿Y Alfonso, en cambio?... ¿Te has fijado en lo bien que está Alfonsito, che?... ¡Mirá! —aquí para «inter nos»— ¡Palabra que me ha sorprendido!... Vos sabés muy bien...

Pero Hilario, apartándose vivamente de la ventana, no le deja continuar.

—¡Ahí está! —dice—. ¡Vamos, che!...

Y seguido de Zacarías, que se suena ruidosamente y que vuelve a tropezar en la pedana, sale a encontrarse con el hombre que trae las armas...

V

Los médicos están desinfectando las hojas, e Hilario, cuidadoso y atento a todo como siempre, haciendo quitar a Alfonsito el cinto que lleva, porque tiene una gran hebilla cincelada, cuando un hecho insólito le hace volverse atrás y dirigirse hacia el otro extremo de la sala.

Fortunato, que está allí con sus testigos, acaba de levantar la voz en tono agrio:

—¡Bueno, basta!... ¡Caramba!...

Y es que uno de ellos, Juan Lecochea, un oficial del ejército, muy buen amigo suyo y a la vez de Alfonsito, ha concluído por exasperarle con sus exhortaciones vehementes al perdón y a la misericordia...

El bondadoso muchacho, que conoce la fuerza del mozo, la violencia de su carácter y que le está viendo ceñudo y crispado como un asesino, ha querido, tal vez, tranquilizarse...

Hilario llega y tomando por un brazo a Fortunato, le aparta suavemente de sus testigos y le lleva a un ángulo de la sala:

—¿Qué tienes, «Gringo»?... ¿Sigues enfermo acaso?

Fortunato se esfuerza por sonreír:

—¿Yo? ¡No tengo nada! ¡Absolutamente nada! ¿Por qué?

—Estás muy nervioso. Nunca te he visto así...

—¡Pues no tengo nada!...

Y los dos hombres se miran por un instante el fondo de los ojos... Fortunato, adusto y con expresión de desafío, y el otro entre interrogador y preocupado.

—Bueno: estate tranquilo —dice al cabo Hilario—, ya

vamos a concluir... Total, no será nada... ¿Verdad?...

Y al apartarse le sorprende a Fortunato una mirada que le deja disgustado y perplejo:

¿Ha sido de desconfianza, de odio feroz o de locura?... ¡De todo había!...

VI

—¡A ustedes!...

Y soltando las hojas tendidas, Hilario se aparta vivamente, empuñando resuelto la espada que tiene en la mano, y atento a la primera actitud de Fortunato, que según sus cálculos ha de darle la clave para descifrar «muchas cosas»...

Pero los adversarios no se mueven. Alfonsito, después de retroceder aquel paso prudente que prescriben los cánones, se ha inmovilizado en el sitio, bien perfilado y bien cubierto, y Fortunato, que no ha retrocedido, con la espada en una tercera tan baja, que casi apoya la cazoleta en el muslo, lleva la mano libre al cinturín y se lo arregla con la misma despreocupación de un matarife ante una res indefensa...

Y transcurren así veinte segundos solemnes de inmovilidad y de silencio absolutos. Todos los circunstantes han palidecido un poco y avanzan las caras endurecidas por la emoción, unos contrayendo las cejas, otros entornando los párpados. Sólo aquel médico alto, flaco y de faz cadavérica continúa como si tal, dando la espalda a la escena y disponiendo sus cosas sobre un banco...

De pronto, Fortunato ejecuta un paso rápido para ponerse a distancia y todos se estremecen, pero Alfonsito, con el brazo tendido como una percha, lo anula de inmediato retrocediendo...

Fortunato entonces y después de echar una mirada de reojo a San Payo, que es de los que están allí, el más fuerte en esgrima, se pone a tratar de despabilar a su adversario, ya avanzando con cortos y veloces pasos, ya retrocediendo.

Pero Alfonsito retrocede, retrocede siempre con el arma tendida y el brazo casi rígido, sin preocuparse de recuperar el terreno que va perdiendo. En esa forma, es imposible que haga algo antes de llegar a la descalificación y aun, que puedan hacérselo, como no sea en un gran ataque a fondo y a toda fuerza de piernas...

Parece que se hubiese olvidado en absoluto de todo lo convenido o que se quiera burlar de Fortunato...

Éste, con las mandíbulas apretadas por la ira que comienza a invadirle, avanza y avanza haciendo unos «envites» de cuarta, grandes como una casa, pero, como cuanto más avanza tanto más retrocede Alfonsito, resulta que nada se hace, con extrañeza de Hilario, del testigo San Payo y de cuantos entienden allí algo de armas, y que si bien podrían hallar la razón del continuo romper del uno, no encuentran nada que explique la rara inacción del otro...

San Payo llega a pensar que aquello se deba quizá al capricho un poco perverso de Fortunato de «meter una respuesta», y Juan Lecochea, poco ducho en esgrima, pero cada vez más escéptico con respecto a los sentimientos generosos de su amigo, juraría que antes de pocos segundos «El Gringo» va a hacer una atrocidad.

Y mientras tanto, el pobre muchacho, con los oídos resonantes de rabia y de bochorno, piensa que todos aquellos hombres están ya a punto de descubrir la odiosa farsa y que él, por salvar la honra del otro, se encuentra al borde de perder la suya...

«¡Ah, pero eso no ha de ser, como hay Dios!»

Mas en el mismo instante oye sorprendido la voz de Hilario que manda hacer alto y le ve interponerse resueltamente con su espada en segunda.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunta casi sin saber lo que dice, pero Hilario, muy serio, sólo le contesta con un ademán expresivo de su mano libre y dice a Alfonsito:

—Debo advertirle, que sólo queda detrás de usted poco más de un metro de su terreno...

—¡Ah!... ¡Bueno, bueno!

Y Alfonsito, muy azorado, gira hacia atrás la cabeza, como para confirmar la verdad de aquel acierto...

Después, Fortunato que no consigue que su amigo obedezca a los llamamientos desesperados de sus ojos, ni que dé un solo paso hacia adelante, ni aún retrocediendo él mismo en la forma más sospechosa y más absurda, cree ver de pronto la luz de la salvación en un pedacito, en una nada de guante gris, que por el lado externo y al borde mismo de la luciente cazoleta, deja ver la mano de Alfonsito ya fatigada sin duda por el esfuerzo...

Y resuelto ya a traicionarle como se traiciona a un niño miedoso, para sacarle algún diente, Fortunato no vacila un segundo y bien cubierto en sexta, con todo el empuje y velocidad de sus tremendas piernas, se dispara sobre el pequeño blanco como un rayo...

Pero la suerte no le ayuda. El golpe errado por una diferencia de un centímetro, estalla como un tiro en la cazoleta del arma de Alfonsito, arrancando chispas, y éste, con un gran salto nervioso, se pone inconsciente al límite extremo de su campo...

Hilario vuelve a mandar hacer alto y mientras los médicos revisan la mano de Alfonsito a la sazón lí-

vido ya y completamente dominado por el miedo, le previene de nuevo:

—Debo advertirle que está usted en el límite mismo de su terreno...

—¡Ah!... ¡Bueno! ¡Bueno!

Y después de mirar hacia atrás y en tanto que sus padrinos le calzan el guante y le ciñen de nuevo el cinturón, Alfonsito torna a fijar sus claros ojos en los de su amigo, y en su trastorno no le parecen ya los de un hombre, sino los de una bestia feroz que husmea la sangre...

...Y el mozo piensa con horror, que detrás de él sólo hay un pie de su terreno, y entre el límite de éste y el muro de la sala un metro escaso...

Por eso, al decir Hilario nuevamente: «¡A ustedes!» como Fortunato se queda inmóvil, fuera de distancia, Alfonsito no se mueve tampoco y tan descolorido que su cara se borra sobre el fondo blanco de la pared que cae a sus espaldas, tiende la espada todo lo que puede al extremo de su brazo casi rígido. Con sólo mirar la dilatación de sus pupilas y el temblor continuo que sacude su cuerpo y que la hoja de acero traduce como si fuera la manecilla del manómetro de su corazón, se pensaría que el mozo se halla tan al cabo de sus energías morales, como lo está de su terreno.

Y así es, en efecto: Alfonsito, completamente desmoralizado y resignado ya, sólo aguarda un amago de ataque, para saltar al pavoroso abismo de deshonor que tiene a sus espaldas.

Y esto, que todos los testigos sospechan, lo sabe también Fortunato, que no se atreve ni a moverse ni a respirar siquiera, mientras busca en el caos de su cerebro algún expediente que le salve.

Pero como comienzan a correr segundos y más segundos, en medio de aquella expectativa muda, que el alentar fatigado de Alfonsito hace tan penosa, sin que Fortunato modifique su actitud, los testigos empiezan a moverse y así ocurre que después de transcurrido el primer minuto, que a todos les parece una eternidad, uno de ellos, San Payo, no puede más y vuelve la cara hacia el oficial Lecochea, que está a su lado para sonreirle levemente su nerviosidad y su extrañeza... Y es entonces, y cuando gira de nuevo el rostro hacia los duelistas, que se queda pasmado de sorpresa y de asombro:

Fortunato, siempre en guardia, pero con la cara completamente vuelta hacia él, le está mirando fijamente con una expresión tal de ira salvaje en sus ojos negros, que el testigo de Alfonsito, dominado, aturdido, no sabe qué hacer y bajando los suyos, se aplica a mirarse el dorso de una mano, hasta que Hilario, atento a todo, le cubre discretamente con su cuerpo.

Fortunato entonces desvía su mirada, se pasa nerviosamente por la boca, la mano que tiene libre y vuelve a encararse con su adversario, rectificando la guardia...

Y después todos pueden ver claramente lo que ocurre:

Fortunato se sienta mucho en la guardia irguiendo el busto y contrayendo todos sus músculos como los espirales de un gran resorte...

Alfonsito, con los ojos enormemente abiertos y jadeando de angustia cardíaca, tiende la espada todo lo que puede, listo para saltar atrás...

Hilario, con disimulo, se corre un poco hacia el lado del más débil, diciéndose con angustia: «¿A que toda-

vía lo alcanza en el aire al muy?«... Pero no puede terminar su frase mental...

Con un gemido sordo y completamente descubierto en una suerte de enorme y loco envite de sexta, Fortunato acaba de lanzarse sobre Alfonsito, con todo el empuje de sus piernas...

—¡Alto! — grita Hilario, arrojándose decidido hacia los combatientes, pero cuando llega a ellos, le paraliza el asombro.

Pecho a pecho y como si se abrazaran fraternalmente, los dos adversarios están inmóviles contra la pared de fondo de la sala, de donde el choque violento de una empuñadura acaba de arrancar un trozo de revoque...

En el primer instante Hilario no ve, no puede ver el rostro de Alfonsito, porque la alta estatura y el ancho busto de Fortunato se lo ocultan, pero en seguida, que una espada cae sobre el entarimado con gran ruido y la frente del mozo se abate de golpe sobre el hombro derecho de su amigo, Hilario ve surgir la cara de Alfonsito, como una verdadera máscara de espanto y le oye implorar en un balbuceo lloroso de niño amedrentado:

—¡Sacalo, che!... ¡Sáquenmelo!...

Y el mozo va a poner ya sus manos sobre los hombros de Fortunato, cuando el médico aquel de la faz cadavérica le dice interponiéndose y apartándole suavemente:

—¡Cuidado, señor!... ¡Cuidado!... Que me parece que tenemos aquí una grave hemoptisis...

E Hilario, horrorizado, advierte recién que Fortunato respira estertorosamente, que lo está bañando en sangre a Alfonsito y que por el omóplato izquierdo le asoma un palmo de acero...

VII

Han transcurrido algunos años y en una asamblea política un caballero alto, rubio y muy bien plantado está hablando a sus correligionarios con voz reposada y persuasiva, cuando desde el centro mismo de la sala otro caballero, un joven de labios burlones y de ojos atrevidos, le dirige una interrupción impertinente.

El caballero alto y rubio no la oye o no quiere oirla, y continúa impasible su discurso, por lo que el otro, despechado, se dispone a insistir, cuando uno de sus vecinos de asiento le previene en voz baja:

—¡Cuidado, che!... No se meta...

—¿Por qué?...

—¿No sabe quién es ése?...

—No.

—Ése es Riogran, el que lo mató en duelo a Fortunato Malatesta...

—¡Y a mí qué me importa!...

Pero algo debe importarle sin duda, porque no vuelve a interrumpir al caballero alto y rubio, en ningún período de su largo discurso...

EL PAQUETITO

EL PAQUETITO

I

Cuando Juan se pone ante el espejo del cuarto de vestir, para hacerse la corbata, Zaida, su mujer, que está allí, muy cerca, rizando con las tenacillas eléctricas la cabellera lacia de «La Nena», levanta los bellos ojos negros y le desliza con un ligero acento de reproche:

—¡Caramba!... ¡Qué elegancia!...

Juan vuelve hacia ella su cara de cuarentón sano y cuidado, y, sonriéndole con todos sus blancos dientes, le pregunta sin responder al comentario:

—¿No te parece un poco chillon esta corbata?

—No... ¿Por qué?... — Pero en seguida y tras una leve contracción de cejas, la joven señora, volviendo a su tarea, comenta de nuevo como «al pasar»: Te has puesto el traje gris...

—Sí — responde Juan, que se halla aún en cuerpo de camisa y a tiempo en que echa una ojeada a su pantalón impecable—. El otro está bastante lustroso.

Zaida guarda silencio por espacio de algunos segundos, pero en seguida y después de «desenchufar» las tenacillas, pregunta casi sin acento:

—¿Te verás en el club con esos señores?...

—No, m'hija, no —se apresura a contestar Juan, que en ese momento comienza a ponerse el chaleco como acometido de repentina prisa —. Debemos vernos en los Tribunales... ¡Caramba!... ¡Y ya son las cuatro!...

—Menos cinco...

—Sí pero... — Mas como en ese momento, La Nena, una muñequita de tres años, con los mismos ojazos de la mamá y la misma barriguilla incipiente del papá, hace además de tomarse de una de las perneras del pantalón, el «pero» queda en el aire y Juan tiene que esquivar la traviesa manecita retrocediendo alarmado —. ¡Eh!... ¡Chito, nena!...

Después y cuando la mamá ha atrapado a la niña vuelve a hablar recién, poniéndose el saco:

—Si consigo el asunto ése... ¡Vas a ver qué «papa», «Negra»!

Pero La Negra, que a la sazón acaricia maquinalmente la rizada cabecita de su hija, no parece haberle oído, porque con una vaga expresión de angustia en los negros ojos le recomienda quejosa:

—No tardes esta noche, Juan. El lunes llegaste después de las nueve y el miér...

Juan volviendo bruscamente el rostro, la interrumpe apurado por tranquilizarla:

—¡Pero no, m'hija!... Estate tranquila. Te aseguro que antes de las nueve estoy aquí...

—El lunes llegaste a las nueve y diez y el...

—Ya sé, querida, pero fué una casualidad, un accidente... ¿No te lo expliqué lo más bien el otro día?

Y un poco enervado, se pone a cepillar ante el espejo su traje flamante, en tanto que ella, fijos los ojos en la carpeta del piso, juega de nuevo distraídamente con los cabellos retintos de la criatura.

Al cabo de algunos segundos propone él, muy animado y a tiempo que coloca en los bolsillos del traje sus mil y una cosas:

—¿Mañana, si te parece, podemos ir otra vez al cine?... No sé si te fijaste... Anuncian en él... — mas como en ese momento mismo advierte la actitud desolada de su mujer, se interrumpe de pronto y se le acerca solícito —. ¡Oh!... ¿Qué es eso?... ¿Qué te pasa, Negra?...

—Nada...

Contesta la señora en ese tono mimoso y dolorido que expresa todo lo contrario.

—¿No te encuentras bien?

La señora guarda silencio por un espacio de tiempo que a Juan le parece una eternidad y por último dice sin dejar de mirar las pálidas flores de la carpeta que cubre el piso de mosaico:

—Estaba pensando en eso que le ha pasado a «La Guga» con el marido... ¡Qué derrumbamiento, qué catástrofe..., Dios mío!...

Juan, con toda justicia, hace un mohín de extrañeza y al cabo conviene, por convenir en algo:

—¡De veras!... ¿Eh?...

—¡Y pensar que a cualquiera le puede ocurrir lo mismo!...

Él la mira un instante contraídas las cejas y en seguida comenta riendo:

—¡Ay, qué loca, mi vida!... ¡Las cosas en que se pone a pensar!...

Ella sonríe también, pero en seguida, y relampagueantes los ojos de una brava expresión agresiva, que ha heredado sin duda del abuelo materno (gallardo teniente muerto en «El Boquerón de Piris» y cuyo re-

trato puede verse aún en el álbum de la familia), afirma con energía:

—¡Y claro!... «La Guga» no sabía, no sospechaba nada y sin embargo... ¡Ya lo has visto!...

—¿Qué he visto?

—¡Qué la engañaba como un canalla, como un sinvergüenza, como un chancho!... ¡Eso has visto!...

Y como sonríe ella del exceso de sus propias palabras, Juan ríe también y después replica ya serio y con un acento entre paternal y ofendido:

—No conozco el asunto, querida, ni sé en qué pueda interesarnos a nosotros. Tú no eres como ella ni yo como él, me parece, y...

La bella señora no le deja terminar:

—Yo no sé nada, yo sólo sé que la engañó y que..., que lo mismo podría sucederme a mí.

Él al oirla levanta los brazos en un gran ademán de desaliento:

—¡Oh, vida!... ¡Ya empezamos!... ¡Por favor!...

—¡Claro!... ¿Acaso sé yo que tú no me engañas? Al fin y al cabo bien podrías hacerlo cuando andas por ahí todo el día... ¿No podrías acaso...?

Y formula la pregunta con una sinceridad tan honda y una expresión tan ingenua en la amada carita, que Juan, esforzándose por dar a la suya el más fiero aspecto, afirma ceñudo mirándola en l ojos:

—¡Claro que podría!... ¿Qué te has figurado?...

Mas en seguida y al «¿No ves?»..., infantil y desolado que se le escapa a ella en su ofuscación, ríe el hombre y tomándole la cabecita entre las manos, dice besándola efusiva —. ¡Claro que podría, mi reina, pero no quiero, porque para mí no hay más que este tesoro en el mundo!...

Ella entonces, entre enojada y sonriente, hace un esfuerzo para apartarlo y en seguida desprevenidamente, cae sobre cierto asunto muy viejo y muy debatido:

—¡Sal!... ¡Déjame!... ¿Te acuerdas de la rubia, de la rubia de la boina azul que saludaste en «El Bosque» y que después dijiste que no?

—Yo no la saludé, hija. Ya te lo he dicho un millón de veces...

—Ella te saludó.

—Me saludaría, no digo que no, pero a quienes yo saludé fué al doctor Equis y a la señora.

—Pero ella te saludó, yo lo vi...

—Me saludaría, porque me saludaron los otros, como hacen las gentes bien educadas.

—¡Educadas!... ¡Tenía una facha!... ¡Te juro que me pareció una loca!...

Él mira el piso con los párpados entornados:

—No sé quién es, no la conozco.

—¡Bien que te miró y bien que la miraste!... ¡Yo no soy zonza!...

—¡Oh, y dale!... ¡Por favor, vida!...

—¡Y qué quieres! — contesta la señora entonces y agrega en seguida apoyando el índice diestro entre las dos negras alas de sus cejas —. ¡Pero te juro que la tengo aquí desde entonces!...

Juan medita un instante fijos los ojos en las agudas y largas punteras de sus zapatos y al cabo dice con firme y ofendido acento:

—Haces mal. Soy un hombre serio, siempre me he portado bien contigo y no creo merecer ningún reproche. Desde que nos casamos no he faltado de mi casa un solo día, ni salido una sola vez de noche como no

fuera en tu compañía. Bien lo sabes: del trabajo a casa, desde hace cuatro años...

La señora levanta la cabeza:

—¿Y no te fuiste a San Nicolás?...

—¿A San Nicolás?... Pero... ¡claro, hija!..., me fuí una vez a San Nicolás a enterrar a mi tío — y añade entre sofocado y burlón —. ¿Me imagino que no pretenderás que lo enterrara por teléfono?

—¿Pero fuiste?...

Ante tal dechado de lógica, Juan no puede hacer otra cosa que reír y ríe besando sabia y reiteradamente a su mujercita en los ojos y en la boca, hasta que consigue que se ablande y le devuelva sus besos.

—¡Malo!...

—¡Delicia mía!...

Sin embargo, cuando se han despedido ya y trémulo de prisa se está poniendo el sombrero ante el espejo de la bastonera del hall, Juan tiene una sorpresa: Zaida, llena de gracia, de amor y de ingenuidad, viene de nuevo a echarle los brazos al cuello y a recomendarle casi llorosa:

—¡Vida, no me hagas ninguna picardía!...

II

—¡Salí!... ¡Todos son iguales, che, y el que no la ha hecho la está por hacer!... ¡Palabra de honor!... ¡Te lo juro!...

Y Nympha, alzándose vivamente del asiento, va a retocarse los labios ante el espejo del «toilette». Es una bella mujer de ojos oscuros y cabellera platinada, una mujer flexible y ágil como un adolescente, pero su

carita cenceña, curtida por los soles de las piletas y de los balnearios denuncia ya, en ciertos gestos, la huella de los años.

A Zaida no le es simpática, pero allá en el fondo de su ingenuidad de muchacha criada «a la pretina», la admira un poco, por dinámica, por valiente, por introducida, por todo eso en fin, que ella no es ni podrá ser nunca por temperamento o por principios. También le tiene un poco de miedo a Nympha. La interesante señora la asusta o la mortifica muchas veces con sus desplantes audaces, sus descreimientos y hasta con la atrevida despreocupación de su lenguaje. Cuentan las de Perry, que cuando «se operó» de «fibroma», su bella boca emitió bajo la acción del anestésico interjecciones tales, como para hacer sonreír a los doctores tras el severo recato de sus máscaras.

Pero no puede negarse que Nympha es una mujercita interesantísima y extraordinariamente cuidadosa de su personalidad física y del culto de la diosa Moda. No hay uñas tan encarnadas como las suyas, ni labios tan rojos, ni senos más expuestos, ni faldas más ceñidas, ni boinas más aplastadas, ni saquitos más cortos. Goza además de una libertad absoluta, y como su inquietud ingénita o congénita no le permite estarse quieta en ninguna parte, raro será el día en que no se traslade a Buenos Aires (la gran selva), ya en auto, ya en tren, «solita su alma», y las más de las veces para comprar algunas insignificancias de esas que están en X, en todas las vidrieras... La mamá le sacó una vez la cuenta. Para adquirir en Buenos Aires algo que en X, costaba cincuenta centavos más, Nympha se gastó más de ocho pesos en nafta. En tiempos de la pollera corta llegó a exagerar una vez tanto la moda, que su marido,

alarmado, le hizo una observación, que Nympha no halló motivo para atenderla, porque habiendo consultado en seguida a un joven elegante que acababa de presentarle, éste le dijo con toda sinceridad que, por el contrario, aquella pollerita le quedaba muy bien...

—¿Querés un «Ario», che?...

—¡No! — se apresura a rechazar la esposa de Juan con un ademán tan acentuado que resulta casi cómico —. ¡No, gracias, Nympha!...

—¿No te dejan todavía?...

Zaida tiene una ligera contracción de cejas y en seguida contesta en tono resentido:

—Soy yo la que no quiero; no me gusta...

—...«¡tariola!»...— y después de sentarse sobre el brazo del asiento que ocupa Zaida y de golpear el extremo del rubio cigarrillo sobre la uña, de un rojo impresionante, de su pulgar izquierdo, invita muy amable:

—¿No querés que vamos hasta el cine?... Dan «Vidas privadas», che... Reginal Dennis está hecho una papa y Montgomery..., ¡no te digo niente!...

Zaida, que conoce la opinión de su marido sobre Nympha y lo mucho que le disgusta una relación que tan sólo se mantiene por la constancia y escasa susceptibilidad de la dama, recurre a una mentira escandalosa:

—¡Ah!... Cuánto lo siento, Nympha, pero Juan que tiene hoy una tarea extraordinaria me dijo precisamente que desea comer esta noche bien temprano, para trabajar después...

—¡Bah, bah!...

—¡Te lo aseguro, Nympha!... Me pidió que comiéramos a las ocho...

Nympha, siempre sobre el brazo del mueble, entorna mucho los párpados violáceos y después de arrojar hacia lo alto una humarada de su cigarrillo, dice indiferente:

—Hoy lo vi a Juan en el auto, me parece... ¡Iba hecho un bacán!...

—¡Sí!... ¿Dónde?...

—Por allá por 60... ¿sabés?... Yo venía de lo de Nieves, la modista..., pero... ¡che!... ¿Qué te pasa?...

—¡Nada, nada!...

—¡Pero cómo no!... ¡Si te has puesto más colorada que un tomate!...

—¿Yo?...

—Sí... ¡Caramba!... ¡También yo, qué bárbara que soy!... ¡A lo mejor ya metí la pata hasta la liga!...

Zaida, que se ha puesto tan pálida, que sus ojeras resaltan como dos manchas en la blancura mate de su tez, apenas parece tener fuerzas para esbozar un vago gesto negativo, y la otra, que advierte su trastorno conmovedor, se apresura a acariciarla y a aclararle riendo:

—¡Pero che!... ¡No te pongas así!... Te digo que me pareció, pero no estoy segura... ¿Acaso vos?...

La mujer de Juan, haciendo sin duda un esfuerzo sobrehumano para disimular su emoción, baja los ojos y sonríe:

—No sé..., tal vez... No me dijo a dónde iría...

Nympha abandona entonces el brazo del asiento y casi en un salto va a ponerse una vez más ante el espejo y desde allí pregunta a tiempo en que se pasa el cisne por la cara:

—¿Vos, che, nunca le revisás los bolsillos a tu marido?...

Zaida abre mucho sus ojos casi coléricos:

—¿Yo?... ¿Y para qué?... ¿Estás loca?...

—¡Y!..., para pescarle algún descuido... ¡Son de zonzos, che!...

—No... Yo no...

—¿De veras?

—Te lo juro.

—¿Y por qué, che?...

—¡Caramba!... Porque no me gusta, porque me parece una indignidad.

—¡Oh, bah!... ¿Y si te engañara?...

Por los negros ojos de Zaida pasa como una fulguración, pero se contiene y alzándose de hombros sonríe en una mueca:

—¡Y!... ¿Qué le iba a hacer?...

—¡Qué resignación, ché!... ¡Ni un conejito! — y asentándose con los dedos mayores sus cejas filiformes, en seguida añade divertida —. Yo sí, che... ¡Ah, ah!... ¿A que no te imaginás de qué manera me lo pillé a Alejandro la primera vez? — y como Zaida, abrumada, hace otra vez un gesto negativo, Nympha vuelve a ocupar con un salto de colegiala su anterior sitio junto a aquélla y después de pasarle por el hombro su tostado y desnudo brazo comienza en un tono entre confidencial y burlón —: Mirá, che: por una flor..., ¿querrás creer?, por el pétalo de una flor, mejor dicho, por un pétalo de una rosa... ¡Te juro! ¡Mirá!... ¡Qué me caiga muerta!... Bueno... No haría un año que me había casado con Alejandro, cuando noté que le empezaba a «ratear» el corazón al hombrecito (vos sabés que no hay mujer boba

que sea que no lo palpite y si es celosa por amor o amor propio, «más mejor», como dice la de Piombo, que ese «estado patológico» afila la entendedera como navaja de barba)... Empezó él a «ratear» y yo a desconfiarle...

Zaida la interrumpe para preguntarle con una expresión de angustia infantil en la hermosa cara:

—¿Un año dijiste?...

—¡Claro! — le responde la amiga riendo —. Si es de lo más sinvergüenza... ¡Vos no sabés!... — y como si se tratara de un asunto ajeno y trivial Nympha prosigue animada y sonriente. — Bueno, como te decía: Empecé a desconfiar o más bien dicho a desconfiarle a una tipa a la que noche a noche encontrábamos en el cine con su marido. Ya les había interceptado algunas miraditas, pero «como es natural», Alejandro no la conocía... ¡Ah, ah!... Pero como yo no soy ninguna «gila», en seguidita, les largué el «S. O. S.» a todos mis medios y..., ¡vieras qué informaciones, che!... ¡Una rea, che, una rea de lo más «periculosa» y para peor lindísima!...

—¡Uy!...

—¡Te juro, che!... ¡Una verdadera vampiresa y... ¡ya te di también las iniciales!: ¡Nicle Mille de Pallaestrón!... ¡Ja, ja, ja!... ¿No la conocés?...

—No...

—Es cierto. Ella es mucho más vieja que vos... Ahora dicen que está muy fea y gorda como una vaca, pero entonces —te hablo de hace años y de cuando todavía vivía con el marido—, entonces era linda de veras como un diablo... ¡Mirá!... ¿Cómo te diré?... Un tipo a lo Norma Shearer... ¿Sabes?... ¡Sí! ¡Eso es!... ¡A lo Norma Shearer, ni más ni menos!... ¿Qué me batís?...

—¡Es verdad!...

—Bueno... Como te decía, yo me jugaba el dato casi en fija porque el metejón de Alejandro era clarito y además, él no es hombre de quedarse en las cintas; pero..., ¿cómo obtener la certeza de la porquería que me estaban haciendo?... ¡Ah, ah!... Agarré, me hice la osa, pero empecé un trabajito a lo Nik Carter... ¿sabés?... Espiar, registrar, averiguar... ¿Comprendés, che?... Hasta que un buen día..., ¡zás! «¡cayó el chivo en el lazo!»

—¡Oh!...

—¡Parate!... Verás... Era en invierno —junio me parece— yo andaba «con una neura» no sólo por eso que me freía la sangre, sino también porque nos habíamos secado en las carreras como lengua de loro; no me daban nunca un nombramiento que el doctor Generous me había prometido para que pudiéramos ir a fin de año a Mar del Plata y..., ¡en fin, che, por una punta de cosas!... Bueno, Alejandro que había salido de casa a la tardecita, hecho un bacán, y para pior llevándose el auto, llegó de vuelta recién a eso de las once y con una cara de ayunador que era como para morirse de risa; pero yo, que estaba con los nueve y que me las había pasado llorando como una imbécil desde las ocho, le armé una tan macanuda, que no tuvo más remedio que salirse rajando para un hotel a eso de las dos de la mañana... ¡Ja, ja, ja!...

—¿A un hotel?...

—¡Y claro!... ¿A dónde querés que se fuera a semejantes horas?... Se fué a un hotel como te digo, y yo como no podía revisarle la ropa porque la tenía puesta, me fuí también, pero al garage, como tantas otras veces desde que me lo relojiaba, a fin de inspeccionar el auto —un cinco asientos cerradito que teníamos entonces—, y aunque apenas lo abrí ya me pude dar cuenta de que allí

adentro a todo olía menos a tu segura servidora, en cambio nada conseguí encontrar que sirviese de orientación en mi pesquisa... Perfume de otra y nada más, che...

—¡Qué horror!...

—Esperate... Pero antes de apagar las luces —lo más desalentada ya—, ¿no se me ocurre «la lúmine» de ir a mirar en el pescante?... ¡Ja, ja, ja!..., y ¡allí estaba la punta del hilo, querida!... ¡Ay, qué papa, qué delicia, che!... ¡En el piso del auto y junto mismo al reborde de la portezuela izquierda estaba «él», el rico, el tesoro, la maravilla, che!... Un gran pétalo de rosa rojo oscuro y que parecía de terciopelo...

—¡Oy!...

—¡Y cómo te va!... Te juro que casi me desmayé de gusto y que lo guardé como si hubiera sido mi alma... ¿Imaginate qué pista, aquí en esta ciudad y en invierno, un pétalo de algo así como una «Juan Souppert» grandote como una oreja?...

—Lo guardé como te digo, y a la tarde siguiente y mientras Alejandro —que había vuelto bastante «hecho» — dormía como una piedra, agarré el auto y me fuí derechito a lo de las Perry, las viejas esas tan relacionadas y tan buenas que se conocen todo lo malo que ha pasado en la ciudad desde su fundación hasta nuestros días... ¡Y qué bien me ayudaron las pobres, che, con el pétalo a la vista y peleando las unas con las otras tan excitadas, como si hubiera sido a ellas y no a mí a quien engañaba Alejandro!...

¡Bueno!... Una vez bien asesorada en materia de floricultura local, agarré otra vez el auto y me largué a recorrer florerías y al llegar a la segunda..., ¡zás!..., en la vidriera el gran mazo de rosas al que perteneció mi pétalo o por lo menos su «fratello»...

«—¡Buenas tardes! —le dije al coso—. Me intereso por esas rosas que tiene en la vidriera»...

«—¡Ah... Son muy buenas, señora: «Triunfo de Anger»... Fresquitas, cortadas ayer a última hora —me respondió él, muy amable—. ¿Cuántas quiere?...

Pero yo, que necesitaba algo más que eso, añadí poniendo cara de gila:

—No... ¿sabe?..., es que mi hermano y su señora compraron aquí anoche unas muy parecidas y yo quisiera llevar de las mismas... Un mozo alto..., ¿sabe?..., de traje azul y una señora...

El hombre, vacilante, miró primero a un muchachón que en ese momento barría el piso del despacho detrás del mostrador y después dijo con desgano:

—Si llevaron tienen que haber sido de ésas, porque «no se tenemo di otra»...

Pero yo insistí con paciencia:

—Un señor y una señora muy linda, muy parecida..., ¿sabe?..., a Norma Shearer, esa artista de cine, pero con un lunarcito aquí...

El muchachón rubio que barría se irguió repentinamente al oír el dato y me miró con unos ojos de recién despierto:

—¿Norma Shearer, diga?... ¿Un lunar, diga?...

—Eso es. Un lunarcito aquí, junto a la boca...

—¡Ah, ah! —me contestó el muchacho, contento como si hubiese acertado un batacazo de veinte arriba... Me recuerdo. Vinieron en un auto verde me parece... Ya íbamos a cerrar... Ya íbamos a cerrar... Yo mismo los despaché. Llevaron doce...

—¡Bendito muchachón rubio!... ¡Te juro, che, que de buena gana lo hubiera besado como..., como una vampiresa!... ¡Palabra!...

Zaida —muy pálida y toda oídos— echa hacia atrás con un movimiento mecánico de sus dos manos la mata luciente de su cabellera y en seguida implora:

—¿Y después, Nympha?... ¿Y después?...

—¿Después, qué?...

—¿Qué hiciste?... ¿Qué ocurrió?...

La bella señora tiene un gesto entre despectivo y dolorido y en seguida agrega:

—¡Eh!..., y después vinieron las peleas y las macanas y los consejos y las intervenciones..., hasta que todo se arregló por fin y...

—¿Se arregló, dices?...

Y la carita de Zaida refleja ingenuamente, sus impresiones sucesivas, de asombro, de repugnancia y de angustia.

—¡Y claro! —responde la amiga encendiendo apresuradamente un nuevo cigarrillo—. Al principio, yo era una zonza, pero después pasaron tantas y tantas cosas que..., ¿sabés?..., ahora cada uno por su lado, como quien dice y..., ¡es lo mejor, che!... Ahora somos amigos...

—Pero tú..., ¿pero ustedes no se quieren, no pueden quererse ya?... ¡Oy, qué horror!...

—¡Bah!... ¿Y por qué no?... Ya te digo: Ahora somos amigos, pero sin celos y sin macanas...

La mujer de Juan cierra los ojos por espacio de algunos segundos: La elegante señora que está allí, en la mecedora, fumando y enseñándole la piernas hasta más arriba de las negras ligas, le parece una catapulta que acaba de arrojar un peñasco enorme contra la vieja muralla de sus principios seculares; le parece por un instante una fiera, un monstruo terrible que se apresta a devorarla. Por fin consigue decir con blando y asustado acento:

—Yo no te entiendo, Nympha... Tú eres una muchacha buena y...

—¡Y quién dice que no lo sea! —replica Nympha con energía—. ¡Pero se puede ser buena sin necesidad de ser zonza!...

—No comprendo...

—¡Claro!... Todas nos hacemos al principio muchas ilusiones, pero después aprendemos. Ahí la tenés a «La Guga», medio trastornada y dispuesta a separarse del marido, y ya verás después cómo se «civiliza»... ¡Ah, ah!... ¡Le doy cada conferencia, que «ti la ricomando!»...

Zaida al oír esto se ruboriza de indignación y replica con firmeza:

—¡Haces muy mal!... ¡Ella tiene toda la razón y yo en su lugar...

—¿Ah, ah?...

—... yo en su lugar no le volvía a mirar la cara a mi marido.

—¡Oh, bah!... Esas son cosas que todas decimos al principio, rica... Después se cambia de parecer...

A la joven señora, que se ha puesto a la sazón muy pálida, le fulguran los negros ojos.

—¡Qué esperanza! —replica con vehemencia casi colérica—. ¡Lo harás tú y no sé si «La Guga», pero otras no, te lo juro!...

Nympha mira un instante a la mujer de Juan, enarcando un poco las cejas y después sonríe:

—¿Qué harías?... ¿Te aguantarías?...

—¿Yo?... ¡Dios me libre!.... ¿Qué te has creído?...

—¿Y entonces?... Porque no te veo laya de vengativa, laya de «diente por diente», ¿no?

El concepto estricto de la dignidad y del honor femeninos, que le han trasmitido sin quebrantos cuatro generaciones, torna a incendiar de rubores el rostro de Zaida y la hace responder agresiva:

—¡Claro que no me puedes ver!...

Pero la otra no se inmuta:

—¿Y entonces?...

—¿Entonces, qué?...

—¿Qué ibas a hacer en el mundo?...

—¡Y nada!... ¿Qué iba a hacer?... ¡Criar a mi hija y..., embromarme como si se me hubiera roto una pierna o se me hubiese caído la casa encima!...

Y mientras Nympha sonríe meneando la cabeza y con un airecillo entre burlón y compasivo, Zaida, un poco avergonzada de su vehemencia, trata de suavizarse y agrega también sonriente:

—Te burlas..., pero para mí es así, Nympha, te lo aseguro... Yo no he tenido en mi vida otro amor que el de Juan... ¡De veras!... ¡Puedo jurarlo por lo más sagrado!... Yo me casé por amor y no por casarme. Yo no lo busqué, él vino y nos quisimos...

—¡Está bueno!...

—¡Te lo juro, Nympha!... Quizá a ti te parezca algo raro y ridículo, pero te digo la pura verdad; Juan ha sido mi único novio y hasta que lo conocí todos los hombres me inspiraban más bien repugnancia, me parecían unos asquerosos...

—¡Está bueno!... Pero... ¿Si te engañara?...

El rostro de Zaida torna a empurpurarse.

—¡Y dale!... Si Juan me engañase, si Juan me quitase la ilusión que me he forjado sobre él, allí mismo terminaría mi novela...

—¿Para siempre?...

—¡Y claro!... Será amor, será «amor propio» —como piensan algunos—, será rareza, será locura; pero... te juro que así lo haría en el caso... ¡Qué Dios no permita, Virgen Santa!... Por esta cruz te lo juro, Nympha: para

mí, las ilusiones ni se sueldan ni resucitan, y además, nunca podré ser ni filósofa ni farsante.

Nympha se queda por un momento pensativa y al cabo dice a la mujer de Juan, recogiendo apresuradamente la cartera y los guantes:

—¡Está bueno!... ¡Es malo pensar así, rica!...

—¿Por qué?

—¡Porque el mundo, querida, es como es y no como quisiéramos que fuese!...

—Yo soy también como soy, Nympha, y no puedo remediarlo...

—¡Vamos, rica, estás hoy «intransitable» y... ¡me rajo!...

—¿Intransitable?... ¡Oy!... ¿Por qué?... Tú me preguntas y yo expongo simplemente mis ideas...

—¡Claro, rica, si digo nomás!...

—Ya lo sé, Nympha...

—Pero, mientras que inquieta como un pájaro a punto de volar, la bella señora, canturriando un tango se retoca una vez más los labios ante el espejo del «toilette», la mujer de Juan, inmóvil y con las pupilas dilatadas, mira las flores de la carpeta del piso con expresión de no verlas...

III

Hace apenas dos minutos que la dejó en el mismo sitio de siempre —vale decir, en cierta calle penumbrosa, apartada y discreta, pero al paso de todos los tranvías—, y a la sazón, mientras ella, firme y erguida como un soldadito, aguarda en una esquina la llegada de algún coche del 6, que la deja a la puerta de su casa, él acelera su auto por

49, en procura de la suya. Es tarde «como un diablo», y para peor, al llegar a 7, se topa con «la salida de los cines» y el silbato del agente de tráfico le detiene. «¡Es lo único que le faltaba!»... Y mientras que con la enguantada mano en el volante y un poco crispado el rostro por la inquietud, sonríe saludando a diestra y siniestra a través de los cristales, Juan trata de hallar algún pretexto nuevo que justifique su tardanza, pero... ¡Nada!... Se diría que en el espacio de tres meses agotó a tal extremo su inventiva, que ya no quedan ni restos... «¡también la otra!... ¡Se pone cada día más cargosa; no acaba nunca de despedirse!... ¡Quién la veía al principio, tantos cuidados y tantos miedos!»...

Y apenas desaparece la visión mental de unos ojos profundamente azules, de una barbilla aguda, de unos labios escandalosamente rojos y de una rizada cabellera rubia, cuando ocupan su lugar las negras y bellas pupilas de Zaida, su mujer, que le miran desde muy cerca con aquella misma expresión irresistible y única que le fascinó hace años y que no ha perdido para él nada de su encanto:

—Soy un canalla... ¡Pobre Negra..., tan linda, tan noble y... tan distinta a las otras!...

Y por efecto sin duda de una de esas asociaciones de ideas que suele tener el cerebro en su incesante labor vertiginosa, de pronto Juan atrapa un recuerdo, un recuerdo insignificante y pueril si se quiere, pero que le alivia y le alegra de inmediato. Un gusto de su mujer, la afición tan consecuente de Zaida por ciertos «sandwiches» de anchoa que preparan en determinada confitería.

Y tan oportuno y salvador debe resultarle el recuerdo, que apenas el agente le da paso, saca la mano y cambia

de rumbo haciendo zumbar el motor en la curva atrevida de la virada.

En la confitería a esa hora casi desierta, Juan se apresura a pedir al primer empleado que encuentra:

—Buenas noches... «sandwiches» de anchoa... Una docena, prontito que estoy ap...

—Se han terminado, señor, pero si quiere esperar un minuto.

—¡Ah, caramba!...

—Se preparan en un momento.

Juan vacilante echa en rededor una mirada de aflicción y al cabo asiente en tono casi dolorido:

—¡Bueno, bueno!... Pero prontito..., ¿no?..., ¡por favor!..., que se me ha hecho muy tarde...

—Sí, señor; pierda cuidado...

Desaparece el mozo y cuando Juan se vuelve maquinalmente hacia la entrada de la confitería, se topa de manos a boca con uno de sus íntimos. «El Negro Simón», como le apodan los amigos:

—¡Hola, «Negro»!...

—¡Hola, Juan!... —y añade en seguida malicioso, tomando a su amigo por los hombros—. ¿Quieres decirme pedazo de sinvergüenza, qué estás haciendo a tal hora en esta confitería?

—¡Nada! —responde— Juan sonriente y alzándose de hombros—. Comprando una zoncera para mi mujer... ¿De qué te ríes?...

—Me río porque sospecho que ya debes haber ingresado en la cofradía de «El paquetito»...

—¿Yo?... ¿De qué paquetito?...

—Del paquetito del obsequio despistador. Todos los maridos sinvergüenzas cuando le han hecho alguna por-

quería a la mujer, se le presentan invariablemente con el dichoso paquetito.

—¡Está bueno!... —y Juan después de sonreír vagamente se acerca mucho a su amigo y le pregunta en tono de misterio, a tiempo en que le arregla el pañuelo del bolsillo del pecho en un forma que no debe ser del gusto del otro, puesto que no la ha elegido—. ¿Decime, che «Negro»?... ¿Qué le ha pasado a Sergio con la mujer?... Anoche oí un comentario...

«El Negro» se pone serio:

—¡Ah, ah!... A Sergio le ha pasado simplemente, que la mujer se le ha ido a casa de los padres.

—¿Por qué?

—Parece que se lo encontró al muy bobeta en Buenos Aires, almorzando con la viuda en el «restaurante» de una tienda...

—¡Qué bárbaro también!...

—Bárbaro y zonzo, che... Ya se lo había pronosticado mil veces. Se meten a diablos cuando no les da el cuero y después hacen pavadas... ¡Ah, ah!... Ahora anda de acá para allá, desesperado, consultando hasta a los vigilantes, porque la otra se quiere separar...

—¡Está bueno!...

—Es lo que te digo siempre... Se casan demasiado jóvenes y después de una entrega absoluta por un espacio de tiempo más o menos largo..., ¡zás!, de repente «les da el ataque» y se largan al despatarro, precisamente en la época en que el hombre normal debe empezar a ser más juicioso...

—¡Está bueno!...

—¡Qué va a estar bueno!... ¡Bueno estaría si no les importaran las consecuencias de la travesura, si no quisieran ya a sus mujeres, pero es que lo hacen queriéndolas

mucho y por lo mismo, temiéndolas como un diablo! Hacen, ¿sabés?, como esos chicos que tienen la suficiente audacia para meter el dedo en el dulce, mirando a la madre de reojo, pero que después se avergüenzan y lloran si por casualidad los sorprende.

—¡Somos frágiles, «Negro»!...

—¡No! Lo que hay es que queremos «la chancha y los veinte», como dicen los muchachos, y además que nadie se disguste...

—¡A la verdad!

Y hay un breve compás de silencio que Juan parece emplear en la contemplación del mosaico del piso y «El Negro» en volver a arreglarse el pañuelo en la forma como lo tenía antes; hasta que de pronto pregunta «El Negro», bajando discretamente la voz porque el empleado de la confitería se allega a la vitrina para atar el paquetito:

—¿Y a vos cómo te va con la rubia, pedazo de sinvergüenza?...

—Bien, che... Es una mujercita encantadora. ¡Tiene un espíritu!...

«El Negro» Simón sonríe:

—¡Cuidado, che!...

—¿De qué?

—¿No te parece que el asunto se va haciendo ya un poco largo?...

—¿Cómo largo?...

—Y..., ¿cuatro o cinco meses?...

—¡Estás loco!... ¿A dónde vas?... Tres apenas.

—Me parecía más, pero de cualquier modo, lo mismo da: Tres y tres son seis; seis y seis doce y después... ¡Ah, ah!...

Juan se ruboriza visiblemente y protesta con energía:

—¡Ah, no m'hijito!... ¡Estás fresco!... ¡No me conocés entonces!... ¡Yo la quiero mucho a Zaida, quiero mucho a mi hijita, a mi hogar, en una palabra, y no estoy dispuesto a perjudicarlo por nada!...

—¡Ah, ah!...

—¡Claro!... Y si me permito ciertas libertades —esta libertad mejor dicho, pues como tú lo sabes muy bien es la única en mis cuatro años de matrimonio—, si me permito esta libertad como te digo, es porque es una cosa pasajera.

—¿Cómo puedes sabes que es pasajera?

—¡Caray!... «Porque lo siento», porque la quiero a Zaida de veras, porque no quiero perder la armonía ni la felicidad de mi casa y porque al menor asomo de peligro «largaré el chancho»... ¡Por eso!

—¡Está bueno!...

—¡Oye!... Y después aun, porque la conozco bien a mi mujer... Me quiere, es muy buena, muy abnegada y muy mansa, pero... tiene sus ideas y su carácter y estoy cierto de que el día que sufriera un desencanto a mi respecto, sería «el acabóse» para los dos, porque no me perdonaría nunca... ¡Comprendés!

—¡Claro! —apoyó cortésmente «El Negro Simón», y Juan reanuda con cierta vehemencia:

—Además, tú sabes muy bien, «Negro», que las cosas pueden hacerse con discreción, que a menos que medie una fatalidad muy grande, cuando uno no es zonzo... ¿De qué te ríes?...

—De que está por "mediarte" una fatalidad bastante gorda.

—¿A mí?... ¿Qué che?... ¿Por qué?...

—Estás lleno de polvos...

—¿Polvos?.... ¡Cómo!... ¿Dónde?...

—Ahí en los hombros y también en las mangas —y añade en seguida fraternal y solícito ante la visible y cómica turbación de su amigo—. ¡A ver!... ¡Esperate!...

Y mientras «El Negro» trata de quitar —restregando bravamente con su pañuelo aquellas manchas rebeldes — Juan comenta agradecido:

—¡Qué bárbaro!... ¿No?... ¡Mirá si no me avisabas!...

—¡Claro!... —y «El Negro» añade en seguida mirando el traje gris de su amigo con ojos desconfiados—. ¡Yo no sé qué miércoles les pondrán para que se peguen de esta manera!...

IV

Cuando Juan, con el paquetito de los «sandwiches» en la mano, penetra en el portal iluminado de su casa, encuentra que la cancel está cerrada con llave y tiene por lo tanto que retroceder algunos pasos para apoyar el timbre en la puerta de hierro:

«—¡Trinnn!»...

Y tras el toque autoritario y breve se allega de nuevo al cancel mirando de paso su reloj pulsera:

«—¡Caramba!... Las nueve y media... ¡Cómo me he retrasado!»

Pero en seguida y mientras con la mano en el picaporte aguarda que vengan a abrir, Juan se consuela al recordar la coartada de los «sandwiches»...

De pronto tiene un estremecimiento: «Hace ya mucho que llamó y nadie ha venido. ¿No estará la muchacha?»...

Y un tanto impaciente ya y tras una última ojeada interrogadora a las manecillas de su reloj oprime de nuevo

el botón del timbre, esta vez largo y de firme, pero... ¡Nada!... Suena la campanilla adentro, pero nadie responde a su llamado como si estuviese sonando en una casa vacía o en una de esas casas siniestras visitadas por el crimen...

«—¡Qué cosa más rara!... ¿No?... Zaida no sale casi nunca sino conmigo y mucho menos a semejantes horas»...

«—¡Trinn!... ¡Trinnsnnn!... ¡Trinnnnnn!»...

Pero al cabo de algunos segundos que le parecen horas tiene que volverse de nuevo desde el cancel hasta el timbre:

«—¡Triiinnnn!... ¡Triiiiiinnnnnn!»...

«—¡La gran perra!»...

Se ha puesto un poco pálido y siente cómo una oleada caliente de ansiedad y de angustia le sube del corazón a la garganta. Por suerte para él las voces escandalosas de unas chicas que pasan ante el portal hablando a gritos disipan un tanto la ofuscación que le ha invadido y puede acordarse de la llave, de la otra llave del cancel que tiene en el bolsillo:

«—¡Qué jorobar, hombre!»...

Mas apenas ha penetrado en el vestíbulo —malamente iluminado por la luz rojiza de la alta lámpara de pie— cuando vuelve a ser presa de una aprensión angustiada. El resto de la casa está oscuro y silencioso y tan oscuro como le parece que no lo halló nunca, y la luz de la alta lámpara, que no es más que un tenue resplandor, no pasa del vestíbulo.

—¡Negra!...

El llamado cae en el silencio como una piedra en un pozo muy hondo, y de inmediato Juan, enervado, se precipita hacia el comedor en donde tras un breve tantear

de ciego consigue encender la araña. En el comedor no hay nadie; la mesa está sin tender y una oscuridad absoluta reina en el cuarto de vestir y en el dormitorio.

—Pero... ¡Negra!... ¡Zaida!... ¡Caramba!...

Y dejando el paquetito de los «sandwiches» sobre la verde carpeta de la mesa del comedor, Juan se lanza hacia lo oscuro y después de atravesar el «toilette» casi de un salto, bruscamente enciende las luces de la alcoba. No hay nadie allí tampoco, pero a Juan, en su ofuscación, le parece al principio ver el bulto de un cuerpo sobre la cama matrimonial:

—¡Negra!... ¡Está bueno!...

Y con el índice diestro en forma de gancho sobre los labios y sin poder coordinar una idea, Juan se queda un instante como absorto ante la ancha cama prendida de azul, hasta que sus ojos de miope incipiente descubren un plieguecito de papel amarillo que está sobre la colcha. Y apenas lo ha visto, cuando después de palparse violentamente los bolsillos se lleva con desesperación ambas manos a la cabeza:

—¡La carta!... El otro traje... ¡La gran perra!...

Y después, con la cabeza muy baja y la sensación de un derrumbamiento dentro del alma, Juan se queda por largo rato estrujando —hecha una bola en su crispada diestra— la carta aquella de un amarillo escandaloso y en la que, en términos de un apasionamiento fingido o no, pero tan fogosos como indiscretos, le cita una personita —que debe ser a la moda a juzgar por el carácter varonil de su letra—, cierta personita a quien ha bastado individualizarse sin lugar a duda, poner al pie de lo escrito:

La que tú llamas: «Mi resurrección».

...A las tres de la mañana... Juan, que en su trastorno ha estado caminando incesantemente desde la puerta

del comedor hasta la puerta de la alcoba y viceversa, parece sentir de pronto los efectos de su gran cansancio físico y busca por instinto el sofá del comedor, aquel gran sofá de cuero, viejo y amigo, en el que se sentaron tantas noches juntos en el espacio de cuatro años...

«—¡Qué cosa, Dios, si parece un sueño!»

Y después de encender un nuevo cigarrillo, Juan, desgreñado y pálido, va a apoyarse rendido en el respaldo del mueble cuando siente que algo le molesta y se vuelve para quitarlo... Es un zapatito infantil, es una sandalia minúscula de «La Nena», que quién sabe por qué circunstancia quedó allí, sobre el asiento.

Juan reconoce la sandalia, la examina, la soba un instante entre sus dedos trémulos y por último, poniéndola de lado, se oprime la cabeza con ambas manos y gime sordamente, bajo el peso de «su montaña»...

Y sobre el blanco paquetito de los «sandwiches», que parece observarle desde la mesa, una mosca solitaria y noctámbula revolotea...

EL CASAO SU CASA QUIERE

EL CASAO SU CASA QUIERE[1]

I

Fugitivos de su mala fama y de las inundaciones que amenazan el Sur, «El zorro» y su inquietante compañero «El hurón» han llegado por fin al pago de «Las Vizcacheras», y, desde su oculto retiro en la ceja de un pajonal, pueden admirar sin ser vistos, el hermoso espectáculo que ofrecen aquellas vastas poblaciones animadas por la presencia y movimiento de sus sencillos moradores, quienes, como de costumbre, aprovechan la hora del crepúsculo —que es la más bella de las horas—, para ponerse a la puerta de las viviendas y mirar jugar a sus niños, uniformemente vestidos con delantales color de ceniza.

«El zorro» que se siente cansado, deprimido por mil infortunios y que, además, ya no puede soportar la compañía de aquel borrachín sanguinario, que le domina, que le compromete y aun le maltrata con su grosero lenguaje, piensa en lo bueno que sería poder quedarse de «agregado» en cualquiera de esos tranquilos establecimientos, que, desde lejos atraen la atención del «pasaje-

[1] Las costumbres de animales aquí descriptas no son del todo exactas científicamente consideradas. La Fábula se basa en la creencia, muy difundida entre las antiguas gentes del campo, de que los zorros orinan en las madrigueras de las vizcachas para ahuyentar a éstas por repugnancia y ocupar sus viviendas.

ro», con sus blancos y característicos manchones de toscas y de huesos; pero, por más que piensa no halla, en el atestado desván de sus malicias, un expediente que le permita deshacerse del peligroso camarada, cuya presencia hace abortar todos sus planes de tranquilidad y vida muelle y que a la sazón, dormita allí, a su lado, el chamberguito descolorido sobre los ojos y la tremenda daga atravesada en la cintura.

EL ZORRO *(absorbido por sus meditaciones y tras un hondo suspiro)*. — ¡Ah!... ¡Juancito, Juancito!...

EL HURÓN *(abriendo un ojo agresivo inyectado de sangre)*. — ¿Qué hay?

EL ZORRO. — Nada, señor... Solito hablaba...

EL HURÓN *(entre despectivo y desconfiado)*. — ¡Ah, ah! Y, dígame: ¿A qué horas piensa darse una güelta por el bajo, con eso agarra alguna martineta, aperiá, u lo que sea, pa que cenemos luego?

EL ZORRO *(con acento quejoso)*. — ¡Oh!... ¡Ya le dije que me duelen mucho los pieses y que agatas puedo caminar!

EL HURÓN. — ¡No li hace!... Ayer tarde no le dolían pa disparar, cuando me dejó solo en la pulpería, después que lo agarraron abarajando mal el naipe... ¿No? —Y ante el silencio de «El zorro», «El hurón» torna a enroscarse en el suelo y tapándose de nuevo la cara con el amarillento chamberguito, agrega con voz de sueño. — ¡Vaya, amigo!... ¡Vaya prontito, antes de que haiga cuistiones!... son las risultas de dejarse tomar d'hijo una vez... Después cuesta mucho sacudir el lomo... Él, «El zorro» es «¡Juna perra!... ¡Compadre idioso, borrachín!... ¡Amalaya lo agarraran los perros y lo hicieran tiras! Esas más grande, más juerte; tiene mucha más cabeza pa pensar; pero, el otro... el otro es «El hurón» guapo, el otro no tiene miedo de nada y... ahí ta la madre del borrego!»

Y de bruces sobre el pasto, la ancha carita entre las manos, pero sin dejar de mirar de reojo a «El hurón», que duerme profundamente acariciado por la mano invisible de la brisa; «El zorro» piensa. «El zorro» medita, afeado, envejecido por el esfuerzo mental, hasta que al cabo volviéndose bruscamente despierta a su compañero.

EL HURÓN *(sentándose de salto, los ojillos relampagueantes y la mano en el cabo de la daga)*. — ¿Eh?... ¿Qué hay?...

EL ZORRO *(con un dejo de malicia)*. — Nada, compañero; no se me asuste... Yo...

EL HURÓN *(acabando de levantarse en un traspié de borracho y al recojer del suelo su mísero ponchito descolorido por las lluvias)*. — Vea... ¡No sea zonzo!... ¡Usté sabe muy bien, que no yo no me sé asustar de nada!...

EL ZORRO *(con una sonrisa tan amistosa, que ya resulta servil)*. — ¡Bah, compañero!... ¡Es una broma!...

EL HURÓN *(después de vacilar un instante, de escupir por el colmillo y de arreglarse el tirador en un «tic» que le es característico)*. — ¿Y la cena?... ¿Qué agarró pa comer?...

EL ZORRO. — Nada entoavía, señor...

EL HURÓN. — ¿Y de ahí?...

EL ZORRO. — Ahura verá...

EL HURÓN. — ¿Qué he de ver?...

EL ZORRO. — Que me parece que si se anima, entre los dos quizás podamos hacer una patriada machaza...

EL HURÓN *(brutalmente despectivo)*. — ¿Patriada con usté?... ¡No me...!

EL ZORRO. — ¡Paresé y oigamé!...

EL HURÓN *(entre desconfiado y escéptico).* — ¡Ah, ah!

EL ZORRO. — ¿Ha visto esa vizcachera?

EL HURÓN *(malhumorado).* — ¡Y cómo no la he de ver! ¿O se imagina que soy ciego?

EL ZORRO. — No, señor. Le hablo de esa vizcachera grande, aquí derecho; esa ande está el bigotudo vejanco, espulgándose a su gusto...

EL HURÓN. — ¡Ah, ah!... ¿Y de áhi?

EL ZORRO. — Y de áhi, que me la he estao bombiando despacio, mientras usté dormía y se me hace que quizá no más podamos maloniarla...

EL HURÓN *(interrumpiéndole con grosería y con enojo).* — ¡Oh!... ¡Dejemé de jorobar con planes y ocupesé mejor de la cena, que se hace tarde!

EL ZORRO. — No son planes, señor; es una idea macuca que se me ha venido a la cabeza... Asientesé que no lo vayan a ver y escuche, por favor se lo pido...

EL HURÓN *(dejándose caer en cuclillas, de muy mala gana).* — ¿Vea que si es pa mañeriarle al trabajo?

EL ZORRO. — No señor... ¡Se lo juro!... *(después de recogerse mentalmente un instante y en un tono que quiere hacer solemne).* ¿Usté sabe, aparcero, que se nos viene el invierno, con todas sus pidemias de agua y de frío?...

EL HURÓN. — ¡Ah, ah!

EL ZORRO. — Se viene el invierno como le digo y ni a usté ni a mí nos asientan sus rigores... ¿No?

EL HURÓN. — ¡Ah, ah!...

EL ZORRO. — Y sin embargo, vamo en camino de que nos agarre a la intemperie y sin tener techo e paja u de azotea que nos cubije...

EL HURÓN. — ¿Y?... ¡Buscando vamos más p'adentro!

EL ZORRO. — No digo que no, pero a la fija medio al ñudo...

EL HURÓN. — No compriendo...

EL ZORRO. — ¡Caray!... A usté por peliador, a mí por diablo y a los dos por jediondos...

EL HURÓN. — ¡Pa su marca!...

EL ZORRO. — ...no nos van a almitir a las güenas, de agregaos, en ninguna población...

EL HURÓN. — ¡Ah, ah!... ¿Y de áhi?

EL ZORRO. — ¡Paresé! Y de áhi que como le decía mirando esa vizcachera vieja y la poca gente que parece tener adentro, he pensao que quizá pudiéramos los dos avanzarla e golpe y hacernos...

EL HURÓN *(echándose a reír).* — ¡Ja, ja, ja! ¡La laya el avanzador!... ¡Hagamé saltar p'arriba!

EL ZORRO *(ruborizado y un poco confuso).* — Yo no digo yo solo... En esas casas hay dos varones no más... El vejanco, que está áhi, ajuera y otro más mozo, que se dentró hace un rato. Las demás son familias.

EL HURÓN *(meneando la cabeza).* — ¿Y quién sabe los que habrán adentro?

EL ZORRO. — No, señor, se lo garanto. Dos varones y dos señoras...

EL HURÓN *(con una sonrisa burlona).* — Usté, como es guapo y se tiene fe, todo lo facilita; pero vea que los vizcachones saben ser bravos. Una vez...

EL ZORRO. — Guapo no soy, pero sí tengo cabeza pa pensar y calcular lo que conviene *(cambiando de tono y casi alegremente).* Güeno, pero no aleguemos que no está bien entre compañeros como nojotros *(desatando un pañuelo a cuadros que lleva en la cintura, con la yerba, la chuspa y otras cosas y guiñando un ojo con malicia)*. Y vea: pa'

que tenga pacencia pa escucharme lo viá convidar con un traguito... ¿No?

EL HURÓN *(encandilados los ojos de alegre sorpresa y de brutal concupiscencia).* — ¡Cómo!... ¿De ande?... ¡No diga!...

EL ZORRO. — Sí, señor; yo sé ser medio precavido... *(mostrando un frasquito de ginebra marca «La Llave», a cuya vista «El hurón» enrojece de emoción).* — Y además que conozco los gustos de los amigos... ¿No?

EL HURÓN *(impulsivo y grosero alargando una mano).* — ¡A ver!... ¡Traiga, pues!...

EL ZORRO. — Sí, señor; sírvase...

EL HURÓN *(después de haber empinado la limeta por espacio de... unos seis gorgoritos, mirando a su compañero con expresión asesina).* — ¡Es mía!... ¡Pa mi solo!

EL ZORRO *(sonriente y con acento melifluo).* — Y claro, aparcero, pa usté la truje...

EL HURÓN *(aliviado y después de beber un nuevo trago).* — ¡Ta güeno!... Ahura hable no más, amigo, que con esta compaña, vale la pena oír aunque sean los más piores bolazos...

EL ZORRO. — ¿Verdad?

EL HURÓN *(riendo).* — ¡Claro!...

EL ZORRO *(después de meditar un instante con los ojos bajos y acariciándose con mano distraída los finos bigotes).* — Usté es muy hombre, aparcero; eso es cosa que naide va a negar, pero me doy cuenta por lo que me dijo reciencito de que la guapeza también sabe rispetar el coraje de los otros... ¿No?

EL HURÓN *(que ya empieza a sentir los efectos de la bebida, mirando a «El zorro» de hito en hito y con cierta expresión de desconfianza).* — No compriendo...

EL ZORRO. — Quiero decir que si usté, que es un guapo

probao, reconoce que con los vizcachones no hay que hacerle, será mejor que no se hable...

EL HURÓN *(interrumpiéndole con viveza).* — ¡Yo no he dicho eso!... ¡Deje de macaniar!... Yo he dicho que saben ser bravos algunos y nada más *(excitándose).* — ¡Y qué jorobar!... ¡Si hablo es porque me he topado con ellos..., porque puedo hablar y porque en más de una ocasión me he dejao alguno de esa marca, panza arriba y degollao por la nuca!... ¿Sabe?

EL ZORRO. — ¿Sí, señor, pero yo pensaba que quizá en este caso?...

EL HURÓN. — ¿En este caso qué?... ¡Callesé, no sea zonzo! *(después de beber de nuevo con gran prisa).* Vea: Una vez pu el lado de Barcárcel, me avancé yo solo una casa y me limpié todita una familia e punta a punta..., ¿sabe? *(riendo y mostrando en los ojos esa expresión helada y repulsiva del asesino ingénito cuando alardea de su maldad).* — ¡Ja, ja, ja!... ¡Los viera encogerse como cuero e verija cuando les dentraba el cuchillo!... ¡Ja, ja, ja!...

EL ZORRO. — Sí, he oído las mentas; ¿pero aquí?...

EL HURÓN *(ya borracho y con locos ademanes).* — ¡Callesé, maula!... Aquí... ¿Cuántos dice que son esos toros?...

EL ZORRO. — ¿Y?... Dos parecen...

EL HURÓN. — ¡Güeno!... ¡Dos, cuatro, sais..., u los que sean!... ¿Quiere ver, sotreta, como ahurita mesmo les avanzo solo las casas y me los dejo a toditos enseñando el sebo?

EL ZORRO. — ¡No hace falta, señor, que se comprometa!

EL HURÓN *(completamente fuera de sí, sin oirle y creyendo en su ofuscación que el otro le contradice).* — ¿Qué no?... ¡Juna gran perra! *(desenvainando la daga y*

echando a correr hacia la vizcachera). — ¡Ahura va a ver, mulita!...

EL ZORRO. — ¡Paresé señor!... ¿Qué va hacer?...

Pero como el otro no le hace caso y continúa su avance a la carrera, «El zorro», entonces, con una sonrisa entre emocionada e hipócrita, se recata más aún entre las pajas y con un ojo saltón atisba...

II

En el patio de la vizcachera más vieja y por lo tanto más avanzada hacia el camino, el gran vizcachón de los bigotes grises está tan entretenido en expulgarse «a fondo», que se entera recién de la presencia peligrosa de «El hurón», cuando uno de sus nietos, que juega allí cerca, con algunos sesamoides de caballo y otros huesos blanquísimos, se la advierte a gritos con su voz sorprendida.

LA CRIATURA. — ¡Tatagüelo!... ¡Tatagüelo!... ¡Ahi vine uno de a pie!...

EL VIZCACHÓN *(levantando la cabeza y mirando hacia el bajo, los párpados un tanto entornados por la miopía).* — ¡Ah, ah!...

LA CRIATURA *(observando el extraño aspecto de «El hurón» y su andar de borracho).* — ¡Vea cómo hace, tatagüelo!... ¡Vea como hace!...

EL VIZCACHÓN *(que al comprender el peligro que amenaza a su hogar se ha llevado la mano instintivamente a la cintura para tantear el cabo del cuchillo; al pequeñuelo con voz autoritaria).* — ¡Vaya p'adentro, hijito!... ¡Que vengan Iii y tu tata y a la agüela, que atranquen bien las puertas!

EL HURÓN *(que llega ya al trote y agitando sobre la*

cabeza la hoja relampagueante de su daga). — ¡Les viá sacar los gofes!...

LOS DOS VIZCACHONES, *que el viejo mandó llamar con el chicuelo (hablando a un tiempo y precipitándose hacia afuera con tanta violencia, que levantan nubecillas de blanco polvo).* — ¿Qué hay, señor?... ¿Qué pasa?

EL VIEJO VIZCACHÓN *(señalando al enemigo con un gesto de amarga contrariedad).* — ¡Vean qué compromiso!... ¡Vean eso!...

EL HIJO DEL ANCIANO *(un vizcachón ya maduro).* — ¡Ah, ah!...

EL OTRO *(florido mozo y vibrante ya, de ardor juvenil y de coraje).* — ¿Y de áhi?... ¡Si viene hacerse el loco!...

EL VIZCACHÓN VIEJO *(prudente).* — Sí, pero... Aguarden, dejenmén a mí...

EL HURÓN *(atropellándolos ciego).* — ¡Juera, hijos de una tal por cual!... ¡Tomá pa vos!...

EL VIZCACHÓN *(cuerpeando la alevosa y tremenda puñalada, que con todo le alcanza a desgarrar la camiseta).* — ¡Párese, amigo!...

EL HIJO *(metiéndose en medio con el cuchillo en la mano y la voz atiplada por la emoción y por la ira).* — ¡Tata, hágase a un lao!... ¡Dejemé con esa mugre!

EL OTRO MOZO. — ¡No, conmigo!... ¡No le faciliten, caracho!... ¡Abranmé cancha!...

Después «El zorro», que mira estremecido de miedosa ansiedad y de esperanza, adivina, mejor que ve, las peripecias de la tremenda batalla, que a la última lumbre del crepúsculo, está librando solo y contra tres, su odiado cuanto valeroso compañero...

Es algo como para poner pavor en el corazón más esforzado: En medio del espantoso baladro de pataleos, y de agrios chillidos que hacen retemblar las bóvedas

de todas las vizcacheras circunvecinas y que se alza al cielo como una protesta indignada o como un jalear entusiasta, el fino oído de «El zorro» distingue muy bien el escalofriante estridor de los aceros, el penoso alentar de los pechos fatigados y el crujir de las ropas alcanzadas por los cuchillos...

Después... unos gemidos muy extraños; unos gemidos, como no oyera nunca «El zorro», hasta entonces..., un desfile siniestro de sombras encorvadas que arrastran algo y se lo llevan lejos, muy lejos..., y por último..., ¡nada!... Silencio, un gran silencio de reflexión o de remordimiento, que no se interrumpe y que se prolonga hasta unirse con aquel otro silencio que habitualmente se inicia, cuando, al alba, comienzan a apagarse una tras otras todas las luces de la población noctámbula...

III

Acaba de ponerse el sol y ha refrescado bastante a consecuencia del vientecillo del Sur que sopla desde media tarde. Sin embargo, hay animación en los patios de casi todas las vizcacheras, ya que es difícil que la niñez o la juventud se acobarden por grados de temperatura más o menos...

El zorro *(deteniéndose al borde del patio de la vizcachera trágica.* — ¡Güen día!...

El vizcachón viejo *(que con rostro adusto y la cabeza entrapajada, está sentado a la puerta de su vivienda, en un blanco cráneo de carnero).* — ¡Güen día!... ¡Pase!...

El zorro *(que avanza llevando dos de sus dedos al ala*

del sombrero en un esbozo de saludo). — ¡Güen día!...

El vizcachón. — ¡Güen día!...

El zorro *(para él, con la mayor cortesía).* — ¿A ver si me va a dar licencia pa hacer noche? Vengo de lejos y...

El vizcachón *(interrumpiéndole y con un ligero acento de malhumor o de fastidio en su voz cavernosa y al mismo tiempo que empuja con un pie hacia el recién llegado, un asiento hecho con una cadera de peludo retobado en piel de lagarto).* — Acomodesé, amigo... En mi rancho no se le niega licencia a naides *(más bajo)*..., por más que haigan *(interrumpiéndose).*[1] Pero... ¡Asiéntesé mozo!... ¿Qui hace, pues?

El zorro *(sentándose con su natural elegancia).* — ¡Gracias!...

Y hay un largo compás de silencio, que «El zorro» emplea en mirar de reojo la entrapajada cabeza del anciano y éste, en igual forma y con una vaga sonrisa semiburlona entre los bigotazos, la rica indumentaria del forastero y más que todo su sedosa y pomposa cola. Mientras tanto se oyen en el interior de la casa ahogadas risas y cuchicheos femeninos y hasta llega a moverse —sin duda empujado por inadvertencia de las curiosas—, el pedazo de cuero de oveja trasquilada que hace las veces de puerta.

El vizcachón *(al fin).* — ¿Pasiando?

El zorro. — No, señor. Voy p'adentro buscando trabajo. Yo soy del lao del Tuyú... ¿No sé si conoce?

El vizcachón. — Ah, ah!... Campos bajos...

El zorro. — Bajos, sí señor... ¡Oh, lo que es por allá, no se ven poblaciones lindas como éstas!...

El vizcachón. — Mucha agua...

[1] Los zorros suelen comerse a las vizcachillas muy jóvenes.

EL ZORRO. — Mucha.

EL VIZCACHÓN. — ¡Ta güeno! *(volviendo bruscamente la cara hacia el cuero que tiene a las espaldas).* ¡Gruia!

UNA VOZ CRISTALINA *(desde adentro).* — ¿Tatagüelo?

EL VIZCACHÓN. — ¡Salga, hijita, que hay gente!

LA MISMA VOZ DE CRISTAL. — ¡Ya voy, tatagüelo!...

EL VIZCACHÓN *(como alegrado, como enternecido de pronto, a «El zorro»).* — Mi nietita.. ¿Sabe?... Ahura le va a alcanzar un mate..., ¿no?... Va pa los diez y ocho asigún dice la madre y es la luz de mis ojos...

EL ZORRO *(por decir algo).* — ¡Ah, ah!...

EL VIZCACHÓN. — La llaman Gruia, que en nuestro idioma de aquí, quiere decir...

EL ZORRO *(interrumpiéndole con alegre jactancia).* — «¡la flor del pago!»...

EL VIZCACHÓN *(entre complacido y admirado).* — ¿Conoce la lengua?

EL ZORRO *(con suficiencia).* — ¡Caray!... ¡Dos años tengo vividos de agregao en una vizcachera seria!... ¡Lloraban toditos, hembras y varones, cuando me fí!...

EL VIZCACHÓN. — Y lo merecería nomás, que cuan... *(interrumpiéndose porque el cuero de la puerta acaba de ser apartado suavemente para dar paso a alguno).* ¡Ah, ah!... Aquí la tiene... ¡ A ver, hijita!... ¡Salude a este mozo, que es un pasajero!...

GRUIA *(parada en el umbral y una delicia de mocita encogida de timidez, en su sencillo y recatado vestidito «beige» que en la suave penumbra del crepúsculo parece color perla).* — ¡Güenos días!...

EL ZORRO *(con los ojos encandilados porque acaba de descubrir que Gruia, no debe significar «La flor del pago», sino «La flor del universo entero», con cierta cortedad verdaderamente impropia de su experiencia).*

— Güenos...

EL VIZCACHÓN. — Es mi nieta, como le decía... ¡Dé la mano, m'hijita!...

GRUIA. — *(muy colorada, alargando rígidamente, al mozo, una manita que tiembla y revelando con las largas pestañas, unos ojazos magníficos color de obsidiana).* — ¿Cómo está?

EL ZORRO *(que siente en la suya el palpitar de emoción que traduce la cálida manita de la muchacha, incorporándose a medias, pero sin quitarse el sombrero «ni por un queso»).* — Bien... Gracias... ¿Y usté?

GRUIA *(retrocediendo bruscamente un paso y con voz apenas perceptible).* — Bien...

EL VIZCACHÓN *(como aliviado por fin de las formalidades de aquel protocolo).* — ¡Güeno!... Ahura, m'hijita, nos va a alcanzar un matecito lindo..., ¿no?

GRUIA *(cuyos bellos ojos admirados no pueden arrancarse a la contemplación de la magnífica cola de «El zorro» — cola a la que «el indino», esponja ex profeso todo lo que puede).* — ¡Ah, ah!...

EL VIZCACHÓN *a («El zorro»).* — «¿Te pampa?»... «¿Hierba e la perdiz?»... «¿Barba e tigre?»... Hay lo que guste... ¿Verdá, m'hijita?

GRUIA *(con los ojos bajos y estrujando nerviosamente la orla de su delantal blanquísimo, con sus deliciosos deditos).* — Sí, tatagüelo...

EL ZORRO *(a «El vizcachón» mientras con un ojo le vigila y con el otro inventaría minuciosamente, a fuer de entendido, las mil y una gracias físicas de la mocita).* — Lo que guste, señor; no sé ser delicao... cuistión de yerba...

EL VIZCACHÓN. — Yerba e la perdiz, entonces *(a su nieta)*. ¡Vaya, m'hijita, y bien cebadito!..., ¿no?

GRUIA *(que no desea sino marcharse cuanto antes para aliviarse de aquella emoción tan rara que le afloja las piernas y le pone en el corazoncito dulcemente oprimido, como un extraño deseo de reír y llorar al mismo tiempo)*. — Sí, tatagüelo...

EL VIZCACHÓN *(a «El zorro» y apenas se ha ido la muchacha acompañada por el crujir de su enagua)*. — ¿Vido, amigo?

EL ZORRO. — ¡Ah, ah! *(haciendo como que recién advirtiese el entrapajamiento de la cabeza del anciano)*. Seré curioso, señor... ¿Qué tiene áhi, está lastimao?

EL VIZCACHÓN *(inclinando la cabeza, como abatido por un repentino y grave infortunio)*. — ¡Ah, ah!

EL ZORRO. — ¿Rodada?

EL VIZCACHÓN. — No, señor, no...

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!...

EL VIZCACHÓN *(con voz y ademán dramáticos)*. — ¡Hachao amigo, hachao de cuchillo, aquí ande me ve!...

EL ZORRO. — ¡No diga, señor!...

EL VIZCACHÓN *(tristemente)*. — Sí, señor, debo decirlo aunque me esté mal. ¡A mis años y por primera vez dende que estoy en estos pagos, me han querido avanzar la casa y me he visto precisao a hacer armas!...

EL ZORRO *(fingiendo admiración y escándalo)*. — ¡Qué me dice, señor!... ¿Perros?... ¿Hombres en fija?...

EL VIZCACHÓN. — No, señor, fiera ninguna... Un pasajero, un hurón pasao de la bebida, un...

EL ZORRO *(con acento dolorido y compasivo)*. — ¡Ah! ¡Caray!... No conozco, pero tengo sentido contar de que son gente mala y atrevida..., ¿no?

EL VIZCACHÓN. — ¡Una desgracia, amigo!... No hubo

más remedio que finarlo y, áhi nos tiene ahura a las güeltas con la polecía, pa quien sabe cuánto tiempo...

EL ZORRO. — ¡A la verdá!...

EL VIZCACHÓN. — Los muchachos..., ¿sabe?..., el hijo y un sobrino que tengo... ¿No sé si conoce?... Han tenido que dir hoy a declarar... Me los han citao...

EL ZORRO. — ¡Y!... ¿Si jué en güena lay?...

EL VIZCACHÓN. — ¡Claro que jué en güena lay y pa no dejarse achurar!..., pero... ¿A la mala sangre y a los quebraderos de cabeza quien me los saca?... ¡Ah, ah!...

EL ZORRO. — ¡A la verdá!...

EL VIZCACHÓN. — Usté comprenderá que no es justicia, de que por culpa de un mal hombre pasajero, unos mozos tranquilos y trabajadores se haygan visto en el caso de cometer un homicilio...

EL ZORRO *(con el oído y un ojo atentos al cuero de la puerta por donde sabe que ha de aparecer la niña)*. —¡Claro que no, señor!... ¡Faltaba más!

EL VIZCACHÓN. — *(en tono de queja)*. — ¡Y tan al ñudo! Hubiera sido enemigo conocido, pero un pasajero, uno que ni siquiera se sabe de ande venía... ¡Yo no sé!...

EL ZORRO *(echando hacia atrás con elegancia estudiada su delgado y flexible cuerpo y haciendo ondular complacido su vistosa y esponjada cola)* — ¡Y, qué quiere, señor!... Gente bruta y sin educación; mala comparancia, mesmo que perros; ¡de ande van a sacar rispeto por las poblaciones ni por las familias! ¡Ah, ah!... ¡Capaces son si a mano viene de degollarse entre ellos mesmos, un suponer, pa probar si corta el cuchillo, cuanti más no sea!...

EL VIZCACHÓN. — ¡Ah, ah!

El zorro. — ¡Claro, señor!... y por eso aunque me esté mal decirlo, cada día que amanece me siento más contento de haber nacido zorro y no una basura de ésas... ¡Palabra!...

El vizcachón. — ¡Ah, ah!...

El zorro. — Vea, porque..., ¿yo no sé si usté lo habrá sentido decir tan retirao como vive?..., porque nosotros los zorros semos —mejorando lo presente—, de lo más mejorcito y delicao y alvertido que pueda haber por los campos... Vea, cuando Tatadiós hizo el mundo y repartió sus dones, anque jortuna mayor no quiso darnos, en cambio nos dió una güena cabeza pa pensar y linda ropa como pa lucirla en cualquier par...

Gruia *(presentándose con las orejitas muy coloradas y alargando el mate a «El zorro»)* — Sirvasé...

El zorro. — ¡Ah, no!... ¡Caray!... Está en güenas manos...

Gruia *(cuya linda mano tiembla)*. — ¡Sirvasé!...

El vizcachón. — ¡Sirvasé, no ande con cumplidos amigo!...

El zorro *(resignándose)*. — ¡Y, güeno!...

Después, mientras la muchacha aguarda con los ojos bajos y las manitas regordetas castamente cruzadas sobre el blanquísimo delantal y mientras el viejo vizchachón retuerce sus canosos mostachos, abismado el pensamiento en las profundidades de su yo interno; «El zorro», mirando a Gruia con ojos atrevidos, aplica los labios sobre la bombilla reluciente, con tanta avidez y golosina, que no parecería si no que estuviese sorbiendo por ella todas las mieles del corazón de la mocita...

IV

Debe estar amaneciendo, porque los varones se han retirado ya a dormir y porque las damas de la vizcachera, aunque reunidas aún bajo la amplia bóveda de la galería principal, se apresuran a terminar sus tareas, las unas sentadas en blancas calaveras de carnero, las otras moviéndose diligentes sobre el liso y limpísimo piso.

Doña Grun, la esposa del viejo vizcachón, que vuelve de renovar allá en la alcoba invisible, el apósito de llantén masticado, que pone a diario sobre la herida abierta por «El hurón», en la cabeza de su viejo y leal compañero, de pie ante el espejo suelta su cabellera canosa y se aplica a peinarla, doña Uic, su hija política, rezonga porque no funciona bien el biberón, con que alimenta a su último vástago, pataleante sobre sus faldas; doña Chin, hermana del anciano vizcachón, que vimos intervenir en la pelea, termina de planchar una bombacha de su hijo, mostrando siempre sus dos largos incisivos amarillos en esa perenne sonrisa entre bondadosa y picaresca que la caracteriza y hace tan simpática, y, Gruia, «La flor del pago», la encantadora mocita de la casa, remata una costura difícil, tan inclinada la hermosa cabeza que poco falta para que la frente toque con las rodillas.

Doña Uic *(sacudiendo la mamadera, mientras el despojado pequeñuelo berrea enfurecido)* — ¡La pucha!... ¡Ya se tapó otra vez!...

Doña Grun. — Alguna nata en fija... ¿No habrás colao la leche?

EL PEQUEÑUELO *(llorando a más y mejor).* — ¡Uac!... ¡Uac! ¡Uac!...

DOÑA UIC *(luchando con el frasco).* — ¡Sí, señora, la colé!...

LA VOZ RUDA DEL MARIDO DE DOÑA UIC *(desde adentro).* — ¡Hacé callar, pues, ese muchacho, pues!...

DOÑA UIC *(colocando apresuradamente el chupete en los labios ávidos de la criatura).* — ¡Chist, chist! ¡Tome, m'hijito; tome tesoro!...

DOÑA GRUN *(por el rezongo de su hijo y deseosa sin duda de justificarlo ante la nuera).* — ¡Pobre m'hijo!... Debe estar cansao y querer dormir... ¡También, con estas andanzas y tribulaciones que han tenido!...

DOÑA UIC *(con expresión ambigua).* — Ansi ha de ser señora...

GRUIA *(abandonando su tarea y desperezándose con tanta despreocupación y energía, que pone en evidencia todos los contornos de su impecable escultura).* —¡Güeno!... ¡Ya está!...

DOÑA UIC. — ¿Qué?

GRUIA *(allegándose a la puerta y mirando hacia afuera).* — ¡Nada!... La bata...

DOÑA UIC. — ¿Quedó bien?...

GRUIA *(bostezando y tornando a desperezarse).* — ¡Y, qué sé yo!... Mañana la veré mejor con la escuridá *(asomando la carita al espejo ante el cual se está peinando la abuela y retirándola de inmediato como con fastidio).* — ¡Cha, que soy fiera!...

DOÑA UIC. — ¿Qué te pasa?

GRUIA *(recostándose con desaliento en el muro).* — ¡Nada!... ¡Digo qué soy más fiera que el sapo!

DOÑA UIC. — ¡Con lo que sale!...

LA TÍA. — ¡Mirenmelán a la presumida!...

GRUIA *(que ha comenzado a deshacer sus trenzas).* — ¡Pst!...

LA ABUELA. — ¡Ah, ah!... ¡Qué más se quisieran muchas!...

GRUIA. — Eso no sé *(al cabo de unos segundos de general silencio y con acento casi irritado).* — Pero... Digamé, mamagüela, usté que sabe tantas cosas... ¡Por qué tenemos las vizcachas este... pucho e cola tan fiero?

LA MADRE *(riendo).* — ¿Y eso?...

LA ABUELA *(sentenciosa).* — Nuestra cola no es fiera, hijita, y..., además que nos viene de los antiguos...

LA MADRE *(en son de burla).* — ¿Acaso te gustaría tenerla como la iguana..., un suponer?...

GRUIA *(ingenua).* — No digo como la iguana, pero muy bien pudiéramos tenerla como el zorro...

DOÑA CHIN *(siempre planchando y siempre risueña).* —¡Ta, ta, ta!...

GRUIA. — ¿Qué titagüela?

DOÑA CHIN. — ¡Nada, hijita!... Pero..., ¡qué linda facha haríamos con tamaña cola e zorro por detrás! *(riendo).* — ¡Ja, ja, ja!... ¡El mesmo diablo adrede!...

LA MADRE. — Al propósito e zorro... ¿Parece que no ha güelto entoavía el campo, el forastero?

DOÑA CHIN. — No ha güelto, no...

DOÑA UIC. — ¿Será calavera?

DOÑA CHIN. — La pinta tiene...

GRUIA *(volviéndose bruscamente el rostro, casi oculto tras la cascada de su cabellera retinta).* — ¡No sé por qué!...

DOÑA CHIN. — Digo nomás... Tan andariego, paquete y presumido...

GRUIA *(con enfadada vehemencia).* — Él ha dicho que anda buscando conchabo y además, no parece que porque uno sea aseao, por juerza hayga de ser calavera!...

DOÑA CHIN *(riendo).* — ¡Veanlán como se me pone!...

GRUIA. — ¿Yo?... ¡Pa lo que a mí se me importa!

DONA GRUN *(suavemente).* — Y hablando de aseo — que acaba de mentarse aquí —. ¿Decime vos, Chin, diganmé todas?: ¿no les parece, no han alvertido como que el mozo ese jediera un poco?... Vean... pa mi gusto...

GRUIA *(interrumpiéndola, la cara encendida como una cereza).* — ¡Por favor, mamagüela!...

DOÑA UIC *(a la niña).* — ¿Y de áhi, que tiene?

GRUIA *(con violencia).* — ¡Tiene que es una desajeración!...

DOÑA UIC *(con severidad).* — ¡A ver!... ¿Qué modo e conversar es ese, Gruia?...

GRUIA *(asomando un hociquito enfurruñado al través de la negra cortina de sus cabellos)* — ¡Oh!... ¿Y yo qué he dicho?

DOÑA UIC *(enérgica).* — ¡Has dicho: «desajeración», que le has faltao a tu agüela!...

GRUIA *(deliciosamente compungida).* — Yo no sabía que eso juera malo...

DOÑA GRUN. — Dejála, Uic, no la repriendás más, es inocente...

DOÑA UIC. — ¡Inocente!... *(a la mocita y cada vez más severa).* — ¡Vaya ahura mesmo a pedirle el perdón a su agüela!

GRUIA *(encantadoramente malcriada, alzándose de hombros).* — ¡Oh!...

DOÑA UIC *(empurpurada repentinamente de ira).* — ¡Camine, le digo!...

DOÑA GRUN *(con flaqueza de abuela).* — ¡Dejála Uic, no es pa tanto!...

DOÑA UIC *(en actitud de levantarse).* — ¡No, señor!

GRUIA *(dominada, la cara medio oculta por los cabellos, acercándose a la abuela e inclinándose ante ella, humilde y contrita).* — Perdonemé, mamagüela...

DOÑA GRUN *(enternecida y besándola con transporte).* —¡Sí, m'hijita, sí!...

GRUIA *(desprendiéndose con cierta brusquedad de los brazos de la abuela, para ir a colocarse, llorando, de bruces contra el muro).* — ¡Ji, ji, ji!...

DOÑA GRUN *(disgustada, a su nuera).* — ¡Pobrecita!... ¡Ya me la hiciste llorar! *(a la niña)* ¡Venga, venga p' acá, m' hija!...

DOÑA UIC *(con firmeza).* — ¡Dejelá, señora, dejelá!... ¡Es preciso que aprienda!...

DOÑA CHIN *(doblando la bombacha que acaba de planchar y tan tranquila y risueña como si allí no hubiera pasado nada desagradable, como si la mocita despeinada no continuara sollozando de cara a la pared y arañando la greda rojiza de la misma, con una uñita inconsciente).* — Yo tengo sentido decir que saben ser muy jediondos algunos, pero no sé si será verdá, porque es el primero que veo de cerca. Pa mi gusto...

DOÑA GRUN *(recordando el tema de la conversación anterior, tan malamente interrumpida y hablando con mucha prisa).* — ¡Ah, ah!... ¡Yo no sé, che, si serán manías las mías — manías de vieja —, pero la cuistión es que dende antiyer se me ha puesto en la cabeza que a cada vez que paso por delante e la pieza el

forastero, siento un olor raro, un olor que aquí no se ha sentido nunca endenantes!...

DOÑA UIC *(con aire atento y preocupado).* — ¡Ah, ah!...

DOÑA CHIN. — ¿Será el tabaco?

DOÑA GRUN. — Quizá nomás... *(a tiempo en que se hace el rodete y hablando con dificultad, porque mantiene varias horquillas oprimidas entre los labios).* — ¡Yo no sé!... Son gente de otras costumbres y de otra lengua *(a doña Chin).* ¿Reparaste, che, en que no quiso comer zapallo amargo, ni verdura alguna?...

DOÑA CHIN. — ¡Ah, ah!... Dijo que era medio delicao de estómago, que no le asientaba y ayer se trujo una perdiz muerta y la escuendió debajo e la almohada, en fija pa cenarselá en la noche... ¡Se habrá visto porquería más grande!...

DOÑA GRUN. — ¡Modas, Chin!... En estos mundos todito es cuestión de modas... Ellos, asigún parece, acostumbran a comer de todo, entreverao, como hacen el hombre, el chancho, el perro y demás fieras...

DOÑA CHIN *(con una exagerada mueca de repugnancia).* — No sé hijita, pero pa mí son unos asquerosos y te juro que de sólo pensar en lo que comen, me agarran como ganas de gomitar... ¡Palabra!... Mirá yo..., *(interrumpiéndose y señalando hacia afuera con la barbilla).* — ¡Ahí dentra!...

DOÑA GRUN *(después de prestar oído).* — ¡Ah, ah!...

LA VOZ AMABLE Y RECATADA DE "EL ZORRO" *(que pasa sin duda para su habitación).* — ¡Que tengan güenas noches!...

LAS TRES SEÑORAS *(a coro).* — ¡Gracias!... ¡Igualmente!...

GRUIA *(que no ha dejado de llorar redoblando al punto sus sollozos).* — ¡Ji, ji, ji!...

DOÑA UIC. — Pero... ¡Chica!... ¡Muchacha!... ¡A ver! ¡No seas escandalosa, que te va a sentir ese mozo!

GRUIA. — ¡Qué me importa!...

Pero inmediatamente la moza se aparta de la pared y echando hacia atrás la masa renegrida de su cabellera, se marcha a su alcoba entre suspiros...

V

Falta todavía buen rato para que el sol se ponga al ras del horizonte, cuando Gruia, que ha dormido muy mal —desvelada, sin duda, por sus mil inquietudes nuevas—, se decide a abandonar el lecho y alcoba y a salirse al patio, a esa hora solitaria, para concluir el arreglo de su gentil personita, allí, al halago de la brisa otoñal y ante el espectáculo siempre renovado y magnífico que ofrecen a diario, cielo y campo a la aproximación de la noche.

La niña, con el cabello suelto, y llevando consigo, para sentarse afuera, el banco aquel, de cadera de peludo, que ya hemos visto, pasa de puntillas, ante la puerta del cuarto del «agregado», fijando en ella una honda mirada de curiosidad: pero, tan pronto como aspira el característico olor que distingue a la alcoba del huésped y que ella reconocería ya entre cien, apresura repentinamente el paso y una vez en el patio, se sienta al reparo de un matorral de paja brava y, silenciosa y pensativa, comienza a peinar a todo lo largo, su negra y sedosa cabellera.

No se ve «un alma» ni allí, ni en ninguno de los patios de las cercanas vecindades... Es que es temprano de

veras y hasta los más madrugadores duermen sin duda todavía.

EL ZORRO *(saliendo de la casa y deslizándose en puntas de pie hasta colocarse a espaldas de la mocita, muy risueño y con su voz más dulce).* — ¡Pa estreya es demasiado linda y pa flor pasa lo mesmo!...

GRUIA *(volviéndose con brusquedad y tratando de apartarse el pelo de la cara, para ver mejor).* — ¡Ay!... *(reconociendo a «El zorro», o mejor dicho, haciendo la que ha precisado volverse para saber lo que su corazón ya le avisara).* — ¡Ay!...

EL ZORRO *(riendo).* — ¡No se me asuste, que soy yo!...

GRUIA *(entre disgustada y contenta apresurándose a recoger sus cabellos de cualquier modo).* — No, señor, no..., pero... ¡también se me viene como fantasma!...

EL ZORRO *(tornando a reír).* — ¡Ja, ja!... Está güeno! *(después de una pausa, con la mirada perdida en el grandioso espectáculo que ofrece el horizonte y expresándose en la dulcísima lengua que hablan las vizcachas).* — Se dentra el sol, pa que salga este otro sol más lindo en el patio... *(y en seguida, como ella muda y trémula de emoción, baja mucho la cabecita y se pone a jugar nerviosamente con el peine de hueso que tiene en las manos, «El zorro» prosigue con un suspiro).* — ¡Por qué serán tan lindas algunas!... ¡Caray!... ¡No carecería ni que jueran la mitada, pa volverlo a uno loco e la cabeza!...

GRUIA *(la carita cada vez más baja haciendo sonar con una uña los dientecillos del peine y con voz apenas perceptible).* — ¿Quiénes serán...?

EL ZORRO *(con el aplomo del seductor experimentado cuando siente que pisa en firme).* — ¡Y, quién ha de ser sino usté mesma!... ¿Quién se lo merece más en todo el pago?...

GRUIA. — ¡Ah, ah!...

EL ZORRO. — ¿No me cree, raina?

GRUIA *(en un suspiro)*... — ¡Quí una es zonza!

EL ZORRO *(riendo).* — ¿Y por qué ha e ser zonza?

GRUIA *(riendo a su vez).* — Digo nomás. *(Después de una pausa casi inapreciable).* — ¡A cuántas le dirá lo mesmo!... ¡Ah, ah!...

EL ZORRO. — ¿Yo?... ¡Vea, que me caiga muerto, que me agarre un perro!... Vea... ¡Como que me llamo Juan que a naides más se lo digo!...

GRUIA. — ¿Juan, se llama?

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!... Pa lo que guste mandar...

GRUIA. — Es lindo su nombre... El mío es fiero...

EL ZORRO *(galantemente).* — ¿De ande?... ¡Qué ha de ser!...

GRUIA *(saltando de tema, con la volubilidad impulsiva y alocada de sus jóvenes años).* — ¡Qué grande y qué paqueta que es su cola!

EL ZORRO *(malicioso y atrevido).* — ¿Le parece, prienda?... ¡Con todo la cambearía de alma, por otra chiquitita que ando cudiciando!...

GRUIA *(en voz muy baja).* — ¡Zonzo!...

EL ZORRO. — ¡Palabra!... Plomita pu encimita, blanquita por debajo como plumón de cisne...

GRUIA *(muy seria y muy encarnada).* — ¡Oh!... Vea... ¡No sea zafao!... ¡No sea pavo!...

EL ZORRO *(hipócrita).* — ¿Y yo qué digo?

GRUIA. — ¡Salga de acá!... ¡No quiero hablar más nada con usté!...

Y como es de imaginarse después de esto, sobreviene un largo e incómodo silencio, que parecería no fuese a tener término; pues, mientras Gruia con los codos en las rodillas y la carita entre las manos, mira ceñuda las lejanías

del campo, que el sol poniente espolvorea de oro y de grana, «El zorro», un poco arrepentido de su impropiedad, escarba ahincadamente el suelo con el tacón de una bota.

YUIN *(el hermanito de Gruia y que es el mismo chico que conocimos la tarde aquella del drama, presentándose de improviso).* — ¡Gruia, atame esto, que se me cai la bombacha!...

GRUIA *(tomando al niño en brazos y acariciándole con un transporte, que dadas las circunstancias resulta característicamente femenino).* — ¡Oy!... ¡Yuinito!... ¿Ya te levantastes?... ¡Venga, querido; venga, precioso! ¡Sí, mi vida!... ¡Cómo no!...

EL ZORRO *(tras un hondo suspiro, componiéndose la garganta).* — ¡Khúm!... ¡Khúm!...

GRUIA *(las manitas aleteando como dos blancas mariposas en torno de la inflada barriga del mocosuelo y entrecortadas las frases por los besos reiterados sobre la carita lustrosa, que ostenta los verdes rastros del desayuno reciente con zapallo amargo).* — ¡Ya está, tesoro!... ¡Ya está, ricura!...

YUIN *(tan pronto como su hermana —tras un último y sonoro beso— le deja en libertad, a «El zorro»).* — ¡Hinchá la cola como ayer!...

«El zorro», que ve sin duda, en el capricho del pequeñuelo, una esperanza de reconciliación con la mocita, sin moverse del sitio ni decir palabra, se apresura a esponjar la cola cuanto puede...

YUIN *(estallando de inmediato, en gritos y palmoteos de gozo y de salvaje admiración).* — ¡Oy, oy, oy!... ¡Gruia, mirá!... ¡Mirá qué lindo!...

Como es de suponer, al principio, la niña, que deliberadamente da espaldas a la escena, se limita a alzarse des-

pectivamente de hombros; pero, al rato no más y cuando el socarrón de «El zorro» arranca al chico verdaderos alaridos de risa, recurriendo al expediente cómico de tocarse la nariz con el plumero de su pomposo apéndice caudal, Gruia, no pudiendo más, acaba por volverse..., aunque para no ver lo que esperaba, porque «El zorro», recatándose se queda serio e inmóvil, en tanto que el pequeñuelo le pide a grito herido:

¡Hacé otra vez!... ¡Otra vez, hacé!...

Pero como el juego aquel se repite varias veces, Gruia acaba por pillar a «El zorro» en plena payasada y como ambos ríen a más y mejor, el agravio queda tácitamente perdonado y el coloquio se reanuda en medio de los gritos del chicuelo, que quiere más y más y que apenas les deja entenderse.

Por fortuna para ellos, doña Grun, asoma en eso a la puerta y después de saludar al forastero con un cordial: «Güen día»..., llama y se lleva consigo al muchachillo, que chilla y forcejea por quedarse, para seguir la jarana...

EL ZORRO *(a Gruia, mintiendo cínicamente y por el niño).* — ¡Cha, qué lindo es!... *(cambiando de tono y tras un suspiro).* — Güeno, raina... Será hasta lueguito... ¿No?

GRUIA *(con un leve gesto de despecho).* — ¿Se va?

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!... Viá a ver si doy una güelta...

GRUIA *(francamente enfurruñada).* — ¿Irá de visita?

EL ZORRO. — ¡De ande!... Viá ver si agarro algo pa almorzar... Hasta lueguito..., ¿no?

Pero Gruia no le contesta, no puede contestarle de despecho y de enojo. La pobre, en su temperamento ardoroso y en su mentalidad primitiva, le quiere y le cree ya

cosa suya y por eso sufre y se irrita hasta las lágrimas, al verle proceder con tanta independencia...

III *(el florido mocetón y joven tío de la muchacha, que sale al campo en procura de un sitio adecuado para que almuerce más tarde la familia, al pasar apresuradamente ante su sobrina que «ni le mira» y en un tono entre amargado y agresivo).* — ¡Güen día, che!...

GRUIA *(con desabrimiento).* — Güen día...

IIII *(volviendo la cabeza para mirarla).* — ¡Ya te vide lo más pico a pico con el..., jediondo!...

GRUIA *(levantándose para irse y recogiendo su banco).* — ¡Mirá quién dice!...

III. — ¡Zorra!...

GRUIA. — ¡Mejor!

III *(lejos ya).* — ¡Zorra jedionda!...

GRUIA *(fuera de sí, a grito herido y en el colmo de la indignación).* — ¡Embécil!... ¡Perro!... ¡Víbora!... ¡Hombre!...

VI

Las primeras lluvias y los primeros fríos de otoño. Mientras las señoras en el interior de la casa se disponen para salir a comer al campo, los varones, fatigados por una larga jornada de trabajo, las aguardan conversando afuera, junto a la puerta y en medio de aquella densa oscuridad nocturna, acentuada por el nublado que cubre el cielo por completo.

III *(mostrando a la luz del cigarro sus manos curtidas al viejo vizcachón, que se apoya en el quicio, envuelto en un ponchito calamaco y el ala del sombrero muy baja sobre los ojos).* — ¡Vea, tiítoagüelo cómo tengo las manos!... ¡Toditas hinchadas!

EL VIEJO VIZCACHÓN. — ¡Ah, ah!... ¡También le hemos metido duro y parejo hoy!... Yo estoy que no puedo e la cintura...

EL PADRE DE GRUIA *(después de escupir hacia lo lejos).* — Y, diga, tata: ¿Y si a la mitad del camino hallamos tosca?... ¡Ah, ah!...

EL VIEJO VIZCACHÓN. — ¿Hallamos tosca?... ¡Y nos ladiaremos, m'hijo; haremos como especie e codo!... ¡Qué otro remedio!... ¿Por qué?

EL PADRE DE GRUIA. — ¡Por nada!..., ¿pero sabe que se me está haciendo pesadiza la historia esta?

III *(riendo).* — ¿Tarás viejo, primo?

EL PADRE DE GRUIA. — Y, quizá nomás... ¡Cuistión que me canso como nunca!...

EL VIZCACHÓN. — ¡Y qué te diré yo entonces, m'hijo! *(Después de recapacitar un instante).* — ¿Ustedes comprienden que al trabajo hay que hacerlo?...

EL PADRE DE GRUIA. — ¡Ah, claro!...

EL VIZCACHÓN VIEJO. — ... ¡Si con una garuguita e miércoles, se dentra ansí el agua en la casa, no sé qué será pa los temporales del invierno!...

EL PADRE DE GRUIA. — ¡Ah, claro!...

EL VIZCACHÓN VIEJO. — Digan que semos pocos que «La vieja» media baldada como está, ya no puede ayudarme como antes, la pobrecita y que tu mujer tiene tanto que atender a su criaturas..., ¡que de no!... ¡Ah, ah!... ¡Vieras lo que tenemos cavao con tu madre, por allá por el lao de las sierras de Tapalquén, cuando éramos mozos!...

EL PADRE DE GRUIA. — ¡Ah, ah!... ¡Pero, esos eran otros tiempos y otras esposas, tata!...

EL VIZCACHÓN VIEJO. — ¡Y otros maridos, también, m'hijo!...

EL PADRE DE GRUIA *(sin reparar en la ironía)*. — ¡Si el agregao se comidiese a lo menos!...

III *(riendo con sarcasmo)*. — ¡Ja, ja, ja!... ¿El jediondo? ¡No me hagás rair vos!... ¡Va a comedirse ése! ¡Ahí tará echao panza arriba enllenando el cuarto e basura y jediendo a gusto!... ¡Ja, ja, ja!... ¡El fino, el paquete!... Hoy le largué una que me lo dejé callao...

EL VIZCACHÓN VIEJO. — Ya te tengo mandao...

III *(disparando)*. — ... Le pregunté qué tabaco era el que pitaba pu el olor y cuando me respondió que ninguno, le retruqué haciéndome el zonzo, que se me había hecho que debería pitar del juerte... ¡Ja, ja, ja!...

EL VIZCACHÓN VIEJO *(con severidad)*. — Ya te tengo mandao, de que no le faltes a ese hombre...

III. — ¡Es odioso!...

EL VIZCACHÓN VIEJO. — ¡No li hace!... Es nuestro güespe y además...

III *(con despecho)*. — ¡Y además, se le anda atracando a Gruia y todos lo facilitan!

EL VIZCACHÓN VIEJO. — Naides lo facilita, m'hijo... Bien sabés que es ella la alborotada, la del capricho...

III. — ¡Ella qué sabe!...

EL PADRE DE GRUIA. — Y, quizá nomás; ¡pero qué querés que hagamos, si como dice tata, es ella la que lo busca!...

III. — ¡Ella qué sabe!...

EL PADRE DE GRUIA. — ¡Y dele!: «¡qué sabe!»... Mirá: ella no sabe, pero sabe su capricho y con eso basta y sobra, ya que capricho d'hembra es como hoja e cuchillo: una vez que dentra la punta, ya se va fácil todita...

EL VIZCACHÓN VIEJO. — Y después, si el mozo viene con güen fin...

III *(en despecho impulsivo)*. — ¡Qué ha de venir con güen fin!...

LOS DOS VIZCACHONES *(alarmados y a un tiempo)*. — ¿Cómo?... ¿usté ha visto algo, amigo?

III *(lealmente, aunque con esfuerzo)*. — Yo no, pero por la pinta...

EL VIZCACHÓN VIEJO *(severo)*. — ¿Y entonces?... ¡Afijesé como habla pues amigo!...

EL PADRE DE GRUIA. — ¡Claro!...

III *(después de quedarse un instante callado y meditativo; con acento quejoso)*. — Ella se pudo casar conmigo...

EL VIZCACHÓN VIEJO. — ¿Y de áhi?

III *(ingenuo)*. — Y de áhi, que no quiso...

EL VIZCACHÓN VIEJO. — Y si no quiso... ¿Qué se le va a hacer?... ¡Pacencia, amigo!...

III. — Yo no soy más pior que naides... *(casi lloroso)*. — ¿A usté le parece tiítoagüelo, que yo soy más pior que esa mugre?

EL VIZCACHÓN VIEJO *(conmovido y acariciando el cuello del muchacho)*. — ¡Qué me ha de parecer, m'hijito!

III. — ¿Y entonces?..

EL VIZCACHÓN VIEJO. — Pero es que aquí no se trata de mi impinión, criatura; aquí la que muenta es la impinión de la muchacha..., ¿compriendés?

III *(llorando)*. — Es que yo, es que yo, tiítoagüelo...

EL VIZCACHÓN VIEJO *(que oye venir a las señoras, tornando a acariciarle)*. — ¡Cállesé, cállese, m'hijito; que lo pueden sentir!...

III *(con voz sofocada, sonándose ruidosamente)*. — ¡Delicao!... ¡Jediondo!... ¡Basura!...

VII

El nublado se ha roto hacia el poniente y al través de las negras bandas de desgarradas nubes, la luna, a punto de ocultarse, muestra su enorme faz amarillenta, a la cual falta un pedazo.

Aunque debe haber amanecido ya y pese a la vislumbre que proyecta la luna sobre el lomo blanquizco de los pajonales lejanos, la noche está aún oscurísima y reina en los campos un silencio casi absoluto. A tres cuadras largas de la población y sobre «un limpio» muy verde, pero que a los ojos humanos parecería negro como betún; toda la familia está comiendo y con ella, se ve a «El zorro» que si no come, por lo menos no se aparta ni un instante de su encantadora compañera.

Las señoras mayores están con los niños; «El viejo vizcachón», con su hijo, y el desventurado Iii, solo, de centinela, allá, en lo alto de un albardón.

EL ZORRO *(advirtiendo con ternura de enamorado, que Gruia no acaba de extraer con sus delicadas manitas, los frutos de cierta planta reseca de macachín, que tiene ante ellos, echándose a cavar resueltamente).* — ¡Deje, rica, dejeme a mí!...

GRUIA *(queriendo oponerse).* — ¡No, Juan, no, que se va a poner a la miseria!...

EL ZORRO. — ¡No li hace!... ¡Vea!... *(restregando sobre la fina felpa de su blusa, para sacarle la tierra al blanco tubérculo que acaba de desenterrar y presentándolo a la niña, delicadamente preso entre sus agudos colmillos).* — Aquí tiene uno lindo, sirvasé...

GRUIA *(llena de rubor y después de echar una ojeada furtiva hacia el grupo de su familia).* — ¡No. ansina, no!...

EL ZORRO *(fingiendo inocencia).* — ¿Y cómo ha de ser?

GRUIA. — Y, con la mano, como todo el mundo...

EL ZORRO *(resentido, entregándole la golosina).* — ¡Ta bien!... ¡Tome, entonces!...

GRUIA. — Gracias. *(Después de saborear el fruto con muchos melindres y al advertir que «El zorro» se ha quedado muy serio, mirando hacia el campo).* — ¿Qué mira?

EL ZORRO. — ¡Nada!... ¿Qué he de mirar?

GRUIA *(al cabo de algunos segundos).* — Gritan los teros...

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!...

GRUIA *(tras una pausa más larga aun y durante la cual, tan sólo se han oído los rumores de la conversación de las señoras, en voz baja, y el enérgico y característico «run-run» de las mandíbulas).* — ¿Se enojó?

EL ZORRO *(con voz engolada).* — Yo no..., pero... ¡Cha que es mala, Gruia!...

GRUIA *(sincera).* — No es que sea mala, Juan; es que...

EL ZORRO *(interrumpiéndola).* — ¿Quiere que vamos hasta allí nomás, hasta esos yuyos?... ¿Vide unos troncos de cortadera y deben de haber reices lindas pa comer?...

GRUIA. — No, gracias; ya estoy llena...

EL ZORRO. — ¡Pero si no comió nadita!...

GRUIA *(con encantadora incongruencia).* — No li hace.

EL ZORRO *(en tono de franco ruego).* — ¡Vamos!

GRUIA *(en voz muy baja, pero con energía).* — ¡No, señor!... ¿No ve que mi mamá se va a enojar?

EL ZORRO *(ladino e hipócrita).* — ¿Y de áhi, por qué?

GRUIA. — Hoy al almuerzo, ya me reprendió...

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!

GRUIA. — ¿Se recuerda cuando nos fimos juntos, a ver la cueva e la «caminera»?

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!... ¿Qué pasó?

GRUIA. — Pasó que me dijo que parecía que adrede, le andabamos juyendo...

EL ZORRO. — ¡No ve!... ¡Veanlá!...

GRUIA. — ¡Es tremenda, usté no sabe!...

EL ZORRO *(tras una pausa, insistiendo)*. — ¡Ah, ah! Pero... ¡Aquí es cerquita!

GRUIA *(enojada)*. — ¡No, señor!... ¡Ya le he dicho que no, caramba!... *(como arrepentida de su dureza y con un tono de mimo que es una delicia)*. — ¡Vamos!... Sea güenito... ¿No ve que nos pueden ver?...

DOÑA UIC *(después de aplicar un sonoro cachete al pequeño Yuin, a quien acaba de sorprender en tren de comerse una crisálida de grillo y que se pone a berrear al punto, en una forma que provoca inquietudes en el espíritu de los varones, conscientes del peligro que entraña atraer la atención sobre la familia, en un lugar tan alejado de «las casas»)*. — ¡Gruia!... ¡Vení p'aca!

EL PEQUEÑO YUIN. — ¡Uy, uy, uy!...

GRUIA. — ¡Voy, mamá! *(a «El zorro»)*. Momentito...

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!...

III *(desde su puesto lejano de centinela)*. — ¡Chiiist!...

EL PADRE DE GRUIA *(a doña Uic)*. — Pero... ¡Qué co... mer! ¡Hacé callar a ese muchacho, pues!...

DOÑA UIC *(a su esposo, queriendo justificarse)*. — ¡Se estaba comiendo una porquería, che!...

EL PADRE DE GRUIA. — ¡No li hace!...

EL PEQUEÑO YUIN. — ¡Uy, uy, uy!...

EL CENTINELA III. — ¡Chiiist!...

EL PADRE DE GRUIA. — Pero... ¡Caracho!...

DOÑA GRUN *(tomando en brazos al chicuelo y llenándo-*

le precipitadamente la boca con tronchos de verdolaga marchita, que es lo que tiene a mano). — ¡Chi, chi, chi!... ¡Cállese, tesorito!... ¡Tome, tome!...

GRUIA *(que ha esperado de pie ante la madre, una vez que se restablece la calma, con voz tímida)*. — ¿Me hablaba, mama?

DOÑA UIC *(severa y amenazante)*. — ¡Ah, ah!... ¡Vení acercáte! *(aproximando su boca al oído de la mocita para que no la oiga doña Chin, que está allí, a un paso, masticando pausadamente un bocado de raicecillas de puna.* — ¡Te vas a sentar aquí, a mi lao, y no te vas a retirar ni un jeme, mientras dure la comida!... ¿Sabés?... ¡Sinvergüenza!...

GRUIA *(roja como un «churrinche»)*. — ¡Oh!... ¿Y yo qué he hecho?

DOÑA UIC. — ¡Cállate!... ¿Te creés que no te he visto?...

GRUIA. — ¿A mí?... ¿Qué ha visto?...

DOÑA UIC. — ¡Hacéte nomás la zonza!... ¿Te pensás que no te visto atracandotelé al mozo ese, que era una perdición?

GRUIA. — ¿Yo, mama?... ¡Le juro!...

DOÑA UIC. — ¡Cállese la boca, que le via a encajar un moquete, mocosa de porquería!...

GRUIA *(sentándose tan bruscamente en el suelo, como si se le hubiera roto algún resorte de su mecanismo orgánico y llevándose las manitas a los ojos)*. — ¡Ji, ji, ji!...

DOÑA CHIN *(incorporándose tan risueña como siempre y hablando con la boca llena)*. — Me lo viá a visitar un ratito, a m'hijo el pobre, que está tan solito, allá en el albardón...

DOÑA UIC. — ¡Ah, ah!...

GRUIA *(sollozando)*. — ¡Ji, ji, ji!...

El vizcachón viejo *(allegándose al grupo, a doña Uic).* — ¿Qué hay, hija? ¿Qué pasó?

Doña Uic *(disgustada, pero sin dejar de masticar con energía).* — ¡Nada, señor!... Que esta muchachita se me está desvergonzando muy mucho...

El vizcachón viejo *(conciliador).* — ¡No ha de ser tanto, Uic, no ha de ser tanto!... *(a Gruia, sentándose a su lado, y hablándole con acento suave y cariñoso).* — ¿Qué tiene, m'hijita, que me le han hecho?...

Después y en tanto que la recia y callosa mano del abuelo le acaricia la estremecida cabecita, Gruia habla y habla en tono tan bajo, que no puede oirse una palabra de lo que dice, hasta el momento en que alzando repentinamente la voz y abrazada al cuello del anciano, afirma entre sollozos.—¡«Yo no he hecho nada malo, tatagüelo»!...

VIII

Ha habido esa tarde un gran disgusto, o mejor dicho, un disgusto y un escándalo tales, como nunca ocurrieron en el seno de aquella honrada familia, hasta entonces tan ejemplarmente pacífica y unida.

Iii acaba de marcharse con la madre, de la casa común, como un loco, como un poseído y lo que es peor, gritando para quien haya querido oirle; que ellos son demasiado gente y demasiado limpios, para poder seguir conviviendo como los demás en asquerosa promiscuidad, con aquel hediondo zorro que acabará por asfixiarlos.

Ni ruegos, ni lágrimas, ni amenazas han podido nada contra el desaforado muchacho, el que después de dejar a la autora de sus días en una casa vecina, se ha puesto a abrir «in contenti» y frenéticamente, una nueva vivienda,

allí, muy cerca y entre unos matorrales muy grandes de paja brava.

¡Qué escándalo, qué dolor y qué vergüenza!... Doña Grun, ha tenido que aplicarse a las sienes dos rodajas de papa cimarrona y tal es su estado de ánimo y el de los demás, que sin salir a comer, toda la familia se ha recogido a sus respectivas habitaciones, mucho antes de la hora habitual, aplastada, anonadada, por el disgusto.

¿Y él, el verdadero causante de todo aquello?... ¡Ah!... Él está ahí mientras tanto, en su cuarto, con luz encendida y si miráramos indiscretamente por las rendijas de la puerta, podríamos verlo y sorprendernos de su extraordinaria tranquilidad. «El zorro», vientre arriba, se halla acostado sobre el mullido colchón de plumas multicolores, provenientes de las mil y una gallináceas, trepadoras, palmípedas y zancudas, que proveyeran su mesa y se entretiene en esos momentos en masticar «por vicio», la ancha y reseca lonja de un talero enorme, que ha conseguido robar a los hombres.

El fuerte perfume que usa habitualmente satura la atmósfera de la habitación y escapando por las rendijas, avanza por las galerías silenciosas y se introduce en todas partes.

Unas uñitas *(rascando tímidamente la puerta por el lado exterior).* — ¡Ric!... ¡Ric!...

El zorro *(abandonando el talero e incorporándose de un salto, que levanta una verdadera nube de plumas vario-pintas).* — ¿Qué?... ¿Quién es?

La voz *(trémula y apagada de Gruia, afuera).* — — ¡Chist!... ¡Soy yo, Juan!

El zorro *(demudado y abriendo la puerta con manos temblorosas).* — ¡Vos, Gruia!... Qué hay, que pasa?

Gruia *(invisible aun y con voz fatigada por la emo-*

ción). — Nada, Juan... Quería hablarte; tengo que hablarte...

EL ZORRO *(muy inquieto y nervioso).* — Ah, ah!... ¡Ah, ah!... *(reaccionando).* — Güeno!... ¡Pero, dentrá; no te quedés áhi, que te pueden ver!...

GRUIA *(apareciendo en el umbral, envuelta en un ba... color perla y las negras trenzas cayendo sobre la espalda).* — ¡Ah, no!... ¡Dentrar no!... ¡Aquí no más!...

EL ZORRO *(con energía y tomándola de un brazo).* — ¡Dentrá te digo, que te van a sentir!...

GRUIA *(franqueando el umbral, toda encogida y trémula).* — ¡Oy!... ¡Qué horror!... ¡Qué bárbara!... ¡Mire lo que hago!... ¡No, por favor, Juan!...

EL ZORRO *(apresurándose a cerrar la puerta y a apoderarse de las heladas manos de la niña).* — ¡Vamos! ¿Qué hay?... ¿Qué pasa, vida?...

GRUIA *(volviendo hacia la puerta sus ojos espantados y que al moverse ante la luz del candil, que está en el suelo, ponen como un extraño fulgor verdoso en la brillante obsidiana de sus pupilas).* — ¡Oy!

EL ZORRO. — ¿Qué?...

GRUIA *(retorciéndose los dedos).* — Un ruido... Me pareció un ruido...

EL ZORRO *(que empieza a serenarse).* — ¡No!... ¿De ande? ¡Estate quieta!

GRUIA *(tornando a mirar hacia la puerta).* — ¡Qué bárbara!

EL ZORRO. — ¡Calmáte!... No te asustés, que no ha e pasar nada... ¿Querés que apague la luz?

GRUIA *(con sobresalto y tomando por los brazos a «El zorro», con tanta energía, que éste siente la impresión de*

las afiladas uñitas, al través de la tela de su blusa). — ¡No!... ¡Por favor, no!...

EL ZORRO *(sonriendo).* — ¡Güeno!... ¡Güeno!.. Pero calmate, no te asustés... ¿Ya ves yo?

GRUIA. — ¡Qué gracia!... ¡Vos no perdés nada!...

EL ZORRO *(no sabiendo qué contestar).* — ¡Y!... ¡Aunque perdiera!...

GRUIA *(entre quejosa y agresiva).* — ¡A vos no te importa nada de mí... Si reventara..., ¡mejor! ¿No?

EL ZORRO *(a pesar de su mundo un poco desorientado por el ex abrupto).* — ¿Yo?... ¿Por qué?... Pa mi gusto...

GRUIA *(entre severa y sonriente).* — ¿Vos me querés?

EL ZORRO. — ¡La pregunta!... ¡Claro que te quiero más que no sé qué! *(tratando de besarla).* — ¡Cómo no te viá querer!...

GRUIA *(con energía y poniéndose un codo en las narices).* — ¡No!... ¡No quiero!... ¡Déjame ahora!...

EL ZORRO *(desolado).* — ¡Oy!... ¿Y eso?...

GRUIA. — ¡Vos no sabés lo que pasa!... Sí no, no estarías tan fresco. Adentro se ha armao una tremenda entre todos y tataagüelo te va a hablar mañana...

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!... ¿Y pa qué?

GRUIA. — Y ya te he dicho, porque toditos están alzaos contra vos, por cuistión por cuistión... de eso...

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!... ¿De qué?

GRUIA *(confusa inclinando la cabeza).* — ¡Y que sé yo! Disparateos..., vos sabés... ¡Me da vergüenza decirte!... Les ha dao por desagerar lo mesmo que al otro embécil!... *(echándose a llorar repentinamente y enlazando el cuello de «El zorro» con sus cálidos brazos).* — ¡Pero yo no, Juan, te lo juro!...

EL ZORRO *(besando y acariciando aquella cabecita sa-*

cudida por los sollozos). — ¡Bah, bah!... No llore vida, no es pa tanto! *(en voz alta y como si hablara consigo mismo, resentido y sarcástico).* — ¿Que soy jediondo, no?... ¿Y ellos..., a qué jieden?... ¿A «Agua Florida?»... ¡Paisanos brutos!...

GRUIA. — ¡No te enojés conmigo, Juan, que yo no tengo la culpa!...

EL ZORRO. — ¡No, m'hijita, no! *(después de meditar un instante y levantándole la carita con las manos).* — ¿Y a vos?... Decime una cosa, Gruia: ¿A vos también te risulto jediondo, como a esa gente?

GRUIA *(bañada en lágrimas y con transporte)* — ¡Qué me vas a parecer, Juan!... Yo..., yo..., ¡te quiero tanto!...

EL ZORRO *(acariciándola).* — ¡Güeno, güeno!... ¡Ta güeno!...

GRUIA *(sincera, en fuerza de rusticidad y de pasión).* — Yo... Mirá, Juan: Yo a los principios, cuando me besabas — ¡Qué zonza!..., ¿no? — Me parecía también tan juerte tu perfume, que en ocasiones tenía que dirme detrás de la casa... — con perdón de la palabra —, a gomitar, pero ahura estoy tan acostumbrada, que ya no me hace nadita, ¡te lo juro!...

EL ZORRO *(siempre sonriente y pensativo).* — ¡Ah, ah!... ¡Ta güeno!...

GRUIA. — ¡Te lo juro!... Mirá: ¡qué me caiga muerta!

EL ZORRO *(con la expresión fisonómica del que está pensando en varias cosas a la vez y en tono tan indiferente, que no parecería sino que hablase de un asunto ajeno y sin la mayor trascendencia).* — Entonces si te parece, nos vamos a casar nomás, Gruia... ¿Querés?

GRUIA *(levantando hacia los de «El zorro», sus bellos*

ojos, que la dicha ilumina a pesar de las lágrimas). — ¡Oh, sí, Juan!... ¡Oh, qué lindo!...

EL ZORRO *(acariciándole la cabecita).* — ¿Endeveras, querés?

GRUIA *(con transporte).* — ¡Y cómo no he de querer, Juan!...

EL ZORRO *(después de meditar un instante).* — Güeno, entonces..., mañana conversaré con el viejo..., ¿no?...

GRUIA *(alborozada).* — ¡Oy!... ¡Sí, sí!...

EL ZORRO. — ¡Paráte!... Conversaremos con el viejo, y después, cuando te pregunten — como te han de preguntar en fija — si vos te querés casar conmigo, has de decir con mucha firmeza que sí, que cómo no... ¿Verdá?...

GRUIA. — ¡Ah, claro!...

EL ZORRO. — ¡Paráte!... ¿Y caso que te hagan juerza en contra, has de decir que si no te dejan casar conmigo, has de matarte con cuchillo, veleno u lo que sea?

GRUIA. — ¡Sí, Juan, sí!...

EL ZORRO. — ¿Has comprendido?

GRUIA. — ¡Sí, Juan, sí!...

EL ZORRO *(besándola largamente).* — ¡Güeno!... Vayasé nomás ahura... ¿Despacito, no?..., que no la vayan a sentir...

GRUIA *(marchándose por la galería, como una imagen de ensueño).* — ¡Sí, Juan, sí!...

IX

Una vez más, está amaneciendo para el pueblo noctámbulo de las vizcachas y muriendo el día, para los demás seres que no nacieron como ellas, habilitados para vivir en lo oscuro.

A «El zorro», que en su cuarto se peina los bigotes ante uno de esos redondos espejitos enmarcados en cinc que se hallan a la venta en todas las pulperías, le parece, en la inquietud de su espíritu, que hay en esa mañana algo de solemne en el gran silencio habitual de la casa a tales horas y, por eso, el menor ruidillo del viento afuera o de alguna partícula de greda que se desprende y cae desde el muro, le hace suspender su ocupación, atento el oído y las cejas contraídas.

Por fin, oye carraspear al viejo vizcachón y en seguida, los pesados pasos del mismo, que viene por el corredor acercándose a su puerta. «¡Ahura sí que es endeveras!» — murmura «El zorro», y, abandonando peine y espejo, se apresura a abrir y a ponerse en el umbral recostado en el quicio, el sombrero sobre los ojos y pisándose un pie con el otro.

El vizcachón viejo *(que trae consigo, el famoso sillón de cadera de peludo y que parece preocupado y triste).* —¡Güen día, amigo!...

El zorro *(obsequiosamente).* — ¡Güen día, señor!... ¿Cómo ha amanecido?

El vizcachón viejo. — Regular, amigo... *(volviendo el rostro hacia «El zorro», después de haber pasado de largo)* — ¡Saque un asiento pues, con eso conversamos un rato al fresco!...

El zorro *(buscando con los ojos, entre el montón de plumas, cierta calavera de merino de retorcidos cuernos, que tiene allí, en su cuarto).* — ¡Ah, ah!... ¡En seguidita voy, señor!...

Y cuando sale «El zorro», se sorprende de hallar todavía en pie, junto a su silla, al viejo vizcachón que mira ceñudamente, hacia un lugar del campo, que el sol al ponerse, está bañando de oro.

El zorro. — ¿Qué hay, señor!

El vizcachón viejo *(sentándose bruscamente y con un gesto de malhumor o desaliento).* — ¡Nada, amigo!...

El zorro *(cuya penetrante mirada ha descubierto ya lo que observaba el viejo — y que no era otra cosa que el público y escandaloso espectáculo de desunión y desarmonía que están dando Iii y su buena madre, afanosamente ocupada en cavar su nueva vivienda —, sentándose a su vez y con acento despreocupado).*—. —¡Linda mañana, señor!...

El vizcachón viejo. — ¡Ah, ah!...

El zorro. — Saben decir, que cuando hay esas fajas coloradas en el cielo es que va a llover pronto...

El vizcachón *(cambiando bruscamente de postura en su banco y mirando a «El zorro» de hito en hito y con expresión casi hostil).* — ¡Ah, ah!... Vea, amigo! Yo no sé, pero a mí me ha parecido alvertir..., ¿no?... que a usté le anda gustando muy mucho mi ñetita..., ¿no?

El zorro *(bajando la cabeza y con una vaga sonrisa).* — Y, ansí será señor, ya que usté lo dice...

El vizcachón *(muy grave y pasándose una mano por la canosa barba).* — No, vea..., porque el caso es de hablar claro, amigo, que las cosas han llegao a un punto..., que ya no se puede dir más lejos... ¿Me compriende?

El zorro. — ¡Ah, ah!...

El vizcachón *(casi agresivo).* — ¡Y güeno!... ¿Y si usté viene con güen fin, por qué no se casa de una vez con la muchacha?... Vea: ella, como usté lo habrá visto, es güena, bien mandada, asiadita...

El zorro *(interrumpiéndole con un ampio ademán y tono de suficiencia).* — ¡No me diga más nada, señor!

A eso que usté me está aconsejando, va pa tiempo que yo lo tenía pensao...

EL VIEJO VIZCACHÓN. — ¡Ah, ah!...

EL ZORRO. — Solo que sería güeno conocer la impinión de ella... ¿No?

EL VIZCACHÓN VIEJO. — Vea, amigo... Hace mucho que manejo familia, pa tener que andar a la vejez consultando impiniones, pero parece que los tiempos cambean y...

EL ZORRO. — Es por mí, señor. Yo deseo que si ella se ha de casar conmigo, sea por voluntad propia, que no me gusta obligar a que me quieran...

EL VIEJO VIZCACHÓN *(después de meditar un instante).* — ¡Y güeno!... Si es su capricho... ¿Vamo a llamarla a la chica?...

EL ZORRO. — Es lo justo.

EL VIEJO VIZCACHÓN *(volviéndose bruscamente, y gritando hacia el interior de la casa).* — ¡Cruia!... ¡Venga p'acá, m'hijita!...

GRUIA *(muy encarnada y apareciendo tan pronto como si hubiera estado allí no más, escondida detrás del cuero de oveja que cierra la entrada).* — ¿Me llamaba, tatagüelo? *(a «El zorro», tímidamente).* — ¡Güen día!

EL ZORRO *(tan serio que se diría que llamasen a la muchacha para fusilarla).* — Güen día...

EL VIZCACHÓN VIEJO *(con voz cavernosa).* — ¿Sabrás, Gruia, que el amigo acá parece medio gustoso de querer casarse con vos?... ¿Qué me decís m'hijita?

GRUIA *(muy bajos los ojos y estrujando la orla de su delantal).* — ¡Y!... ¿Si es de su gusto?...

EL VIZCACHÓN *(sin poder contener una sonrisa).* —

Güeno, sí, m'hijita; pero el caso es que nos digás si es el tuyo también, porque el casorio...

GRUIA *(interrumpiéndole).* — ¡Y claro!...

EL VIZCACHÓN VIEJO *(sonriendo y guiñando un ojo a «El zorro»)* ¿«Claro», el qué, m'hijita?

GRUIA *(la carita empurpurada y volviendo bruscamente la espalda a sus oyentes).* — ¡Y eso!... ¡Que yo también me quiero casar con él y que si no me dejan, me he de matar con cuchillo, veleno u lo que sea!

EL VIZCACHÓN VIEJO *(sorprendido y entre serio y risueño).* — Güeno, está bien... Vaya nomás; vaya p'adentro... *(a «El zorro», y una vez que la niña ha desaparecido en el interior de la casa).* — ¡Pobrecita!... ¡Es una inocente!...

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!... *(tras una pausa).* ¿Y diga, señor?... ¿La familia?

EL VIZCACHÓN VIEJO. — ¡Ah, ah!...

EL ZORRO. — Digo si la familia, el padre, la madre... ¿Serán gustosos también?

EL VIZCACHÓN VIEJO *(con arrogancia).* — ¡Ya le he dicho amigo, que la familia es mía, y ha de impinar lo que yo impine!...

EL ZORRO *(con una vaga sonrisa porque recuerda la tan reciente rebeldía de Iii).* — ¡Ah!... Más vale ansí..., ¿no?

EL VIZCACHÓN VIEJO. — ¡Claro, pues!...

Y torna a mediar entre ambos un silencio más largo esta vez, hasta que «El vizcachón viejo» vuelve a hablar en voz baja y con acento evidentemente conmovido.

EL VIZCACHÓN VIEJO. — Y dígame ahura, amigo: ¿Pa qué laos, pa qué mundos lejos, se la piensa llevar a mi nietita?

EL ZORRO *(mirando al anciano con expresión sorprendida, casi severa).* — ¿Yo, señor?... No pienso llevármela pa ningún lao...

EL VIZCACHÓN VIEJO *(tan sorprendido a su vez, que no sabe al principio qué contestar).* — ¡Ah, ah!... *(reaccionando y creyendo todavía haber entendido mal).* — No, ¿sabe?... Yo le decía porque como la [illegible] tanto a la criatura, sería pa mí una gran pena verla dirse muy lejos, un suponer, pa otros pagos...

EL ZORRO *(con aplomo y expresión casi desafiante).* — Entonces puede estar tranquilo, señor, porque como ya le digo, si me caso es pa no moverme de estas casas...

EL VIZCACHÓN VIEJO *(en el colmo de la estupefacción y advirtiendo la tormenta doméstica que se le viene encima).* — ¿Cómo dice?

EL ZORRO. — ¡Y claro, señor!... ¿Sin campo, ni rancho, ni más jortuna que mi güena cabeza, ande viá estar mejor que aquí, quiere decirme?

EL VIZCACHÓN VIEJO *(tartamudeando).* — ¡Ah, ah!... Pero, vea, el caso es que yo..., que nosotros teníamos comprendido que usté — como saben hacer toditos los mozos —, en casándose, agarraría y se la llevaría a su mujercita pa sus pagos o a lo menos pa sus ranchos en algún lao...

EL ZORRO. — Ya le digo... Rancho no tengo ninguno.

EL VIZCACHÓN VIEJO *(irritado).* — ¡Pero amigo!... ¡El campo es grande y lugar no ha de faltarle a un hombre mozo como usté!...

EL ZORRO *(interrumpiéndole con energía y «retobado» aspecto).* — ¡Yo no cavo!...

EL VIZCACHÓN VIEJO. — ¿Cómo dice?

EL ZORRO. — Digo, señor, que yo no sé cavar; no es mi oficio...

EL VIZCACHÓN VIEJO *(después de mirar el suelo).* — ¡Ta güeno!... ¿Y qué piensa hacer entonces?

EL ZORRO. — ¿Y no le digo, pues?... Quedarme aquí con mi mujercita... ¿Qué viá hacer?

EL VIZCACHÓN VIEJO *(los ojos que le relumbran y la barba blanquizca estremecida por un temblor de cólera).* — Es que eso no va a ser posible, amigo. La casa es chica, y además..., además...

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!...

EL VIZCACHÓN VIEJO *(frontándose desesperadamente un carrillo)* — ... Y además... ¿Quiere que le diga una cosa?

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!...

EL VIZCACHÓN VIEJO. — ¿No se me va a enojar?

EL ZORRO. — ¿Y por qué, señor?...

EL VIZCACHÓN VIEJO. — ... Y además la familia... ¿sabe?... ¿Se me ha regolucionao todita?

EL ZORRO. — ¿Y de áhi?

EL VIZCACHÓN VIEJO. — Y de ahí... ¡Qué caray! ¡Yo no sé cómo decirle!... ¡Vea!... A ellos, gente sencilla como son, medio no les agrada, ¿sabe?... ¡ese..., ese..., perfume tan juerte que usté usa p'al diario y se han apalabrao pa dirse, si usté se encapricha en quedarse en las casas!

EL ZORRO *(resentido).* — No sé... Cada uno tiene lo que Dios le ha dao y...

EL VIZCACHÓN VIEJO *(apresuradamente).* — No digo que no, amigo, y, como comprenderá, no es por mí que hablo, que a mi edá ya no es cuistión de apurarse por olor más o menos; pero no es justo sacrificar a los mases por los menos...

EL ZORRO. — No sé, señor; pero lo que si sé decirle, es que si yo he de casarme con la mocita, aquí me quedaré sin ofiender a naides, ni andar alveriguando a qué jieden unos y otros...

EL VIZCACHÓN VIEJO *(indignado)*. — ¡Caray!... ¡Usté se aprovecha, parece, amigo!...

EL ZORRO. — ¿Yo?... ¿De ande?... Yo, señor, estoy en lo justo y l'otro es capricho d'hembras *(con aire cínico, alzándose de hombros)*. — ¡Y después, que con deshacer el casorio, asunto arreglao..., que al fin y al cabo demasiado hago, me parece, aguantando por cariño lo que naides aguantaría en mi lugar!... ¡Ah, ah!...

Y «El vizcachón viejo» y «El zorro», cabizbajos y ferozmente ceñudos, se quedan allí, en el patio, el uno frente al otro; pero sin añadir palabra, hasta que la noche cierra por completo...

X

Son las tres de una madrugada de principios de mayo y en el patio de la vizcachera, triste y silencioso con relación a los de las casas vecinas, doña Grun y su nuera, con los niños dormidos sobre las faldas, aguardan el regreso de los varones que se retrasa extraordinariamente.

Reina una temperatura agradable, y la brisa que sopla del lado del naciente, haciendo oscilar las secas flores de las biznagas y de los cardos, parecería que ayudase a resbalar hacia el oeste y sobre el diáfano cielo tachonado de estrellas, a la luna incompleta, pero tan

limpia y brillante como si fuera de plata recién fundida.

DOÑA UIC *(arropando mejor al pequeño y echando una ojeada hacia lo alto)*. — Ayer dejaron más temprano. ¡Yo tengo una debilidá que ni veo!...

DOÑA GRUN. — ¡Ah, ah!... Quedrán aprovechar el güen tiempo. ¡Pobre mi viejo!... ¡Ni poncho llevó!... ¡Con tal que no se vaya agarrar algún pasmo, saliendo sudao ajuera!...

DOÑA UIC. — ¡Amalaya trujeran como anoche algo que comer, porque de no, me parece que vamos a tener que salir a cenar con sol o acostarnos con las tripas chiflando...

DOÑA GRUN. — Como trair no han de trair nada... Ayer trujeron reíces porque estaban entoavía en la tierra negra; pero..., ahura, ¿qué querés que hallen en la greda?... ¡Hasta tosca parece que han trompezao!...

DOÑA UIC. *(meneando la cabeza)*. — ¡Cha, linda suerte la nuestra!... ¿No, señora?

DOÑA GRUN. — ¡Y qué se le va hacer, hijita!... Ansí es la vida...

DOÑA UIC. — ¡Cavando casa nueva los que ya tenían y a la entrada el invierno, nada menos!... ¡Si no es pa volverse loca e la cabeza!...

DOÑA GRUN. — ¡Y qué diremos mi viejo y yo, a los años que tenemos!... Ustedes entoavía son jóvenes...

DOÑA UIC *(interrumpiéndola y con vehemencia)*. — ¡Callesé, señora!... De él no digo nada..., qué va esperar uno de un desconocido y pa peor de otra casta!; pero..., ¿ella, m'hija e mis entrañas?... Ah, ah!...

DOÑA GRUN. — Ella no hace ni más ni menos que lo que hacemos toditas, cuando de mozas nos aficiona-

mos endeveras por algún varón. El gusto y nada más. ¡La juventú es egóista, Uic!...

DOÑA UIC. — ¡Sí, señora, pero no debe ser a los extremos de pasar pu encima e todas las cosas — mala comparancia —, como hacienda asustada!...

DOÑA GRUN. — ¡Ah, ah!... ¡Sobre el calavre e los suyos se ha visto pasar a muchas, por cuistión de amor!...

DOÑA UIC. — ¡Fieras serían!... ¿Hombres quizás?...

DOÑA GRUN *(riendo)*. — ¡No, m'hijita, vizcachas como nojotras y de muy güena casta en ocasiones!...

DOÑA UIC. — Así será ya que usté lo dice, pero... ¡Vea!... Le digo la otra tarde con los más güenos modos y con el corazón en la mano como quien dice. «Mirá, Gruia: Tus agüelos están viejos, tus hermanitos son chicos, nojotros tus padres hemos trabajao como el negro p'hacernos estas casas y, ¿ahura salimos conque toditos debemos dirnos, a empezar de nuevo como quien dice, porque tu marido se nos ha encaprichado de esta manera?»... ¿Y sabe lo que me contestó la descastada? Ahura verá... Me contestó: «¡Pero, mamita!... ¡Si él no les dice que se vayan; si él no desea que se vayan!»

DOÑA GRUN. — ¡Claro!...

DOÑA UIC *(muy excitada)*. — ¡Paresé!... Entonces me agarró una rabia y áhi nomás le largué, «que güeno juera; que ya sabía que a él no lo estorbábamos, pero que el caso era que él nos estorbaba a nojotros, con esa jedentina que largaba mañana y noche, enllenando todita la casa, haciéndola agarrar a usté el asma y desvelando a los chicos...» ¡Ah, ah!... ¿Y sabe con lo que salió entonces?... Me salió con que «esas eran caluñas que había levantado Iii..., ¡maginesé!...

y que ella no le sentía jedor ninguno a su marido... «Pero, hija — le dije yo —. ¿Será posible que a vos, una muchacha criada en ese aseo que es el orgullo de nuestra casta, se te haygan tapao las narices en forma de no sentir lo que toditos padecemos, hasta el punto de hallarle gusto a zorro hasta a la ensalada que comemos?...» ¡Y nada!... Dele porfiar que ella nada le sentía y que todas esas no eran más que desageraciones inventadas de puro despecho...

DOÑA GRUN. — ¡Chist!... ¡Calláte, que áhi vienen lo más amartelaos los dos!...

EL ZORRO *(que da galantemente el brazo a Gruia, que se apoya sobre él con amoroso abandono)*. — Otra vez no te ha de parecer tan fiera la carne e perdiz. Hoy un chiquito, mañana otro, te has de dir acostumbrando...

GRUIA *(completamente entregada)*. — Sí, Juan... ¡Cómo no!...

EL ZORRO. — Todita la gente fina prefiere la carne al yuyo... *(interrumpiéndose al advertir la presencia de las dos señoras mayores, y muy amablemente mientras Gruia las besa)*. — ¡Muy güenas noches!... ¿Qué es eso; tan tarde ajuera?...

DOÑA UIC. — ¡Ah, ah!...

GRUIA *(con sorpresa y en su alegre inconsciencia)*. — ¡Cómo!... ¿Qué, entoavía no han cenado?

DOÑA UIC. — No.

GRUIA. — ¿Y tata, y tatagüelo, no han güelto tampoco?

DOÑA UIC *(con amarga intención)*. — Áhi están entoavía, cavando, echando los gofes...

GRUIA *(que no se percata de la ironía, o que, en caso contrario, lo disimula muy bien)*. — ¡Oy!... ¡Y yo que

cráiba encontrarlos a todos dormidos... ¡Es tardísimo!...

DOÑA GRUN *(después de algunos segundos de incómodo silencio, muy amable, a los recién casados).* — ¿Y por ande han andao tan entretenidos?...

GRUIA *(volviéndose a apoderar del brazo de su marido).* — ¡Oy!... ¡Hemos caminao más y yo he pasao unos sustos que no se maginan!... Juan agarró una martineta grandota que halló durmiendo y la degolló, *(estremecida y pegándose al cuerpo de su marido).* ¡Qué julepe, vieran!... ¡Yo escuendida entre unas pajas, todita temblando, mientras éste peliaba con la martineta, que largaba unos gritos que eran una compasión. ¡Al fin, éste la mató y la trujo ande yo estaba y... la comimos!...

DOÑA GRUN *(incrédula).* — ¿Comistes perdiz, vos?...

GRUIA *(con orgullo).* — ¡Claro que comí!... Preguntelé a éste... ¿Verdá, Juan?

EL ZORRO *(entre condescendiente y burlón, como cuando se quiere complacer a una criatura).* — Comió sí, un chiquito..., pero... ¡Claro!... ¡Como no tiene el costumbre!...

GRUIA. — Pero me acostumbraré *(tras una pausa).* — Pero... ¡Vieran qué guapo es Juan!... ¡No le tenía nadita e miedo a la martineta!... ¡Yo no sabía que hubiese mozos tan corajudos, mamagüela!...

DOÑA UIC *(entre dientes).* — ¡Corajudos... pa no trabajar!...

EL ZORRO *(que no alcanza a oír a su suegra).* — ¡Bah!... El costumbre...

GRUIA. — ¡Ah!... ¿Además, vieran qué linda ensalada e gramilla tierna me arrejuntó en un momento?... ¡Nunca comí una tan sabrosa!...

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!... Debajo e las cortaderas... *(después de una pausa).* Güeno, m'hijita; despídase, con eso dentramos, que se hace tarde...

GRUIA *(besando a las señoras).* — Ta mañana, mamagüela; ta mañana, mama...

DOÑA GRUN. — Hasta mañana, hijita...

EL ZORRO. — Que pasen güenas noches...

LAS DOS SEÑORAS. — Güenas noches.

DOÑA UIC *(una vez que la joven pareja, con andar ondulante y blando, ha desaparecido en el oscuro corredor de la casa).* — ¿Qué me dice?

DOÑA GRUN. — ¿Y qué querés que te diga, m'hija?

DOÑA UIC *(con amargura).* — ¡Cómo que no le importa e nada!...

DOÑA GRUN. — ¡Y dejála, pobre!... Ya llegará el día en que se le importará de todo... *(después de un largo silencio de reflexión, estremeciéndose y arreglando su rebozo sobre los hombros).* — Pero..., ¿sabés que parece que encomienza a refrescar endeveras y esos hombres...? A ver, vos que sos joven... Agachate un poco otra vez, pa ver si sentís algo...

DOÑA UIC. — ¡Ah, ah!... *(entregando a su suegra el chicuelo dormido que tenía sobre las faldas).* — Yo no sé *(poniéndose en cuatro pies y aplicando el oído sobre el piso del patio).* — ¿A ver?

DOÑA GRUN. — ¿Sentís algo?

DOÑA UIC. — ¡Chist!... ¡Callése!... *(tras algunos instantes de atención).* — Ya no cavan..., ¿sabe?

DOÑA GRUN. — ¡Ah, ah!...

Y como en ese momento se oye un alertar de teros en el bajo, las dos señoras, ciertas ya de que vienen los varones en su busca, con suspiros de alivio, se apresuran a ponerse de pie y a despabilar al pequeño Yin, que quiere seguir durmiendo y lloriquea.

XI

Llovizna desde hace días con una persistencia abrumadora. Los velos densos que cuelga la «garúa» estrechan tanto el campo visual que apenas si éste alcanza a un tiro de piedra de la vizcachera, cuyo patio, empapado y desierto, espejea a la luz de la tarde.

Adentro, en la alcoba matrimonial, «El zorro», muellemente tendido en su lecho de plumas, mastica con aire cínico la lonja del gran talero que hurtó a los hombres, y Gruia, a los piel del lecho y sentada en aquel banquito de cráneo de carnero con retorcidos cuernos, le mira en silencio y «con los ojos de haber llorado»...

La vieja casona no tiene ya aquel aspecto de exagerada limpieza caracterizada en un principio. Se ven huesos roídos, plumas de aves revolotean por los corredores y junto mismo a la puerta de la alcoba matrimonial media res de corderito pende cabeza abajo de una rústica estaca enclavada en el muro.

GRUIA *(después de suspirar hondamente y con dolorido acento de reproche).* — ¡Antes cuándo me ibas a contestar ansina!... ¡Habrías salido a la disparada pa hacerme el gusto!... ¡Ah, ah!...

EL ZORRO *(sin dejar de masticar la lonja del talero).* — Ya te he dicho que áhi tenés carne. Está lloviendo que es un diluvio y el bajo debe de estar de agua hasta el encuentro!...

GRUIA. — La carne me repugna.

EL ZORRO. — ¡Y, tenés que acostumbrarte nomás! Ya es tiempo de que vaya dejando e ser tan paisanita... Acor-

dáte de que sos la mujer de un zorro y no la de un güaso cualquiera...

GRUIA *(despechada y entre dientes).* — ¡Gran cosa!...

EL ZORRO *(que no la oye, jovialmente).* — ¡Magináte de no, qué papel el día que te presiente a mi familia! Al verte pastiar se van a crair que sos oveja...

GRUIA. — ¡Zonzo!...

EL ZORRO *(riendo).* — ¡Claro!... Mirá unas señoronas tan finas, cuando tenga que decirles: «¿Con licencia..., no?...; pero tengo que sacarla a mi esposa al campo, pa que pastee un poco»... *(riendo).* — ¡Ja, ja, ja!...

GRUIA *(que no puede tampoco contener la risa).* — ¡Zonzo!... ¡Como si a mí me importara algo la comida!...

EL ZORRO. — ¿Y de áhi, entonces?

GRUIA *(inclinando la cabecita).* — Lo digo porque me parece que ya no me querés como antes...

EL ZORRO *(con ademán exagerado y cómico, levantándose para abrazarla).* — ¿Yo?... ¿Quién dice que no la quiero?

GRUIA *(defendiéndose débilmente).* — ¡Salí!... ¡Dejame, malo... Sos un aprovechador, porque ves que... *(interrumpiéndose).* ¡Chist!... ¡Cuidao!... Que anda gente, parece...

EL ZORRO. — ¿Gente?...

GRUIA *(incorporándose con presteza).* — Ah, ah!... Debe ser tatagüelo... ¿A ver? *(después de asomarse y palmoteando alegremente).* — ¡Ah, ah!... ¿No te decía? ¡Es tatagüelo, Juan; es tatagüelo!

EL ZORRO *(fastidiado, entredientes).* — ¡Oh, qué co... mer también!... ¡Viejo e...!

EL VIEJO VIZCACHÓN *(con el sombrero y el ponchito*

agrisados por la llovizna, presentándose muy amable). — ¿Dan su licencia?...

EL ZORRO *(sin entusiasmo).* — ¡Cómo no, señor!... Pase p'adentro...

GRUIA *(infantil, colgándose al cuello del anciano).* — ¡Ay, tatagüelo, qué suerte!...

EL VIEJO VIZCACHÓN *(después de besarla).* — ¿Suerte? *(apartándola).* — ¡A ver!... Dejemé saludar a la gente... *(a «El zorro» alargándole una mano).* — Güenas tardes... ¿Cómo le va, amigo?

EL ZORRO. — Ya lo ve, señor... Pero tome asiento... ¿Cómo se me ánimo a venirse con tanta agua?...

EL VIEJO VIZCACHÓN. — ¡Ah, ah!... *(después de sentarse despaciosamente en el banquito de cráneo de carnero con retorcidos cuernos; de echarse sobre los hombros las haldas de su ponchito mojado y de enjuagarse la cara humedecida por la «garúa»).* — ¡Y, qué quiere amigo!... ¡Están de tristes aquellas casas nuevas!... La vieja con el asma, los chicos con la tos, el hijo disgustao, porque no quieren dir lechuzas y además y para decir verdá, que entoavía no puedo acostumbrarme a no verla a mi consentida...

GRUTA. — ¡Oh!... ¡tatagüelo!...

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!...

GRUIA *(con seriedad y preocupado aspecto).* — ¿Que no han hallao entoavía lechuzas, tatagüelo? [1]

EL VIEJO VIZCACHÓN. — ¡Ah, ah!... Tu padre ha andao rogando por mil partes y... ¡nada!... «Que no es la estación; que espere hasta septiembre a que salgan los matrimonios nuevos»; en fin, que de aquí y que de allá; pero la cuestión es que áhi está la casa sin lechuzas, como

[1] No habrá vizcachera en donde no haga también su cueva una pareja de esta clase de ave.

si juera tapera o población de gente mala... ¡Yo no sé!...

EL ZORRO *(a Gruia y tras un silencio durante el cual los tres han estado mirando el suelo, pensativos).* — Güeno, hija... ¡A ver!... Ofertále algo pa tomar a tu agüelo *(al vizcachón).* — ¿Un matecito, señor?

EL VIEJO VIZCACHÓN. — ¡Y güeno!... ¿Si no es incómodo?...

EL ZORRO. — ¡Qué ha de ser, señor!

GRUIA *(con cierta turbación, al pasar detrás de su marido y aprovechando la circunstancia de que el viejo, en ese momento, se suena y carraspea ruidosamente).* — ¡Che!... Yerba e la perdiz, no hay, ni Barba e tigre tampoco.

EL ZORRO *(con un despectivo alzamiento de hombros).* — ¡Y, dale de lo que haya, con eso se manda mudar de una vez!...

GRUIA *(con una sonrisa que quiere ser de reproche, saliendo de la alcoba).* — ¡Juan!... ¡Por favor!...

EL VIEJO VIZCACHÓN *(guardando parsimoniosamente su gran pañuelo a cuadros y mirando a «El zorro», con la expresión escudriñadora de la experiencia).* — Menos mal que ustedes se hallan bien... ¿No?

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!... A ella nada le falta...

EL VIEJO VIZCACHÓN *(tras una pausa).* — ¡Ah, ah!.. La vieja y mi nuera estuvieron por venir antiyer, pero..., ¿sabe?... ¡La lluvia!...

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!...

EL VIEJO VIZCACHÓN *(después de pasear una larga ojeada de inspección por todos los sitios de la alcoba, sin mirrar a «El zorro» y restregando el piso con la suela de una alpargata).* — ¡No sé!... Cosas de señoras en fija, pero se estuvieron acordando..., ¡vealás!..., ¿de que parecía de que las visitas no eran muy mucho de su agrado?...

EL ZORRO. — ¡Ah, ah!...

EL VIEJO VIZCACHÓN. — Ansí dijieron...

EL ZORRO *(acomodándose el tirador y paseándose por el estrecho recinto de la alcoba, con cara preocupada).* — ¡Vea, señor! ¿Yo no creo que aquí se les haiga faltao en nada?...

EL VIEJO VIZCACHÓN *(apresuradamente).* — ¡Ah, eso no, claro!...

GRUIA *(presentándose con el mate).* — Sirvasé, tatagüelo, y diga si está bien...

EL VIEJO VIZCACHÓN *(con el ceño contraído).* — ¡Ah, ah!... *(alargando el mate a «El zorro»).* ¡Sirvasé!...

EL ZORRO *(también grave y ceñudo).* — No, señor; ta en güenas manos...

EL VIEJO VIZCACHÓN *(después de dar un sorbo).* — ¡Cosas d'hembras!...

GRUIA. — ¿Qué, tatagüelo?

EL VIEJO VIZCACHÓN *(con tristeza).*—¡Nada, m'hijita!... ¡Cosas de machos!...

EL ZORRO. — Estaríamos medios ocupaos quizás... ¿Usté sabe, señor, que siempre hay algo que hacer en las casas y que no todos los momentos son güenos pa recebir visitas?...

EL VIEJO VIZCACHÓN *(mirando a «El zorro», con expresión absorta, la boca en «o», a un palmo del extremo de la bombilla).* — ¡Ah, claro!...

EL ZORRO. — ... A las visitas, por de confianza que sean, hay que atenderlas como es debido y después... *(apoyándose en el quicio de la puerta con cierta arrogancia y los pulgares enclavijados en el tirador).* — Y después de todo, señor, que como dice muy bien el refrán: «El casao su casa quiere»... ¿No?

ÍNDICE

Palo verde 9

Locura de honor 75

El paquetito 125

El casao su casa quiere 155

SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRÁFICOS LUMEN
S.A.C.I.F.
CALLE HERRERA 527
T. E. 21-4043
BUENOS AIRES
REPÚBLICA ARGENTINA
EN EL MES DE
MAYO
DE MIL NOVECIENTOS
SESENTA Y NUEVE

"Recorta un pedazo de campo, lo puebla de hombres y mujeres, inventa una acción rica en conflictos vitales y psicológicos y luego nos hace creer que eso que está contando es real". Esto no es un reclame de solapa, sino el juicio autorizado de un crítico de la talla de Anderson Imbert al juzgar los trabajos de Benito Lynch. Este notable escritor vivió gran parte de su vida en la ciudad de La Plata, pero conoció a fondo el campo y la vida de sus hombres, al punto de poder decir que pocos alcanzaron a penetrarlos e interpretarlos tan hondamente. A ese profundo conocimiento supo aunar Lynch un deshabitual poder expresivo, vigoroso y espontáneo, detallista y flúido a la vez, que ha hecho de sus obras trabajos tan sustanciales como amenos. Otros de sus títulos más significativos ya han sido presentados por Troquel: EL INGLES DE LOS GUESOS, LOS CARANCHOS DE LA FLORIDA, CUENTOS CAMPEROS y DE LOS CAMPOS PORTEÑOS, libros de amplia difusión, gustados sin pausa desde su primera aparición por los públicos más diversos. Ahora presentamos PALO VERDE, otra de sus producciones esenciales. Esta novela corta, fue escrita en 1925. Pertenece, pues, a la plena madurez del autor, a un momento en que éste maneja la totalidad de sus posibilidades expresivas. En efecto, PALO VERDE es un modelo de concisión y de síntesis. El trazo fugaz, pero certero, el detalle minúsculo pero sustancial, todo ello caracteriza esta pequeña obra maestra del autor platense. Completan el volumen otros cuentos que contribuyeron a la fama del autor: LOCURA DE HONOR, EL PAQUETITO y EL CASAO CASA QUIERE.

EDITORIAL TROQUEL S.A.

SAN JOSE 157/59 BUENOS AIRES